

EL  
ALBERTO

1

2  
19161





2  
19161

Ino. 88-5-15

ALBERTO,

6

EL DESIERTO DE STRATHANAVERN.

TOMO I.

ALBERTO,

ó

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN

DE MISTRIS HELME:

HISTORIA INGLESA TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. E. A. P.



TOMO I.

MADRID

En la imprenta de la calle de la Greda,

1807.

ALBERTO,

ó

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN

TOMO I.

## ADVERTENCIA.

El objeto de esta novela no es otro que el hacer ver las funestas consecuencias que se deducen de la ligereza con que muchos padres proceden en la eleccion de preceptores para sus hijos, sin haber examinado antes escrupulosamente si en el sujeto á quien confian la educacion de unas prendas tan interesantes, de la qual depende su felicidad, ó infelicidad fisica y moral, concurren todas aquellas delicadas circunstancias que se requieren para tan serio encargo, principalmente temor de Dios y buenas costumbres; pues por haber carecido de ellas el mentor que dieron sus padres á Federico San-Austyn, precipitaron á este en un abismo de horrores y desgracias, como se verá en el discurso de



esta historia; y que el buen natural de este joven, los contratiempos que experimentó por resultas de sus extravíos, y los avisos de una tia, de una hermana, y de unos amigos virtuosos, lograron por último volverle á su razon, despues de haber visto el fin desastrado que, como era regular, tuvo su perverso director Mr. Berners. Se encuentran ademas en esta obra muchos rasgos excelentes de humanidad, prudencia, discrecion y gracia, por cuya razon no será inútil su lectura, sino de mucho provecho para todos.

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE PRIMERA TOMO.

<b>C</b> APÍTULO I. <i>Nada mas comun</i> ....	PÁG.	1
CAP. II. <i>Buenas disposiciones inutilizadas.</i>		9
CAP. III. <i>El gobernador, ó el hombre de los que hay muchos</i> .....		19
CAP. IV. <i>Efectos de una educacion viciosa. Teatro de sociedad</i> .....		28
CAP. V. <i>Ciertos hombres viven de manera que apenas se acuerda nadie de ellos despues de su muerte</i> .....		35
CAP. VI. <i>Triste pasatiempo de la viudez. Interesante incognita</i> .....		40
CAP. VII. <i>Consejos de un mentor. Deuda contraida singularmente</i> .....		52
CAP. VIII. <i>Trato generoso. Inspiraciones virtuosas sofocadas</i> .....		65
CAP. IX. <i>Proposiciones honradas</i> .....		77
CAP. X. <i>Partido moderado, pero concluyente</i> .....		85
CAP. XI. <i>Cólera. Visita imprevista</i> .....		94
CAP. XII. <i>Receta de un nuevo género para los caracteres petulantes</i> .....		106
CAP. XIII. <i>Ciertas gentes podian sospechar que Alberro era cobarde</i> .....		113
CAP. XIV. <i>Historia de Montgomery</i> .....		119
CAP. XV. <i>Amante cruelmente humillado en presencia de su dama</i> .....		131
CAP. XVI. <i>Viage al campo</i> .....		140
CAP. XVII. <i>Credulidad de los amantes. Buen consejo perdido</i> .....		146
CAP. XVIII. <i>Proposicion de casamiento desechada</i> .....		153

CAP. XIX. Promesa solicitada insidiosamente y no menos imprudentemente acordada.....	160
CAP. XX. Mesa de juego. Disputa. Combate.....	174
CAP. XXI. Disgusto de sí mismo. Reflexiones. Duelo.....	180
CAP. XXII. Montgomery con mucha paciencia dexa que le den los mas extraños epítetos.....	188
CAP. XXIII. Siempre nos inclinamos á juzgar de los otros por nosotros mismos....	207
CAP. XXIV. Humillacion. Desprecio. Esperanza burlada.....	214
CAP. XXV. Satisfaccion. Sorpresa. Curiosidad.....	220
CAP. XXVI. Sorpresa grande. Curiosidad satisfecha.....	234
CAP. XXVII. Confesion de una falta. Reparacion.....	258
CAP. XXVIII. Carta muy interesante.....	268
CAP. XXIX. Sentimiento de un alma bella. Adquisicion.....	276
CAP. XXX. Conversacion. Imprudencia. Debil esfuerzo para entrar en el camino de la virtud.....	281
CAP. XXXI. Sabia precaucion que se opone á ciertos intereses.....	297
CAP. XXXII. El disimulo es penoso para un corazon agradecido.....	322
CAP. XXXIII. Rasgo de humanidad. Pre- venciones debilitadas.....	332

## ALBERTO,

6

### EL DESIERTO DE STRATHNAVERM.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

*Nada mas comun.*

Mr. John San-Austyn habitaba una antigua quinta en el ducado de Yorck; y su muger, una hija y un hijo componian toda su familia. Poseía considerables bienes que habia heredado de sus padres, y los conservaba en el mismo estado que los habia recibido. Las mañanas las empleaba en la caza, y en visitar á sus vecinos; pero en llegando la hora de comer no habia que contar con

él, ni para diversiones, ni negocios, porque los vapores del vino le ponian en tal estado que era preciso que un criado lo llevase desde la mesa á la cama.

Madama San-Austyn, vástago de una familia antigua y distinguida, estaba persuadida á que ninguna prerogativa era superior á esta. A semejante presuncion (que no es rara en los entendimientos limitados) añadía una avaricia sin igual. Casada muy joven con un hombre sin mas recomendacion que la del nacimiento y los bienes, y retirada en el fondo de una provincia, lejos de la sociedad y de las diversiones, á las quales era muy inclinada, no habia sabido hallar el medio de hacer soportable y dulce su soledad. Su grande y única ocupacion era la lectura de novelas, y decia

que su excesiva sensibilidad era la desgracia de su vida, no porque se dignase de prostituirla en socorrer á los desdichados que gemian á su vista, pues era preciso para enternecerla unas desgracias menos vulgares. Un caballero andante, enamorado y guapo, una heroina joven, bella y perseguida, era lo que la interesaba exclusivamente, hallando siempre en sus infortunios alguna semejanza con los suyos; y así se miraba en sus extravagantes sueños como una víctima desgraciada, sepultada en un desierto, y separada de las delicias del mundo, cuyo complemento debia ser ella. Bien se dexa conocer que semejantes esposos no eran muy á propósito para dar á sus hijos una educacion conveniente, y así, aunque Federico San-Austyn y su her-



mana Gertrudis tenían las mejores disposiciones, debían necesariamente malograrlas con semejantes guías.

Tenia Madama San-Austyn una hermana, que despues de haber estado muchos años en Italia y Francia con un marido enfermo, lo habia perdido en Montpellier, y se habia vuelto á Inglaterra en la época que Federico tenia catorce años y Gertrudis once. Madama Stanhope (que así se llamaba esta hermana) á los veinte y quatro de su edad se habia casado con un hijo único de un comerciante muy rico; y como este casamiento fue á disgusto de su familia, Madama San-Austyn lejos de procurar una reconciliacion, habia contribuido no poco á hacerla impracticable. Esta conducta, dictada por el interes, la tuvo mucha cuenta, como que

su hermana fue desheredada, y ella se aprovechó de esta injusticia. Sin embargo, apenas supo que Madama Stanhope habia quedado viuda, sin hijos, y única heredera de los bienes de su marido, pensó en reconciliarse con ella. Muy duro la fue dar los primeros pasos para obtenerlo; pero al fin los dió, porque á ello la impulsaban motivos de interes y de ambicion.

Su hermana adivinó fácilmente el objeto de este paso, y sin embargo no lo desechó; bien al contrario, en la respuesta á su carta la dió á entender que deseaba verla y abrazarla, y la convidó á ir á su casa con su marido y sus hijos.

Madama San-Austyn celebró mucho el buen éxito que habian tenido sus diligencias, y se dispu-

so para aceptar el convite; pero su marido, viendo que se acercaba el mes de Octubre, no pudo resolverse á dexar sus cacerías; y así marchó ella acompañada de sus hijos, y llegó á casa de su hermana, cuya quinta estaba situada en el condado de Dorset.

Madama Stanhope la recibió con una política afectuosa, y tuvo la atención de no tocarla una palabra siquiera de lo pasado: de suerte que Madama San-Austyn no pensó tampoco en ello, y se hallaba muy gustosa en compañía de su hermana. Esta se aplicó á penetrar el caracter de Federico y de Gertrudis, porque el exterior de los dos la habia gustado; pero conoció, no sin pesadumbre, que sus padres habian descuidado mucho la educacion de entrambos, pues Federico apenas sabía leer;

y Gertrudis, no obstante su dulzura, anunciaba ya ciertas disposiciones para entregarse á la dissipacion, como consecuencias del exemplo que tenia á la vista, y de la lectura peligrosa ó fútil, cuyo gusto la inspiraba su misma madre.

Madama Stanhope amaba tambien los libros, pero aquellos solamente que podian aumentar sus conocimientos, ó fortificar los principios nobles y generosos que servian de basa á su conducta. Este modo de pensar no se avenia bien con el de su hermana, y así Madama San-Austyn disgustada junto á ella mucho mas que al lado de su marido, trató de volverse quanto antes á su ducado de Yorck, satisfecha de haber conseguido su intencion, y verificado una reconciliacion que tanto de-

seaba. Madama Stanhope con su natural ingenuidad no la ocultó que desaprobaba la educacion que daba á sus hijos; pero la madre se admiraba de que hallasen defectos en Gertrudis, á quien dedicaba todos sus cuidados, y que prometia, segun ella, llegar á ser algun dia una muger completa.

Su hermana compadecia este modo de pensar, sin dexar por eso de insistir en lo que habia dicho; proponiendola que á lo menos enviasen á Federico á un colegio, ó le diesen un buen ayo. Con respecto á Federico se prestó gustosa la madre á las ideas de Madama Stanhope, con tanta menos dificultad, quanto conocia muy bien que su hijo llegaría á ser, sin tomar este partido, un personage tan rústico y grosero como su padre.

## CAPÍTULO II.

### *Buenas disposiciones inutilizadas*

Las ocupaciones y diversiones de Madama Stanhope no eran, como se ha visto, del gusto de su hermana. Esta tenia un temperamento demasiado debil y delicado para poder acompañarla en sus paseos y en las visitas que hacia por la mañana á los pobres labradores ancianos y enfermos que necesitaban de sus socorros. Sus nervios eran tan irritables que los ayes del pobre la inspiraban siempre mas bien cólera que compasion. ¡ Como! decia freqüentemente, ¿ esas gentes han creído y creen que debemos emplearnos continuamente en lo que les pertenece? ¿ No las hacemos trabajar, y las

pagamos su jornal? ¿ El exigir mas no es el colmo de la insolencia?

La pintura y la música eran las diversiones favoritas de Madama Stanhope. Madama San-Austyn no tenia disposiciones ni para la una, ni para la otra; y aunque hubiese leído toda la biblioteca de su hermana, seguro está que hubiese hallado un libro siquiera que la agradase.

Federico y Gertrudis estaban encantados con las bondades de su tia, y así se habrian prestado gustosísimos á quanto esta hubiera querido exigir de ellos: por cuya razon sentia ella vivamente ver tan favorables inclinaciones expuestas á viciarse con malos ejemplos, ó por falta de cultura. Al cabo de un mes, que le pareció demasiado largo á Madama San-Aus-

tyn, se despidió de su hermana que la habia prometido pagarla su visita en el discurso del verano siguiente.

Durante el viage no hablaron de otra cosa los dos sobrinos sino de su tia, sin que la madre desplegase los labios, ni hiciese caso de su conversacion; pero una reflexión de Federico acerca de las ocupaciones de Madama Stanhope, como que la llamó la atencion, y dixo: ¡Ó! seguramente es una muger bien singular, y tan maniática que no tiene segunda; pero sus bienes son considerables, y así debo yo aguantarla y contemplarla por vuestro mismo interes.

En verdad, mamá, dixo Gertrudis, que yo empezaba á quererla mucho, porque es tan buena y generosa.....Di, repuso su madre, tan débil, ridícula y alucí-

nada con quanto la rodea: bien que yo no lo extraño, porque desde niña ha sido lo mismo; y hoy día, en vez de portarse con aquel honor que exigen sus inmensos bienes, tiene gusto en vivir obscura y miserablemente.

Por lo que hace á mí, dixo Federico, yo no veo que mi tia sea ridícula ni debil: lo cierto es que todo el mundo la quiere, y que viejos y niños, luego que la ven, la llenan de bendiciones con la mayor alegría. Por cierto, mamá, que vos debiais hacer lo mismo que ella con nuestros pobres vecinos, y así seriais mas feliz. Yo me guardaré de eso, le respondió, porque los pobres se hallan bien socorridos con las limosnas de la parroquia. La fortuna que tú tienes es no estar al lado de tu tia, porque si no fuera así, muy presto

te comunicaria sus extravagancias. Lo cierto es que yo no lo sentiria, dixo Federico, porque semejantes extravagancias creo no me perjudicarian. Usted nos dice que es muy rica; y ella me ha asegurado que hasta la muerte de Mr. Stanhope fue una muger dichosa. ¿Era buen mozo Mr. Stanhope? preguntó Gertrudis. Yo la he oido á usted decir varias veces que mi tia se casó con él á disgusto de la familia. ¿Se fueron á casar á Escocia? No, respondió su madre, porque mi hermana no palió su inobediencia, y por lo mismo sus tres amonestaciones se leyeron públicamente. Por lo que hace á Mr. Stanhope puedo decir que jamas hallé en su persona ni en su talento cosa que pudiese justificar la eleccion que hizo de él mi hermana. Quando se casó con

ella tenia mas de treinta años, y jamas habia sido bien parecido. Sus qualidades, imagino, eran semejantes á las de su muger, porque sus principios y sus inclinaciones en nada se diferenciaban. ¡Ay Jesus! exclamó Gertrudis con mucha seriedad, ¿como puede ser creible que mi tia se casára con un hombre feo y no niño? Pues así fue, dixo Madama San-Austyn, y ademas era un mercader. ¿Una hija distinguida que forma una alianza semejante, tiene disculpa? En quanto á eso, dixo Federico, yo no sé nada; pero estoy cierto de que mi tia es una muger de mucho juicio, y de que cada vez que me he puesto á leer á su vista, las explicaciones que me ha dado me han parecido tan justas y agradables, que si estuviera á su lado me aficionaria mucho á la lec-

tura. Es cierto, repuso Madama San-Austyn, que siempre fue muy inclinada á los libros; yo tambien los quiero, pero con la diferencia, de que los serios me fatigan y entristezan, y estos son precisamente los que ella prefiere, afectando desdeñar las producciones ligeras y divertidas que tanto agradan á las mugeres, y así es que sus costumbres se resienten de ello. El peor tiempo del mundo no la habria detenido en casa quando tenia gana de pasearse. Me acuerdo de que un dia que estabamos compuestas para ir á una visita, vió en un estanque un perro con un pato en la boca; y sin mas ni mas se arroja al agua, coge el pato, y vuelve con él. En otra ocasion un criado nuestro habia muerto varios paxaros que mi hermana habia acostumbrado á ve-

nir á comer migas de pan debaxo de nuestras ventanas, y luego que lo supo fue tanta su cólera que delante de madre se atrevió á golpear al pobre sirviente: en fin todos los dias teniamos lances de esta clase, por mas que la predicasen. Nuestra aya era francesa, y todo el dia la estaba ridiculizando. Esta pobre muger nos dió para que nos entretuyesemos la historia de Cleopatra, y mi hermana no contenta con llenar de notas y extravagancias las márgenes del libro, tomó la maña de llamar siempre al aya, *Cleopatra*, hasta que fue preciso que mi madre se lo regañase, y prohibiese con la mayor seriedad. En fin para acabar de pintarla, un dia la mordió en el brazo una lechona á quien quiso socorrer viendola presa entre las barras de una puerta, y en

esta agradable tentativa y graciosa disposicion fue quando la vió la primera vez Mr. Stanhope, sin cuyo auxilio, es cierto, que habria pagado bien cara su temeridad.

Yo no sé como pudo mi tia, exclamó Gertrudis, tocar un animal tan asqueroso. Creo que yo hubiera huido por no verle padecer. Si hubiera visto un cordero ó una cabra en aquella disposicion, no me habria detenido en socorrerlos; porque señoritas muy lindas, cuya historia he leído, hicieron lo mismo en varias ocasiones. ¿Pues que, una lechona no siente lo mismo que los demas animales? dixo Federico: y á mi modo de entender, mejor hizo mi tia en socorrer á este animal que á ninguno otro, por lo mismo que es menos interesante que los

demas. Está muy bien, replicó Madama San-Austyn; pero es indispensable que una señora respete su estado, y se abstenga de imitar ciertos pasos vulgares que alejarían de ella á los hombres delicados.

Despues de haberse impuesto en las conversaciones que Federico y Gertrudis tenian con su madre, no es difícil presentir que no será culpa suya, si la afectacion de una falsa delicadeza y una sensibilidad afectada triunfan de la bondad de su natural. Es casi imposible, á lo menos, que escapen enteramente á la influencia de tan poderoso exemplo: y dichosos todavia si semejantes impresiones no producen otro mal algun dia, quando se hayan desenvuelto sus disposiciones primitivas, si una buena educacion no las ha destruido.

### CAPÍTULO III.

*El gobernador, ó el hombre de los que hay muchos.*

Luego que llegó á su quinta Madama San-Austyn contó á su marido las favorables resultas que habia tenido su viage, y quedó contento de saber la reconciliacion de las dos hermanas, porque concebía la esperanza de heredar algun dia á Madama Stanhope; pero se sorprendió al saber que esta no habia quedado satisfecha de la educacion de Federico; y así dixo: ¿pues que quiere? Yo no he pensado jamas en que sea clérigo; ni maestro de escuela: yo le crió como á mi me criaron, y sé, y pienso todo lo que necesito saber.

Madama San-Austyn no era en



esta parte de la opinion de su marido; y sin contradecirle directamente le hizo presente no obstante, que si no se tenia esta condescendencia con su hermana, se exponian á una nueva desavenencia; que el gasto que ocasionaria un preceptor sería de poco momento; y por otra parte era muy de esperar que Madama Stanhope favoreciese mucho á Federico, estando satisfecha de su educacion.

Mr. San-Austyn, como que no tenia que oponer á tan juiciosas reflexiones, dixo: pues bien, hagamos lo que desea. Precisamente voy mañana á cazar con Sir Tomas Beagle, y le hablaré del asunto, porque tal vez sabrá de algun sugeto que pueda convenirnos.

En efecto, al dia siguiente habló á su amigo, el qual le propuso

al hijo del rector de la universidad, como persona instruida, y capaz á todas luces de ser el Mentor de Federico.

¡Pardiez! exclamó Mr. San-Austyn, yo le conozco, y es seguramente el hombre que necesitamos, porque es muy chistoso; monta á caballo superiormente; y es uno de los mas dlestros cazadores de este pais.

Con semejantes habilidades no hay duda que sería un excelente preceptor para Mr. San-Austyn; y así fué á ver al rector, y quedaron convenidos en que el hijo de este empezaria á exercer sus funciones la semana siguiente. Madama San-Austyn se dió por muy satisfecha de las disposiciones de su esposo, porque sabia que Carlos Berners (este era el nombre del Mentor) era un jo-

ven amable; citado entre las gentes como hombre elegante, y de bellissimo modo; y así empezó á lisonjearse de que su hijo procuraría imitarle, y llegaría á ser uno de aquellos sujetos brillantes, de los quales tenia llena la imaginacion con lo que habia leído en las novelas.

Cárlos Berners acababa de cumplir veinte y un años: era bien formado, de una fisonomía agradable; tenia un trato fino, y el entendimiento muy cultivado; pero por otra parte era partidario de las opiniones modernas contra las mugeres; no tenia religion ninguna, y era hábil para sostener sus perversas máximas con sofismas diabólicos, revestidos de todos los prestigios de la erudicion y de la eloquencia.

— ¡Un hombre mas avisado que

Mr. San-Austyn, y una muger mas razonable que la suya, habrian reflexionado, que la poca edad de Berners no era proporcionada para entregarle á su hijo; pero esta circunstancia tan notable ni siquiera se les ocurrió. El exterior de aquel los seduxo, y esto bastó para que quedasen satisfechos.

¡ Tal era el preceptor escogido para dirigir la educacion de Federico San-Austyn ! Dotado este de un entendimiento penetrante y de un corazon excelente, aunque privado hasta entonces de cultura, era como un rico suelo inculto que solo produce espinas. Decir que halló á Cárlos Berners de su gusto, es una expresion muy fria; y asi es preciso decir, que quedó encantado de él mirandole como un modelo de perfeccion á quien

deseaba imitar enteramente. Berners, casi en un dia, se vió privilegiado entre toda la familia. Mr. San-Austyn juró que era el mejor muchacho del mundo. Gertrudis le comparaba con varios héroes hermosos cuyas aventuras leía; y Madama San-Austyn se desesperaba secretamente, por no ser la muger de un hombre tan completo y tan galan.

Poco trabajo le costó á Berners el conciliarse de este modo el afecto de la familia San-Austyn. Él cazaba, cantaba y bebia con el marido; obsequiaba delicadamente á la muger; con Gertrudis estaba placentero, alegre y enredador, prestandose gustoso á todos sus caprichos inocentes. En fin él tenia el arte de adaptarse á todos los caractéres, excepto al de Federico, con quien creia inutil dis-

frazarse. La predileccion extraordinaria que este infeliz joven le tenia, le interesaba y lisonjeaba en extremo: creyóle digno de todos sus cuidados, y desde entonces trató de inspirarle sus diabólicos principios, como los únicos capaces, segun él, de procurarnos la felicidad.

Madama Stanhope vino á pagar á su hermana la visita que la habia prometido. Berners se portó delante de ella con tanta circunspeccion, que á pesar de las prevenciones poco ventajosas que su edad y su manejo la habian inspirado, con respecto á sus funciones, no pudo tachar cosa alguna en su conducta. Sin embargo creyó ser obligacion suya advertir á su hermana, que un Mentor de edad mas madura habria sido mas conveniente para Federico. Madama

Stanhope quedó mas disgustada todavia de Gertrudis que de su hermano; porque observó con bastante dolor suyo, que su candor y sencillez natural iban desapareciendo poco á poco; dando lugar á una falsa delicadeza y una afectacion de sentimientos tan agena y distante de la verdadera sensibilidad, como la verdad de la mentira. el sup. eniv el anamad na á  
 Madama Stanhope, despues de la muerte de su marido, estaba muy achacosa; y creyendo mejorarse, pensó volver al continente por un par de años. Comunicó esta especie á su hermana dandola á entender que la haria gran favor en consentir que Gertrudis la acompañase; pero Madama San-Austyn la dixo, que solo la compañía de su hija podia hacerla soportable la horrible soledad en que estaba se-

pultada. Madama Stanhope calló sobre esto, y procuró hablar de otra cosa.

Federico y Gertrudis se hallaban en esta época con mas sujecion delante de su tia que el año ántes. El primero, porque segun las instrucciones que le habia dado Berners, tenia ya acerca de las mugeres ciertas opiniones poco favorables; y Gertrudis, por su parte, temia la severidad de las advertencias de Madama Stanhope, ya fuese sobre sus lecturas favoritas, ó sobre las impresiones que estas la dexaban. Sin embargo de esto, profesaba á su tia una estimacion y respeto que no tenia á ninguna otra persona. Madama Stanhope, luego que volvió al condado de Dorset, ordenó y dispuso sus negocios, y marchó á Italia á la entrada del otoño. y lo que se dice

ollas egodasi? susham anbaslug  
 eb r CAPÍTULO IV. ordoz  
 bernars

- *Efectos de una educacion viciosa.*

noies Teatro de sociedad.

Baxo los auspicios y direc-  
 cion de Berners hizo Federico tan  
 rápidos progresos, que su padre le  
 miraba como un prodigio. En me-  
 nos de tres años aprendió el latin  
 y el frances, y adquirió conoci-  
 mientos en historia y en litera-  
 tura; y despojado ya enteramen-  
 te de su primitiva rusticidad, ad-  
 quirió toda la amabilidad y des-  
 pejo de un hombre de mundo. En  
 contraposicion de estas ventajas  
 habia aprendido al mismo tiempo  
 á burlarse de la religion, y á no  
 mirarla sino como una institucion  
 buena para el vulgo. Su opinion

acerca de las mugeres no era me-  
 nos escandalosa y absurda, por  
 no decir mas. Creíalas hechas pa-  
 ra el placer de los hombres, fá-  
 ciles de seducir, é incapaces de  
 querer; y por la ligereza de su  
 caracter, y el vicio de su educa-  
 cion, inhábiles enteramente para  
 todo aquello que no era propio  
 de sus ocupaciones habituales.  
 Inspirandole estas perversidades  
 el malvado Berners, le habia tam-  
 bien adiestrado en el arte de disi-  
 mular, y de emplear para con  
 las mugeres todas aquellas aten-  
 ciones delicadas y lisonjeras que  
 las seducen. Federico tenia con su  
 tia una correspondencia seguida.  
 La fluidez del estilo y el talento  
 que reconocia en sus cartas, la  
 hicieron juzgar favorablemente  
 acerca de sus progresos, y así  
 le enviaba frecuentemente muy

buenos regalos, é igualmente á Gertrudis su hermana.

Tenia esta diez y seis años, y solo la faltaba otra educacion para ser enteramente amable; pero ocupada siempre su imaginacion de ideas caballerescas, se la hacia ya tarde el verse heroina de alguna grande aventura. Berners era el mejor mozo que ella habia visto hasta entonces, y la impresion que este la hizo no dexó de conocer que era amor, y aquel amor exclusivo, irresistible y aun eterno que pintan en las novelas.

Aunque Berners hubiese formado á sangre fria el proyecto de hacerla sensible; en su edad, con sus iniquos principios y su inclinacion á los placeres, era dificil estar incesantemente al lado de una muchacha preciosa, y mirarla con indiferencia; y la imprudencia

de Madama San-Austyn concurriria á hacer mas y mas peligrosa la situacion de su hija. Berners enseñaba á Gertrudis el dibuxo y la lengua francesa; y como si la frecuente intermediacion, que exigen semejantes estudios, no fuese para él un peligro suficiente; la imprudente madre armó ella misma otro nuevo lazo. Tuvo el capricho de formar en su casa un teatro de sociedad, no porque ella quisiera ser actriz, sino por llamar y congregar mucha gente; cosa que la agradaba infinito, aunque aseguraba que aquello lo hacia por complacer á sus hijos.

No era muy facil el encontrar un suficiente número de actores para todos los papeles de una pieza; pero al fin lo consiguieron, y escogieron y aprendieron en poco tiempo la tragedia de Roméo y

Julietta. Federico tomó el papel de Mercurio, Gertrudis el de Julieta, y Berners el de Roméo, viendo que ningun aficionado se habia atrevido á encargarse de él.

Antes de esta época no se habia explicado Berners sino con ciertas atenciones, que aunque expresivas, no lo eran suficientemente para que una niña inocente y tímida pudiera adivinar la causa; pero en esta ocasion no se contuvo, y declaró á Gertrudis abiertamente su pasion, y aunque quedó sorprendida y alterada, se alegró mucho creyendo haber llegado al colmo de sus deseos, porque la gloria de una muger, segun su opinion, era tener un amante rendido á sus pies. Madama San-Austyn, que podia imputar á su imprudencia todo esto, tal vez habria aplaudido la debilidad de su hija,

si lo hubiera sabido. Los designios de Berners eran misteriosos, y agradaban á Gertrudis: porque ¿á que venia una aventura amorosa, si no habia obstáculo alguno que superar, y los encantos del misterio no podian hacerla mas interesante?

Sin embargo, es preciso decir desde luego, que la inocencia de Gertrudis la cegaba acerca del riesgo á que su imprudencia la exponia, aunque su alma era simple y pura. Falsas nociones, y la falta de principios seguros la extraviaban sin que ella lo conociera, porque su modesta ignorancia la impedia el presentir las consecuencias de su conducta. Berners, por su parte, no pensaba engañarla; pero calculaba que casandose con ella satisfacía su ambicion, y no menos su amor pro-

pio. Si ella no le inspiraba una pasión violenta, á lo menos le parecia interesante y amable, y esto era suficiente para casarse con ella.

## CAPÍTULO V.

*Ciertos hombres viven de manera que apenas se acuerda nadie de ellos despues de su muerte.*

Federico cumplió veinte años, y Gertrudis llegó á los diez y seis, quando una noche Mr. San-Austyn, despues de haber comido y bebido mucho, según su loable costumbre, fue atacado de una apoplegía tan terrible, que todos los auxilios que se le dieron fueron inútiles, y murió de allí á pocas horas. Su muerte solo fue sentida de sus hijos, pues aunque su muger la lloró, no tuvo gran pesadumbre; bien al contrario, se felicitaba de verse libre de un lazo que la incomodaba.



Abrióse el testamento, y se halló estipulado en él, que Gertrudis permanecería dependiente de su madre, la qual tenía, después de su contrato matrimonial, el goce exclusivo de los bienes que había llevado al matrimonio. Federico debía á los veinte y un años entrar en posesion de los de su padre; y hasta esta época se le señalaba una pensión de quinientas libras esterlinas, en la inteligencia de que continuaria viviendo con su madre.

Federico no quedó muy satisfecho de estas disposiciones, porque deseaba arrojarse al mundo, y una pensión tan corta no se lo permitía. Berners le tranquilizó sobre este punto, haciéndole presente, que debiendo dentro de un año ser dueño absoluto de los quantiosos bienes de

su padre, no había cosa mas fácil que hallar quien le prestase todo el dinero que quisiese.

En quanto á Gertrudis nada tuvo esta que oponer á la última voluntad de su difunto padre; y como amaba á su madre, no la fue repugnante el quedar baxo su tutela. Berners pensaba de otro modo, porque esta dependencia no le permitía ya pensar en obtener la mano de Gertrudis; lo que por otra parte, como que no estaba enamorado de ella bastante-mente, no le interesaba sin los bienes, pues no era su animo casarse con ella para ir á acabar su novela en una cabaña obscura. Sin embargo, no hizo novedad en su manejo, y así sus atenciones y complacencias fueron las mismas que antes, con

la circunstancia de asegurar á Gertrudis que él siempre era el mismo para quererla, y cumplir la los tiernos juramentos que tantas veces la tenia hechos; pero con la diferencia, que todo esto no era mas que un juego sin intereses; mientras que aquella creia ver en semejantes expresiones la efusion del amor mas puro é inalterable.

Federico comunicó inmediatamente á la tia la muerte de su padre. Madama Stanhope escribió con este motivo á su hermana; y despues de los sentidos cumplimientos que se acostumbra en semejantes lances, la convidó á ir á su casa de campo á distraerse un poco, mientras ella iba á acompañarla, pues pensaba volver á Inglaterra, muy en breve.

Madama San-Austyn no se ha-

llaba en ánimo de aceptar el convite de su hermana, porque tenia resuelto irse á Londres luego que se cumplieran los primeros tres meses de su duelo; cuya disposicion agradó en extremo á Federico, á Berners; y no menos á Gertrudis.



Madama San-Austyn no se ha-

## CAPÍTULO VI.

*Triste pasatiempo de la viudez.**Interesante incognita.*

Apenas se hubo establecido Madama San-Austyn en la casa que la habian preparado en Londres quando su hermana llegó. La salud de esta se hallaba perfectamente restablecida, habia vuelto á su antigua alegría, y la singularidad de sus manías (como lo decia Madama San-Austyn) era la misma que antes de su partida. Recibió con gusto las enhorabuenas de esta y de sus hijos; consintió á instancias suyas pasar algun tiempo en Londres, y á este efecto alquiló una habitacion decente cerca de su hermana, cuyo caracter no confron-

taba con el suyo para prometerse, que viviendo en una misma casa pudieran ni la una ni la otra estar á su gusto. Madama Stanhope se agradó mas de Federico que de Gertrudis, porque aquel poseia mejor el arte de contenerse; pero como amaba igualmente á entrambos, resolvió emplear todos sus cuidados en rectificar quanto hallaba defectuoso en su modo de obrar y de pensar.

Madama San-Austyn esperaba con impaciencia el momento de verse libre de la etiqueta del luto, para presentarse en las funciones públicas; y decidida á hacerlo con ostentacion, encargó á su modista la buscase una joven inteligente y diestra en este ramo, que pudiera servirla de doncella, y correr tambien con los peynados, y adornos debidos á su cla-

se. Una mañana , mientras que tomaba el thé con Madama Stanhope y sus hijos , entró un criado á decirle que una joven enviada por Mistris Mosely , deseaba hablarla : pues dila , respondió Madama San-Austyn , que vuelva despues , porque ahora estoy ocupada. Esta es una muchacha , dixo á su hermana , que me ha recomendado muy particularmente la Mosely para que la reciba de doncella. La he prometido verla , aunque casi estoy cierta que no me convendrá , porque es una de aquellas personas de quienes no se puede sacar partido , siendo , segun me hallo informada , hija de un caballero que murió arruinado. Exâminarla , dixo Madama Stanhope , pues tal vez la juzgais con demasiada severidad.

Madama San-Austyn dió orden de que la hiciesen entrar: executólo ; y como al paracer no pensaba hallar mas gente que á la señora , y vió al lado de ella varias otras personas , se turbó. Mucho tiempo ha se dixo , que una bella persona era una poderosa recomendacion , y si era cierto , no podia dexar de interesar esta joven , porque su fisonomía y su talle eran tan bellos como los que los pintores y los poetas dan á sus mas ponderadas ninfas. ¿ Sois vos la persona que me ha recomendado la Mosely ? dixo Madama San-Austyn , mirandola enteramente , y añadiendola que no esperaba fuese tan joven. ¿ Que edad teneis ? la preguntó ; y su respuesta fue diez y ocho años. Apenas os los darán , repuso la señora , y pien-

so que no habeis servido todavía, y que por lo mismo tendreis que aprenderlo todo. En efecto, mucho me falta que aprender, la respondió avergonzada; pero soy bien joven, y podré instruirme. ¿Sabeis peynar? la dixo; porque Mistris Mosely me ha informado de que sabeis hacer unos prendidos muy preciosos. Mistris Mosely, dixo la joven, ha tenido la bondad de hallar bien hecho todo lo que he trabajado para ella, y asi debe haberos informado ya de mi corta habilidad. Por desgracia no sé peynar; y si esta circunstancia os es necesaria, temo, Madama, que mi persona no os convendrá. Mucho lo siento, dixo esta, porque seguramente es preciso que mi doncella sepa peynar...; Ah! ahora me acuerdo de lo que me han dicho... Vos sois

huérfana: os han criado como una señorita de clase; lo que significa, ó quiere decir, según pienso, que no sabeis nada. A la verdad yo no sé en qué piensan los padres y las madres quando dan á sus hijos una educacion ridícula, sin tener bienes que dexarles. Hermana, dixo con ayre Madama Stanhope, esta niña viene á ofrecerse á serviros, y no á saber vuestro modo de pensar sobre la conducta de sus padres. Pèrdone usted, señora, dixo Madama San-Austyn á su hermana; y volviendose despues á la doncella empezó de nuevo sus preguntas, diciendola: ¿como os llamas niña, y de donde sois? Mi nombre, respondió esta, es Mariana Montgomery, y mi patria Escocia; pues mucho lo siento, repuso la señora, porque to-

das las gentes de aquel país tienen un orgullo insoportable, y no he visto una persona siquiera de allí que no me haya ponderado la antigüedad de su casa. ¿Podriais decirme, querida, á que época remonta la genealogía de vuestros antepasados? Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un énfasis desdeñoso. No me han enseñado, señora, la respondió, á envanecerme con la nobleza de mi familia, ni á juzgar por ella lo que yo pueda valer; y lo único de que hago vanidad es de que mis antepasados han dexado una memoria muy honrada y distinguida de su hombría de bien. Nosotras, amiga, no podemos decir otro tanto, dixo Madama Stanhope, con un ayre irónico por su hermana, pues nuestra abuela se casó con un

cochero á los sesenta años, y nuestro abuelo, Par de la Gran Bretaña, con una cocinera suya. ¡Madama! exclamó la San Austyn, ¿que es lo que decis? ¿Podia yo esperar una salida semejante? Entonces dixo á la doncella, retírese usted, y vuelva mañana, que entonces le explicaré mis intenciones. Yo pienso, la respondió esta, que será inútil el volver á importunatos, pues veo que no tengo las qualidades necesarias para servirlos.

Diciendo estas palabras saludó á todos con una modestia la mas interesante, y se retiró. Federico y Berners la estuvieron mirando con la mayor atencion durante este diálogo, y asi estos como Gertrudis correspondieron muy atentos á su saludo. Madama San Austyn, volviendo al asunto, dixo:

Mosely se arrepentirá de haberme enviado una descarada de esta especie. Luego que la vi entrar conocí que era una atrevida y orgullosa. Si alguno ha manifestado en esta ocasion un orgullo insultante habeis sido vos, respondió Madama Stanhope; y como jamas podré acostumbrarme á este tono altanero, permitid que os dexé, pues tal vez os hallaré más razonable esta tarde. Dispensadme, hermana, dixo la San Austyn, os haga una pregunta solamente: ¿hallais que sea conveniente el hacer confianza de las locuras de nuestros parientes á una muchacha que se dará priesa á contarlas, y reirse de nosotras con todas las criadas conocidas suyas? Desde que tengo uso de razon, replicó Madama Stanhope, no he podido ver á sangre fría

oprimir ó insultar la pobreza y la inocencia. Y asi permitidme que yo tambien os haga otra pregunta: ¿si os es lícito tratar con insolencia á una joven desgraciada que viene á buscar vuestra proteccion? Malo, malo, Madama. ¿Es por ventura la fortuna en que os hallais la que os autoriza á tratar con tanta dureza á los desgraciados? Si no teneis sobre esa joven otra ventaja, sería ridículo el sacar vanidad de ella. Es joven, bien parecida, y me atrevo á asegurar que, segun la expresion de su fisonomía, tiene un corazon sensible: un corazon capaz de apreciar vuestras bondades si hubierais sabido aprovechar la ocasion de ganar su afecto. En quanto á mi salida sobre los extravíos de nuestra familia, puede ser que haya sido una fal-

ta ó ligereza mia ; però vuestra conducta me parecia cruel, y quise obligaros á callar. Además, mi opinion es que mas vale decir verdades duras de un rey muerto, que insultar en lo mas mínimo al último de los miserables que no lo ha merecido. Muy bien, Madama, dixo la hermana: vuestras opiniones, permitid que os lo diga, han sido siempre singulares, y poco convenientes á una muger de vuestra clase. Excusaré, hermana, la dixo, el justificarlas, por que no me entenderiais; y así hablemos de otra cosa. Tengo pensado ir á comprar varias bagatelas: ¿ permitireis que Gertrudis me acompañe? Madama San-Austyn, aunque muy enojada con su hermana, conoció que no convenia disgustarla, y así permitió á su hija fue-

se con ella; y Madama San-Austyn tomó el coche, y fue á desahogarse á Hide-Park.

Contra de su honor, Gertrudis con-  
tinúa singularmente.

Después que las damas se fueron, Federick y Berners, que se habían quedado en el quarto, se mantuvieron largo rato sin hablar palabra; pero Federick se rompió el silencio, y dixo á Berners: y bien, ¿ que pensais de esa preciosa muchacha? La conducta de mi madre es increíble, porque estoy cierto que cualquiera que hubiera sido, no habría tenido corazon para tratarla como lo ha hecho. Vos, por exemplo, respondio Berners, creo muy bien que la hubierais acogido mas amablemente. Pues bien, ella quiere acomodarse,



## CAPÍTULO VII.

*Consejos de un Mentor. Deuda contraída singularmente.*

Despues que las damas se fueron, Federico y Berners, que se habian quedado en el quarto, se mantuvieron largo rato sin hablar palabra; pero al fin Federico rompió el silencio, y dixo á Berners: y bien, ¿ que pensais de esa preciosa muchacha? La conducta de mi madre es inexcusable, porque estoy cierto que qualquiera que hubiera sido, no habria tenido corazon para tratarla como lo ha hecho. Vos, por exemplo, respondió Berners, creo muy bien que la hubierais acogido mas amistosamente. Pues bien, amigo, ella quiere acomodarse,

y en este supuesto vos podeis recibirla como una muger de gobierno que corra con vuestras cosas. Ved ahí, dixo Federico, una bufonada fuera de propósito, pues me parece que no podria acercarme á esa criatura sino con los sentimientos respetuosos que inspira una divinidad. En ese caso, amigo mio, respondió Berners, os trataria como á un simple mortal. No, Federico, esos sentimientos respetables convenian á vuestro visabuelo: las mugeres de ahora los exigen de otro género. Si quereis señalaros en el mundo por una aventura brillante, la casualidad os la ofrece completamente. Sin duda, dixo Federico con un tono serio, ¿ vos no imaginais que yo quiera tratar de seducirla? ; Seducirla! exclamó Berners, riendo á carcajadas. ; Pobre amigo mio!

pues decidme, ¿no es muger? ¿Y en que vendria á parar si no la seduxesen? ¡Edificado me dexa vuestro tono sentimental! Por desgracia estamos un poco distantes del tiempo en que se pensaba de esa manera. Dexemos, Berners, dixo Federico, semejantes burlas y expresiones escandalosas. Lo cierto es que yo daria quanto hay en el mundo por poseerla; pero quando reflexiono y miro su inocencia (pues es imposible que engañe su fisonomía) me parece cosa horrorosa el intentar siquiera seducirla. ¡Preocupacion! repuso Berners: ¿pues pensais que esa maravillosa inocencia no tenga un equivalente, y que esa joven no se daria por muy satisfecha de hacer un cambio semejante? Que la presenten la ocasion, y entonces se verá sino cree tener la razon de

su parte. Mi querido Federico, quando se quiere bien, esas frias reflexiones no nos detienen. Pero, segun veo, os pareceis á un inteligente en pinturas que se queda embobado viendo un hermoso quadro, y dexa que lo compre su vecino. Berners, dixo Federico, ese es un error: los atractivos de esa joven han hecho en mis sentidos la impresion mas viva; y si yo pudiera creerla, segun la imaginais, emprenderia su conquista á todo precio. Pues entonces la tendreis, y no lo dudo de ningun modo, le respondió Berners. Ella es hermosa, joven y pobre; vos sois bien formado, amable y generoso, y por lo mismo veo la cosa hecha. Los obstáculos, si los hay, cedrán con un poco de perseverancia. No hay plaza inexpugnable por mas defendida que esté; y esta no

es sino un pequeño fuerte incapaz de resistencia, que tomaremos de un golpe de mano.

Federico iba á responderle, mas entraron al mismo tiempo varios jóvenes con quienes habia hecho amistad despues que se hallaba en Londres, y se cortó la conversacion. Pero ya se ha visto que el pupilo de Berners no temia la severidad de su moral; que este Mentor complaciente le allanaba el camino de los placeres, en vez de apartarle de él; y que Federico con un carácter naturalmente inclinado á lo bueno, debia con semejante conductor ir de extravío en extravío, y caer al fin en todos los excesos imaginables.

Gertrudis en este tiempo estaba con su tia que, hablandola de un modo bien diferente, la preguntó entre otras cosas, ¿que la

habia parecido la joven que habia ido á ofrecerse á servir á su madre? á lo que respondió que en el lugar de su mamá no se hubiera detenido en recibirla, porque jamas habia visto una figura tan interesante. La belleza sola, mi querida Gertrudis, le repuso la tia, es una recomendacion muy equívoca; pero yo participo tambien de la buena impresion que os ha causado esa joven; y como ha mucho tiempo que deseo tener cerca de mi una persona de confianza que me sirva de compañía, he formado el proyecto de examinarla y adivinar su carácter, y si me conviene me la llevó conmigo.

El coche de Madama Stanhope pasó á la puerta de Mistris Moseley. Esta la manifestó lo mucho que habia sentido que la doncella que habia recomendado y enviado

á Madama San-Austyn, no la hubiese agrado : añadiendo que jamas habia conocido una jóven mas amable , ni mas digna de interesar á todo el mundo ; y que por otra parte , ella habia quedado siempre muy satisfecha de sus habilidades en quantas ocasiones las habia necesitado. ¿ Que familia es la suya , y de quien depende ahora ? preguntó Madama Stanhope ; y la Mosely la respondió , que no dependia sino de ella misma : que su único pariente era un hermano , que por desgracia suya no se hallaba en estado de serla útil ; y con la mejor voluntad dixo , permitidme , señora , que os la traiga , pues los informes que tomais me parece que no son sin algun designio bueno , y ella los satisfará mucho mejor que yo. Mistris Mosely salió , y fue á bus-

car á Mariana , en cuyo tiempo , dixo Madama Stanhope á su sobrina , esta muger me agrada mucho : vos necesitais un sombrero , y aquí os lo pueden hacer.

Mistris Mosely traxo de la mano á Mariana , cuyos ojos hinchados y húmedos anunciaban que recientemente habia llorado mucho.

Parece que no os habeis convenido con mi hermana , la dixo Madama Stanhope , con un tono el mas agradable del mundo , y asi vengo yo á sustituirla : ¿ quales son pues las condiciones que poneis ? ¿ sin duda tendreis quien os abone ? En quanto á condiciones , Madama , no habrá otras que las que vos misma impusiereis , pues todo lo que deseo es un asilo donde pueda estar al abrigo de los peligros á que está expuesta mi

edad. Por lo que haee á quien me abone , añadió avergonzada, no os puedo ofrecer sino la recomendacion de Mistris Mosely, que ha mucho tiempo que me conoce. Si de alguna cosa estoy intimamente convencida , dixo esta con calor , es de la inocencia y del mucho mérito de Mis Mariana. Eso me basta , replicó Madama Stanhope; y dirigiendose á Mariana la dixo : ¿ con que tenéis un hermano ? ¿ y que destino tiene? Mi hermano , la respondió, no tiene ninguno. Pues lo siento mucho , la repuso. Vos direis que soy muy curiosa ; pero supuesto que debemos vivir juntas me disimulareis mis impertinencias ; y así , decidme , ¿ que hace vuestro hermano , y de que subsiste ? Mi hermano , Madama... aquí mudó de color Mariana , y empezó á llo-

rar. Mi hermano , señora , la dixo por último , está en la carcel de King's Bench por deudas. ¡ En la carcel por deudas ! repitió Madama Stanhope. ¿ Es padre de familia ? No señora , la respondió Mariana : entonces exclamó Madama Stanhope , rara vez son excusables las deudas que contraen los jóvenes sin bienes ; pero puede ser que este sea un caso particular. Los empeños de mi hermano , dixo Mariana , le hacen honor , y lo que ha hecho lo volveria á hacer mil veces , aunque fuera con perjuicio de su libertad. ¿ Podré yo , sin incomodaros , la dixo Madama Stanhope , preguntaros el motivo ? ¡ Ah ! señora , exclamó Mariana llorando , fue para levantar el impedimento <sup>1</sup> que pusieron al

En Inglaterra arrastran el cuerpo

entierro de nuestra desgraciada madre. Aunque esta nada podia ya sufrir de la injusticia de los hombres, sus hijos no podian consentir que la rehusasen el último asilo de los desgraciados. Mi hermano se ofreció á satisfacer la deuda ; se concluyó el funeral , y se presentó en la carcel. Perdonad mi curiosidad, dixo Madama Stanhope, cogiendo afectuosamente la mano á Mariana, que esta será la sola y última vez que me atreva á afligiros. ¿ Creéis, querida mia, que podreis acostumbraros á mi humor ?

Dixo esto Madama Stanhope con un tono de bondad tan expresivo, que cautivó á Mariana, y asi la respondió : ; Acostumbrar-

muerto de un deudor hasta que su familia ó sus amigos satisfacen sus deudas.

me á vuestro humor ! Madama ¡ ah ! ; yo debo temer mas bien que todos mis esfuerzos para merecer vuestra aprobacion sean insuficientes ! Pues bien , la repuso, este es un ensayo que debemos hacer cada una por su parte. Preparaos para acompañarme, porque yo cuento dexar á Londres quanto antes ; y como necesito decir quatro palabras á Mistris Mosely, tened la bondad entretanto de ayudar á mi sobrina á elegir un bonito sombrero.

Mistris Mosely confirmó todo lo que Mariana habia dicho á Madama Stanhope, con tanta individualidad, que no podia menos de hacerla mas y mas interesante á los ojos de esta dama, la qual la convidó aquel dia á comer con ella y su sobrina:

convite que Mariana aceptó con respeto, despues de haber pedido permiso para escribir á su hermano.

## CAPÍTULO VIII.

*Trato generoso. Inspiraciones virtuosas sofocadas.*

Si Madama Stanhope y su sobrina quedáron prendadas de Mariana desde la primera vista, lo fueron mucho mas en el discurso del dia que pasaron juntas. Madama Stanhope la habia juzgado digna desde luego de ser la amiga que buscaba tiempo habia; y mientras mas la trataba, mas se felicitaba de haberla conocido. Mariana tenia una educacion muy fina, y el don de reunir una sencillez hermosa, y un talento que encantaba. Su caracter parecia alegre; pero la situacion de su hermano la tenia triste; de manera que apenas que-

ria esforzarse á manifestar su sonrisa , quando un suspiro involuntario la desvanecia enteramente su timidez : no obstante , no pudo resistirse á las afectuosas instancias de su bienhechora , y creyó debia corresponder á ellas desplegando las habilidades que tenia para complacerla : y asi , agregandose tambien Gertrudis , cantó al arpa los siguientes versos :

Triste asilo de mi feliz infancia,  
Lugares muy amados y sentidos:  
¿ Tendrá mi suerte la cruel constancia  
De que seais para mi siempre perdidos?  
Una madre adorada, un padre tierno  
Me preparaban suerte venturosa,  
Y todo conspiraba á hacer eterno  
El dulce encanto que me hacia dichosa.  
¡ Implacable guadaña!.. ¡ Ya no existen!..  
¡ Ah! ¡ que será de mi, quando es sabido

Que los mortales todos se resisten  
Á dar auxilio al pobre, al afligido!  
¡ Mas que digo! una mano bienhechora  
Mis lágrimas enxuga en este dia;  
Y del destino, mi voz apreciadora,  
Cesa ya de acusar la tiranía.

Apenas acabó de cantar Mariana , quando Madama Stanhope la abrazó muchas veces , renovandola las seguridades de una amistad inalterable. Gertrudis la pidió la suya colmandola de caricias ; y Mariana no podia responderlas , penetrada como estaba de sensibilidad , ternura y reconocimiento.

A la hora del thé anunciaron los criados á Federico y Berners, los quales , despues de haber comido juntos en la fonda , determinaron visitar á Madama Stanhope hasta la hora de ir al tea-



tro. Bien se dexa discurrir que la vista de Mariana causaria al uno y al otro la mayor sorpresa. Federico se olvidó de que habia prometido á Berners detenerse poco rato en casa de su tia. Esta, que amaba á su sobrino, creyó hacerle favor empeñandole á quedarse allí algunos momentos mas, á fin de que oyese executar á su sobrina y á Mariana en el fortepiano varias piezas de música, y ella misma, para animarlas, fue la primera que las dió exemplo. La admiracion de Federico llegó á su colmo, al ver la joven que aquella misma mañana habia ido á solicitar ser admitida de doncella en su casa, desplegar habilidades que anunciaban una brillante educacion. El mismo Berners no pudo dexar de conocer que una muger como aquella no

era, segun se lo habia imaginado, semejante á aquellas plazas desprovistas de medios de defensa que se toman de un golpe de mano. Federico, sorprendido y encantado, no se acordaba siquiera de irse: y asi fue preciso que su tia le advirtiera que ya era hora de despedirse, y le añadió que tenia mucho gusto en verle; pero que ya sabia que en su casa habia que hacer, y que primero eran las obligaciones que los pasatiempos.

Con una explicacion tan franca tuvo Federico que retirarse, y Berners le siguió. Un momento despues tomó el coche Madama Stanhope acompañandola su sobrina y Mariana, y dexó á la primera en su casa, y á la segunda en la de Mistris Mosely, donde dixo á Mariana: yo es-

peró , querida mia , que me tendreis por una verdadera amiga vuestra , y asi me permitireis que os hable con franqueza. Yo presumo que en el dia os hallais escasa y con necesidad de dinero : recibid pues (yo lo exíjo) un año adelantado de vuestro sueldo , y si necesitais mas... ¡ Ah! Madama , dixo enternecida Mariana , viendo que Madama Stanhope la presentó un billete de banco de sesenta libras esterlinas; esto es mucho mas , señora , de lo que puedan valer jamas los cortos servicios que yo os haga; y me guardaria bien de aceptar tan generosos socorros si mi pobre hermano.... Muy bien , querida mia , la repuso Madama Stanhope , esto no es sino para que obtengais su libertad. Animo , y pensad solo en venir á uniros á

mi quanto mas pronto podais.

A efecto de excusar las expresiones agradecidas de la reconocida Mariana , tomó el coche al instante , previniendo á esta que esperaba verla al dia siguiente.

Por su lado , Federico y Berners , apenas habian salido de casa de Madama Stanhope , quando el primero dixo á su amigo : Carlos , ¿ no formareis ahora mejores ideas acerca de las mugeres? Es necesario confeseis , que la rara belleza de esta joven admirable es lo que menos la hace seductora. Yo estoy sumamente reconocido á mi tia porque la ha tomado baxo su proteccion. Yo no veo , dixo Berners , porque debais darla gracias , si insistis en vuestros proyectos. Madama Stanhope , colocada entre vos y ella , os va á suscitar obstáculos terri-

bles. La conquista se hará mas difícil y mas costosa ; porque la niña es demasiado fina para no conocer todo lo que vale. Seguramente lo conoce, respondió Federico ; y me sería necesaria una dosis de descaro, que no tengo, para atreverme á ofrecerla otra cosa que mi nombre, mi mano y mi fortuna. Por otra parte, sin embargo de toda su belleza, su posesion no llenaria mis deseos si no estaba cierto de que poseia su corazon. Habledla, querido amigo, le dixo Berners; sed dueño de su persona, y vos lo sereis en seguida de su corazon, porque lo uno llama lo otro. En quanto á casamiento, y sobre todo á un casamiento de este género, si queris perderos enteramente, renunciar todas las esperanzas brillantes que os es permitido con-

cebir, y en una palabra, sepultaros civilmente desde vuestra entrada en el mundo ; ese es el partido que debeis tomar. Ahora bien, yo no creo, ni puedo imaginar siquiera, que sea esa vuestra intencion. No podeis hacer cosa mejor que echaros un cortejo precioso, que os impida y ponga á cubierto de alianzas equívocas y tal vez desiguales: que os dé consideracion en la sociedad de vuestros iguales ; y en fin, que os haga un objeto que cause envidia á los hombres, y no menos á las mugeres. Ese plan sería delicioso, le respondió Federico, si Mariana pensara como vos, y eso lo dificulto mucho. Pues yo soy capaz, le dixo Berners, de emprenderlo todo por serviros, con la condicion de que no se ha de tratar de casamiento. Todavía no poseis vues-

tros bienes; pero estais cerca de entrar en el goce de ellos, y encontrareis sin trabajo mil gentes que os presten quanto querais. Usad de esta facilidad, y entonces podreis hacer vuestras ofertas generosas á la que os agrada, y marcharemos al instante á Francia. ¿Creeis que no preferirá las atenciones de un joven amable, y las diversiones que la procurariais, á la cañsada, molesta y fastidiosa compañía de una filósofa vieja? Yo lo deseo, dixo Federico; pero jamas tendré valor para proponérselo. En ese caso, le respondió Berners, yo me encargo de la comision; pues enamorado, como lo estais, la niña podria haceros andar mas de lo que es menester. Yo, que conozco el mundo, y tal qual á las mugeres, no dudo que con un poco de

maña he de lograr hacerla entrar en nuestras ideas. Bien, dixo Federico, y no hay que perder tiempo; porque estoy previendo que presto será la favorita de Madama Stanhope, la qual probablemente la hará compañera suya, y esto es menester evitarlo.

Quedó pues convenido que Berners buscara al instante uno de aquellos usureros, que prestan á los jóvenes mediante una buena retribucion; y que al dia siguiente iria á ofrecer á Mariana el corazon y la fortuna de su pupilo. Convenidos ambos en ello, se separaron.

Con alguna repugnancia se prestó Federico al proyecto concebido por su Mentor (siempre abominable); y su respeto involuntario á Mariana casi le hacia desear no saliese con él. Mien-

tras mas reflexiones hacia, menos satisfecho quedaba de sí mismo; pero subyugado por el ascendiente que habia dexado tomar sobre él al infame Berners, trataba de alucinarse; se echaba en cara sus escrúpulos como fruto de su ninguna experiencia, y se esforzaba á suponer que la conducta de Mariana justificaria los insultos de la suya.

## CAPÍTULO IX.

### *Proposiciones honradas.*

El hermano de Mariana habia salido ya de la carcel, y se felicitaba con esta de su reunion, dando gracias á la generosidad de Madama Stanhope, su protectora, quando la criada de Mistris Mosely vino á decir á Mariana que un caballero la buscaba. El tal caballero era Berners. Mariana, dexando á su hermano, salió al instante á ver quien la buscaba. Berners, aunque demasiado audaz, no pudo menos de cortarse un poco al verla. El sosiego magestuoso que esta manifestaba, su fisonomía animada por la alegría, y hasta la noble sencillez de su trage, todo, todo

hizo conocer á Berners, á pesar suyo, que su mision no era tan facil como se lo habia imaginado.

Perdone usted, caballero, si le he hecho esperar, le dixo Mariana, creyendole enviado por Madama Stanhope; el retorno de un hermano, del qual habia estado cruelmente separada, debe servirme de excusa. Berners que oia hablar de aquel hermano la primera vez, no supo desde luego que responder; pero tomando aliento dixo: la excusa es muy interesante para no ser admitida; pero no la necesitais, porque el asunto que me trae, es mas bien para importunaros que para otra cosa, aunque se trata de la felicidad de una persona, por la qual me intereso con las mayores veras. Yo presumo, dixo Mariana, que Madama Stan-

hope os ha encargado de algun mensaje para mi. No ella precisamente, la respondió Berners; pero sí alguno que no la es extraño.

Mariana, que seguidamente pensó en Gertrudis, le respondió: ¿que desean esas damas? ¿Sería yo tan dichosa que me hallase en el caso de poderlas servir, y manifestar mi reconocimiento por lo que han hecho por mi?

Como el motivo del reconocimiento de Mariana era un secreto para Berners, esta respuesta no sirvió sino para aumentarle su embarazo, y así la replicó con una voz cortada: vos os equivocais. Sea qual fuere la persona cuyos favores os digneis de aceptar, la obligacion y el honor estarán enteramente de su parte. Yo vengo de la de Mr. San-Aus-

tyñ , que os vió ayer en casa de su tía. ¡De parte de Mr. San-Austyn! repitió Mariana sorprendida. ¿Y en que puedo tener el honor de servirle? Dignandoos de ocuparos en su felicidad , le respondió Berners; y adelantandose á mas, la dixo: hermosa Mis Montgomery , vos no sois hecha para vivir dependiente de nadie. Hablad , y todos los favores de la fortuna os esperan. Mr. San-Austyn desea ardientemente poner la suya á vuestros pies , y vivir esclavo de vuestra voluntad.

Una declaracion de esta especie no podia menos que provocar la indignacion de Mariana. Sin embargo, se contuvo: y aparentando tranquilidad , respondió á Berners: tanta humildad de parte de Mr. San-Austyn podria

con el tiempo fatigar mi paciencia , y entonces tal vez me vendria el deseo de insultarle tambien ; porque me parece que ahora se usa tratar asi á las personas que se suponen dependientes. A esto dixo Berners: Mis, no se habla ni de falta de miramiento , ni de insulto ; al contrario , Mr. San-Austyn afligido de veros en una situacion que no os conviene , os ofrece otra mas digna de vuestro mérito. Yo no estoy acostumbrada , le respondió , á oír semejantes proposiciones. Mi mérito se acomoda muy bien con mi estado actual, y nada tiene de penoso para mí, sino el inconveniente de estar expuesta á la insolencia de ciertos personajes. La expresion es dura, Mis, repuso Berners, y Mr. San-Austyn merece que se le trate

de otro modo : él os ofrece su corazón ; y pone á vuestros pies todo su caudal. Esa es mucha generosidad , le dixo Mariana. Mr. San Austyn me permitirá rehusar sus bondades con todo el reconocimiento que ellas merecen. Lo que me sorprende es , que él os haya encargado una comisión tan atrevida y vergonzosa.

Berners quedó avergonzado un momento ; pero la dixo : yo hago por él los oficios de un buen amigo , y así no pienso desmerecer por ello. Vos me habeis interrumpido , le dixo Mariana , una sesión que me era muy agradable : y así permitid que me retire. No Mis , dixo Berners ; no os ausenteis : ¿ queréis que yo lleve á mi amigo una respuesta que le haria perder el juicio ? Pues que lo tenga , y procure no per-

derlo , como ya lo ha hecho , le respondió Mariana retirandose. Una palabra , una sola palabra , dixo Berners , deteniendola. Reflexionad un momento lo que rehusais. Mr. San-Austyn es joven y bien parecido ; vos sereis dueña absoluta de su caudal , y ademas os asegurará una pensión anual de doscientas libras esterlinas. Esto es mucho mas , le dixo Mariana , de lo que yo podia esperar ; y supuesto que no quedais satisfecho de mi respuesta , y que persistis en exigir otra , me permitireis la consulte con mi hermano. La dicha de Mr. San-Austyn solo debe depender de vos , repuso Berners , que la creyó vencida y pronta á ceder á sus instancias. No , no , le respondió Mariana ; es necesario que mi hermano sentencie : y diciendo estas



palabras tocó una campanilla, cuyo cordon estaba á mano.

Berners se hallaba demasiado confuso para pedirle cuenta de semejante conducta. Avisa á Alberto que yo le llamo, dixo Mariana á una criada que vino á ver lo que queria. ¿ Que significa esto dixo entonces Berners, atolon-drado, á Mariana? Nada mas, le respondió esta, que discutir á fondo entre nosotros el objeto de vuestro mensaje, á fin de que Mr. San-Austyn quede enterado de lo que debe esperar de mi en lo sucesivo.

## CAPÍTULO X.

*Partido moderado, pero concluyente.*

Al entrar Alberto saludó á Berners, y queriendo dirigirle la palabra, Mariana no le dió tiempo para hacerlo, porque le dixo: hermano, este caballero, que toma mucha parte en nuestras desgracias, viene en nombre de Mr. San-Austyn, su amigo, á ofrecerme de su parte las facultades de este joven, con la seguridad de una asignacion de doscientas libras esterlinas al año. Sino me engaño, ¿ no es este el objeto de vuestra mision? dixo encarandose con Berners, á quien la confusion no le dexaba proferir una palabra. La indignacion y el desprecio estaban pintados en los ojos

de Alberto; pero prevaleciendo este último sentimiento, miró con el mismo á Berners de alto abaxo, y le dixo: permitidme que os acompañe hasta la puerta, y tened presente que por poco que os interese vuestra seguridad, os aconsejo no reiteréis vuestra visita. Al mismo tiempo con un gesto bien significativo le indicó el camino de la puerta, meneando con agitacion un baston que tenia en la mano.

Á mi no me insulta nadie impunemente, gritó furioso Berners. ¡Insultaros! repuso Alberto, con una sonrisa irónica. Es imposible insultar jamas á gentes de vuestra especie: díxole esto abriendo la puerta del quarto, y sin cesar de dar vueltas al baston.

El desgraciado negociador, casi sofocado de cólera, baxó preci-

pitadamente la escalera, diciendo con una voz alterada: vos oireis hablar de mi, señor mio. Yo no lo deseo, le respondió Alberto. Poco faltó para que Berners volviese y se arrojase sobre este; pero se hallaba sin armas, y así procuró contener su cólera. Alberto, sin ser tan buen mozo como él, era sin embargo mucho mas robusto. Agréguese á esto la desventaja del papel que Berners habia tomado de su cuenta, y la humillacion que de él le resultaba. La vergüenza corta la cólera, porque se pierde toda la energía al considerarse culpable; y así se retiró rechinando los dientes, y exhalando algunas imprecaciones. Alberto, haciendo que no le oia, le siguió hasta la puerta, dexando que él mismo la abriese.

Mariana, viendo venir á su hermano, empezó á temer sobresaltada las resultas de lo que acababa de suceder. ¡ Ah! mi querido Alberto, le dixo: no obstante la confianza que tengo en vuestra moderacion, temo que ese mal hombre os ha de desafiar. ¿ Que será de mi, si pierdo el único amigo que me queda en el mundo? No te asustes, mi amada Mariana, la dixo Alberto. Yo necesito vivir para protegerte, y no daré á tan indigna persona la satisfaccion que espera de mi parte. ¿ Me prometis pues, le instó Mariana, que si os desafía no le contestaréis? Sí, la respondió Alberto, en el sentido que tu lo imaginas. Sin embargo, no conviene que yo manifieste debilidad; pero tranquilízate, porque es mayor el desprecio que me inspira ese mise-

rable, que mi indignacion. Lo que siento mas es, que despues de lo que ha pasado, es preciso que retractes la palabra que tienes dada á Madama Stanhope, porque no estarias segura en su casa... ¿ Y como devolverla lo que te tiene adelantado? ¡ Vease pues una cruel situacion y un terrible contraste! Yo no dudo, dixo Mariana, que Madama Stanhope será la primera que desapruuebe la conducta de su sobrino; y me parece que en su casa estaria mas resguardada, y al abrigo de todo insulto, que en ninguna otra parte. Esta mañana, mi querida amiga, me has hablado de ese caballero, y me lo has pintado muy amable, le dixo Alberto. ¿ Podrias tu, le añadió, responder de tu corazon si lo vieras continuamente? Yo no desconfio de tu pru-

dençia; pero tu debes perdonar algunas inquietudes á mi deseo de excusarte ciertas penas. Mucho me habria enfadado, dixo Mariana, sonriendose, si no hubierais hecho justicia á mi prudencia. Convengo en que podria hallar amable á Mr. San-Austyn; pero como, segun mis ideas, no separo la estimacion del amor; el hombre que me ha insultado groseramente, jamas me será peligroso. Los desgraciados, le contestó Alberto, tanto mas necesitan ser circunspectos, quanto son mirados comunmente con desprecio. Solo nos queda el honor, hermana mia: y antes quisiera morir, que ver tu reputacion manchada. Lo que Mistris Mosely me ha informado del caracter de Madama Stanhope, me es muy lisonjero; pero, sin embargo, yo

quiero tomar otros informes. Todas vuestras dudas, le dixo Mariana, se desvanecerán luego que la veáis: y aunque yo no la conozco sino desde ayer, puedo decir, que fuera de mi madre, jamas he visto muger que tanto estime.

Habiendo entrado en este momento la criada de Mistris Mosely anunciando á Madama Stanhope, preguntó Mariana á Alberto si la contaria lo que habia pasado. Todavia no, le respondió este; pero dila si me permitirá manifestarla mi reconocimiento.

Mariana, saliendo á recibirla, vió que venia sola. Vengo, le dixo esta dama, á saber si el asunto de vuestro hermano está ya concluido, para si no lo está encargarlo á mi procurador. Siento

no haberlo pensado ayer. Mi hermano está aquí, señora, la dixo Mariana. ¡Ah! ¡y quan imposible me es el explicaros la alegría que me han causado vuestras bondades! ¿Y lo podremos ver? dixo Madama Stanhope. El mismo, la respondió Mariana, solicita el permiso de ofrecerse á vuestros pies: voy á buscarle.

Alberto encontró á Madama Stanhope ni mas ni menos que su hermana se la habia pintado, y la explicó con energía y nobleza su reconocimiento. Dexemos eso, dixo Madama Stanhope. Si debeis ser reconocido á alguno es desde luego á vuestra hermana. A la noche estaré en casa, y cuento con que ambos me acompañareis.

Este convite fue aceptado con gusto, y en breve se retiró Mada-

ma Stanhope. ¡Y bien! dixo Mariana á su hermano: ¿que juicio haceis de mi nueva amiga? Si me es permitido calcular por una primera vista, dixo Alberto, creo que tiene un corazon excelente, y un caracter apreciable. Yo no me habia engañado, dixo Mariana; y esta noche vereis á Mis San-Austyn, que es amabilísima, porque á una cara preciosa reúne las disposiciones mas aventajadas.

Alberto dexó á su hermana, diciendola que tenia que evacuar un asunto antes de ir á casa de Madama Stanhope, pero que no tardaria en volver.

## CAPÍTULO XI.

*Cólera. Visita imprevista.*

**B**erners, furioso por el recibimiento que le habia hecho Alberto, entró en casa de Federico, y se arrojó en un sofá, sofocado de rabia, y vomitando horribles imprecaciones.

¿Que teneis? ¿que connocion es esa? le dixo Federico. Bien sabia yo que ibais á dar un paso inutil. Sosegaos, y convenid conmigo en que habeis hallado una muger virtuosa. ¿Virtuosa? repitió Berners, respirando apenas: ¡una coqueta! ... ¡la muger mas artificiosa, sostenida por no sé quien! ... pero yo me vengaré; es indispensable que su muerte expie la afrenta que he reci-

bido. ¡Yo no os comprehendo, Carlos! le dixo Federico, explicaos por vida vuestra. Con el mayor trabajo consiguió este oír de Berners la relacion de lo que le habia pasado.

San-Austyn ignoraba hasta entonces que Mariana tuviese un hermano, y no pudo menos de aplaudir interiormente su conducta; y aunque afligido por la humillacion que su amigo habia sufrido, no dexaba de conocer que era bien merecida. Mirandose, no obstante, como origen de esta desagradable aventura, dixo á Berners, que á él le tocaba vengarle del insulto, y que de ello se encargaba. No por cierto, dixo Berners: yo no sufriré que nadie se encargue de mi venganza en esta ocasion. Voy á escribirle para obligarle á batirse conmigo; si

quereis ser mi padrino ese será el único favor que pueda aceptar. Pues contad conmigo, le respondió Federico; ¿pero creéis indispensable un extremo semejante? Yo estoy sentidísimo de haberos suscitado este desagradable lance, y quisiera á qualquier precio poder evitar sus resultas.

Bien mirada la cosa, un acomodamiento apenas era practicable. Federico no dexaba de conocerlo asi, y por lo mismo no extrañaba la pertinacia de su amigo en este proyecto de venganza. Berners se retiró con el pretexto de que queria estar solo, y tomar el ayre para desahogarse un poco. San-Austyn se hallaba sumergido en penosas reflexiones ocasionadas por este suceso, quando un criado vino á anunciarle una visita.

Yo no quiero ver á nadie, le respondió Federico. Es un caballero, replicó el criado, que segun ha dicho, tiene que comunicaros una cosa de mucha entidad. No importa, le repuso, dile que estoy fuera ocupado, ó lo que tú quieras. El caso es, señor, respondió el criado, que le he dicho ya que estais en casa. ¡Necio! exclamó Federico; vamos, dile que entre. Viendo San-Austyn un hombre que no conocia, le preguntó friamente quien era, y qué asunto le traía á su casa. Mi nombre, señor, respondió Alberto, sin quitarse el sombrero, es Alberto Montgomery. Vos debéis adivinar ahora lo que me trae. Yo habria querido veros sin que hubiese sido necesario tener presentes las obligaciones que por desgracia debo á vuestra familia.

Federicó era guapo, y sin embargo, el nombre de Alberto Montgomery le causó una viva alteracion, que procuró disimular al instante, y demasiado generoso para culpar á su amigo de una conducta, á que sus intereses habian dado lugar, le respondió con un tono apacible: yo ignoro quales sean las obligaciones de que habláis. Si se trata de Madama Stanhope, no me pertenece adivinar lo que piensa, ni lo que hace; mas yo sé que os he ofendido, y me teneis dispuesto á daros una satisfaccion. Eso no urge, dixo Alberto. Quando se trata del honor y la vida, es muy justo y permitido pensar maduramente lo que se hace. Si vos hubierais usado de esta precaucion os habriais abstenido de insultar una niña sin defensa, ni

mas riqueza que su virtud. A la verdad, ella debe obligaciones á vuestra familia. Vuestra tia se ha empeñado en protegerla, y la ha franqueado los medios para que yo recobrase mi libertad. A un hombre generoso habria sido este un grave motivo para ser mas circunspecto, mas delicado y tener otros miramientos; pero á vos ha parecido conveniente obrar de otro modo; y para reparar este insulto me ofreceis una satisfaccion; quiero decir, que yo debo exponerme á la alternativa de ser citado como un monstruo de ingratitude, por haber muerto al sobrino de mi bienhechora, ó dexar á mi hermana sin apoyo, y expuesta á las insolentes proposiciones de todo libertino á quien tenga la desgracia de agrardar. ¿Pues como expiaré yo mis



faltas? replicó Federico con grande emocion. Yo conozco lo enorme del insulto hecho á vuestra hermana, y no creo que me falte valor y espíritu al declararos que ya estoy arrepentido de ello. En quanto á las obligaciones que creéis deber á Madama Stanhope, juro sobre mi honor que no tengo la menor idea. Pues yo no las olvidaré jamas, dixo Alberto: y la única satisfaccion que yo exijo es, que me prometáis sobre vuestra palabra no pensar mas en Mariana. Con esta condicion consiento en olvidar lo pasado. Federico suspiró, y calló; y Alberto continuó.

Esta promesa me bastará. Yo vivo satisfecho de la prudencia de mi hermana; pero quiero que en adelante esté al abrigo de todo insulto. Yo no he pretendido

jamás insultarla, dixo Federico, y os protexto que si yo hubiera cumplido el tiempo necesario para disponer de mi mismo, la hubiera propuesto condiciones, que así ella, como vos, habriais podido aceptar sin vergüenza. Jamas creeré, dixo Alberto, que puedan hacerse á una muger ofertas como las hechas á mi hermana, sin tener de ella una opinion injuriosa.... En quanto á las condiciones que ella y yo podríamos aceptar sin vergüenza, Mariana tendria tal vez motivos particulares para desecharlas. ¿Ha contraido algun empeño? dixo Federico, algo turbado por los zelos. El nombre de hermano suele á veces ser muy cómodo, Mr. San-Austyn, repuso Alberto con un tono altivo y desdeñoso: yo he venido aqui determinado á



conservar mi frescura; vos sois joven y yo tambien; pero nuestra educacion, asi lo presumo, no ha sido la misma. El exemplo y las adversidades me han enseñado á señorear mis pasiones. Vos sois del número de los afortunados del siglo, y por consiguiente estais muy distante de aquellas circunstancias que hubieran podido procuraros la misma ventaja. Mariana es mi hermana, lo repito; y á pesar de la dura necesidad que la hace dependiente, se halla, sin embargo, en el caso de rehusar las ofertas que Mr. San-Austyn pudiera hacerla. La oferta de mi mano, dixo Federico, no hubiera humillado, segun pienso, á Mis Montgomery. Ciertas razones de familia me han impedido el hacerla. Mi hermana, dixo Alber-

to, os da muchas gracias; pero debo deciros, que ella desecharia el partido mas brillante de este mundo, antes de unirse á una familia que no la solicitase con el mayor empeño. Mis Montgomery, dixo Federico un poco incomodado, es, á lo menos, dueña de su voluntad. En quanto á eso, le respondió Alberto, estamos conformes; pero veo que nos separamos, no sé por que, del objeto de mi visita, que es deciros, ¿si me prometeis formalmente no volver á pensar en Mariana, ni á inquietarla?

Federico satisfecho de la honradez de Alberto, le respondió: olvidemos lo pasado, si es posible, y os doy mi palabra de honor de no tratar en adelante de procurarme el afecto de vuestra hermana, sino para hacerla es-

posa mia. Nada mas prometo; suceda lo que suceda. Yo quisiera, dixo Alberto, una promesa mas precisa; pero no obstante, os doy muchas gracias por la que me haceis; y os prevengo que Mariana nada ocultará á Madama Stanhope, si se queda en su casa, sino lo que ha pasado hoy, pues sería demasiado vergonzoso para ella el confesarlo, á menos que las circunstancias no la obligasen á ejecutarlo.

Esta declaracion tranquilizó á Federico, y así dixo á Alberto que le quedaba muy obligado, porque la vergüenza solo sería para él, si se descubria su ligereza. Ahora que estamos de acuerdo, celebraría terminasemos amistosamente quanto tiene relacion con este desagradable asunto. La persona que fue á hablar á vues-

tra hermana no lo hizo, os lo confieso, sino con mi consentimiento. Es mi mejor amigo, y parece que ha experimentado una terrible afrenta. Cierta condescendencia de vuestra parte imagino impediria que la cosa pasase adelante. Nada conseguirá de mi, respondió Alberto con fiereza; y siento mucho que un hombre como vos tenga un amigo semejante.... Pero os detengo demasiado. A Dios, le dixo, y se retiró.

## CAPÍTULO XII.

*Receta de un nuevo género para  
los caracteres petulantes.*

Alberto contó á su hermana la visita que habia hecho á Mr. San-Austyn, y la recomendó expresamente no ocultase nada á Madama Stanhope de quantos pasos ú ofertas pudiera este joven hacerla en lo sucesivo, para interesarla á favor suyo: precaucion, cuya importancia conocia ella muy bien, y de la qual prometió no separarse jamas. El se disponia para ir á ver á Madama Stanhope, quando Mistris Mosely subió á decirle que un comisionado tenia que entregarle una carta, que exígia la mas pronta respuesta.

Alberto baxó, y preguntó al comisionado, ¿ de parte de quien venia? Mr. Berners es quien me envia, respondió el portador. Yo no lo conozco, le dixo Alberto, y pienso que venis equivocado. ¿ No os llamais, replicó aquel, Montgomery? Verdad es, añadió Alberto. Pues entonces, instó el comisionado, la carta es para vos. Si mal no me acuerdo, mi amo ha estado aqui esta mañana. Bien está, dixo Alberto; pero llevaos la carta porque yo no tengo nada que tratar con quien la ha escrito. Yo no me atreveré á eso, dixo el portador, pues mi amo se encolerizaria... Vaya, vaya, que es un hombre terrible. Yo lo siento, dixo Alberto, no soy médico, y nada tengo que recetar para enfermedades tan terribles. Pero me parece que un

poco de dieta, una sangria y ciertos medicamentos, es todo lo que se necesita en semejante caso. Vos os burlais sin duda, dixo el comisionado, pero al cabo es menester que leais la carta. No haré tal, le respondió Alberto, con que en este supuesto á Dios, y lo dexó en la escalera para volver donde estaba su hermana, que, sospechando el objeto del mensaje, se habia sobresaltado.

Y bien, Alberto, le dixo la hermana, ¿que pedia esa carta? Yo no sé nada, la respondió, porque la he devuelto sin abrirla; pero, hermana, tus temores me afligen. ¿No tienes mi palabra de que no me empeñaré en cosa desagradable? ¿Me has visto faltar alguna vez á lo que ofrezco? Con eso cuento, dixo Mariana, esforzandose á sonreir; pero pien-

sa, amigo, que ya no me queda mas que perder. Llegó la hora en que los esperaba Madama Stanhope, y fueron allá.

Berners, luego que se separó de Federico, entró en un café, donde escribió á Alberto pidiendole que eligiese parage para verse, despues de lo qual, hallandose un poco mas tranquilo, volvió á casa de Mr. San-Austyn, el qual no creyó debia ocultarle la visita del hermano de Mariana, ni todo lo demas que habia pasado entre ellos.

Bueno, amigo, le dixo Berners, enojado de lo que acababa de oir, yo buscaré otro padrino. Vos no me conocéis bien Berners, le dixo su amigo; vuestra injuria es la mia, y yo quisiera, por quanto hay en el mundo, ser el solo comprometido. En es-

te momento entró el comisionado, que no habiendo hallado á su amo en el café, habia ido á casa de Mr. San-Austyn, para devolverle la carta que Alberto no habia querido recibir.

Dame al instante la respuesta, dixo Berners, luego que le vió. La respuesta, Dios la dé, dixo el criado, pues por mas que hice, aquel buen hombre no quiso tomar la carta, diciendo que no tenia nada que tratar con vos. ¡Picaro, necio! ¿no te dixé que la carta era importante, y que yo necesitaba su respuesta? Sí señor, eso le dixé; pero en lugar de hablarme con seriedad, no ha hecho mas que burlarse. Yo le hice presente, añadía el criado, que os enojariais, y tambien llegué á decirle que erais muy cólerico y muy temible (Berners

rechinaba los dientes) y todo esto no ha servido de nada, porque me ha respondido que eso no le importaba, que no era médico, y que hariais bien en guardar un poco de dieta, en hacer dar una sangria, y tomar que sé yo que medicinas.

Berners, arrebatado de cólera y de rabia, se arrojó al desgraciado comisionado, que hubiera pagado á buen precio la exactitud que observó en referir las respuestas de Alberto, si Federico no hubiera contenido á su furioso amigo, en el momento que iba á descargarle una nube de golpes.

La cólera de Berners no conocia límites, y se exhalaba en imprecaciones inútiles; mas al fin, rendido de la violencia de su arrebatamiento, se fue á su

quarto dexando á Federico entregado á reflexiones desagradables.

### CAPÍTULO XIII.

*Ciertas gentes podían sospechar que Alberto era cobarde.*

Cerca de las nueve salió Federico sin saber que hacerse: y reflexionando que Madama Stanhope ignoraba lo que habia pasado aquella mañana, fué á su casa muy ageno de encontrarse alli con Mariana y su hermano, cuyo encuentro le turbó. Los dos hermanos lo advirtieron; mas no Gertrudis ni Madama Stanhope. Esta dixo á su sobrino: me alegro de que hayais venido esta noche, porque deseaba que conocierais á Mr. Alberto Montgomery.

Federico solo respondió baxando la cabeza; Alberto hizo otro tanto, mientras que Mariana, mu-

dando de color á cada instante, solo se entretenia en hojear un quaderno de música para disimular su conmocion. Un momento despues levantó la cabeza, y sus ojos, por casualidad, ó simpatía, encontraron los de Federico; cosa que no pudo dexar de inquietar á los dos.

Cediendo no obstante á las instancias de Gertrudis, Mariana tocó en el piano algunos pedazos de música; despues de lo que Madama Stanhope volviendo á la interrumpida conversacion, y dirigiendose á Alberto y á su hermana, les dixo: yo deseo, que conteis desde ahora á mi sobrino y á mi sobrina en el número de vuestros amigos: y asi Mr. Montgomery me permitireis que os hable francamente, y os pregunte, quales son vuestros pro-

yectos para en adelante. Si está en mi mano el proteger vuestras ideas, me dareis mucho gusto en proporcionarme tan gustosa ocasion. Demasiado habeis hecho ya, señora, respondió Alberto, para que yo jamas pueda desquitarme. Os confesaré, no obstante, que antes de mi detencion en la carcel habia pensado buscar un empleo en alguna casa de comercio, porque me parece que sería á propósito para ello, pudiendo desempeñar cumplidamente una correspondencia epistolar en tres ó quatro lenguas.

Federico, cuyos ardientes deseos eran volver á adquirir la estimacion de Mariana, tomó la palabra dirigiendose á su tia, y dixo: si me fuera permitido proponer un camino sobre este objeto, aconsejaria á Mr. Montgo-



me y entrar en el servicio del Rey. Esta carrera me parece le convenia mejor que otra ninguna. No me agrada el servicio, dixo Alberto. ¿Y podrá saberse la razon? preguntó Madama Stanhope. Madama, la respondió, porque no poseo las qualidades necesarias para ser un buen soldado. Si el enemigo atacára nuestros hogares, seguramente haria mi deber; pero jamas dexaré mi pais para ir á guerrear á otra parte. ¿Prefeririais entrar en la Marina? le dixo Madama Stanhope. Mi padre, dixo Alberto, fue teniente de navio: respeto la Marina como el baluarte de la Gran Bretaña; pero mi caracter, lo confieso, me inspira cierto disgusto hácia una profesion sujeta á tantas vicisitudes. El comercio es pues la carrera que

mejor me conviene, y la que abrazaré con mas gusto.

Esta declaracion de Alberto disminuyó mucho la opinion que Federico habia formado de él: y Gertrudis que le miraba, sino como un buen mozo, á lo menos como un hombre muy amable, creyó desde luego que era un cobarde; quando sus héroes favoritos eran todos valerosos caballeros, siempre combatiendo, y siempre invencibles.

Madama Stanhope, al contrario, aprobó la eleccion de Alberto, y le aseguró que ayudaria á realizar sus deseos. La conversacion mudó de objeto, y hablaron de la diferencia de los paises, de sus climas, y de su influencia en el bien estar, y en la dicha de la vida.

Por lo que hace á mi, dixo

Alberto, creo no hay situacion que no pueda hacerse agradable, teniendo asegurada una decente subsistencia, y junto á sí las personas que se aman: experiencia tengo de ello. El tiempo en que he vivido mas dichoso, lo he pasado en las montañas de Escocia, en un pais desierto y casi salvaje. ¿Mis Montgomery nació en Escocia? preguntó Madama Stanhope. Los dos, Madama, respondió Alberto, y una desgracia nos ha traído á Londres. Si deseais saber sus circunstancias, no tengo porque hacer de ello un misterio. Madama Stanhope manifestó que tendria gusto de oírle, y Alberto comenzó asi su historia.

CAPÍTULO XIV.  
*Historia de Montgomery.*

Antes de entrar mi padre en la Marina se enamoró de una joven Irlandesa. La familia de esta señorita no quiso consentir que se casasen, y lo executaron sin su anuencia. Despues de muchos años de servicio se retiró mi padre á una pequeña hacienda que poseia cerca de Melness en el Strathnavern, cuya renta anual no pasaba de quarenta libras esterlinas, y alli nacimos Mariana y yo. Mi padre era un hombre muy instruido; y mi madre habia tenido una educacion no menos fina: la nuestra ocupó toda su atencion y sus mas exquisitos cuidados. Como no ha-

bia allí muchos vecinos sociables vivíamos casi solitarios; y sin embargo teníamos ocupados todos los momentos, de manera que no conocíamos el tedio. La música, la lectura y el dibuxo formaban nuestras ocupaciones de invierno; y el cultivo del jardín y los trabajos rústicos las reemplazaban en el buen tiempo.

Nuestros años se pasaban así tranquilos y dichosos, y sin envidiar á nadie nos bastábamos á nosotros mismos. Yo tenía veinte y un años quando Mariana que se acercaba á los diez y seis empezó á volverse mala. ¡Mala! dixo Madama Stanhope sonriéndose. Sí señora, la respondió Alberto. ¿ Volver loco enamorado á un hombre de cinquenta años, despreciar su mano, y burlarse de él no es una maldad? Este

era un caballero distinguido escocés, uno de los mas antiguos *Laïrds* del Canton, poseedor de un gran mayorazgo, y además un hombre muy religioso. Mi padre y mi madre, derogando el sistema de las familias prudentes, tuvieron la debilidad de pensar como su hija, y el pretendiente, no obstante sus ventajosas ofertas, fue despedido con mucha política.

Después de esta época, el *Laïrd* de Carnagie fue nuestro enemigo irreconciliable, y buscaba las ocasiones de perjudicarnos. Un domingo por la tarde pasando muy cerca de nuestra casa oyó música. Mi hermana y yo cantábamos, acompañandonos mi madre en el piano, y mi padre con la flauta. Al instante escandalizado el *Laïrd* fue á buscar un

ministro de la parroquia, y lo colocó baxo nuestras ventanas para que fuese testigo de esta horrible profanacion del santo dia del domingo (1), y de la criminal condescendencia de mis padres, que nos animaban á cantar canciones profanas.

En consecuencia de esta acusacion fuimos citados ante los ancianos de la parroquia, y condenados baxo pena de excomunion á pedir públicamente perdón de nuestra culpa el domingo siguiente en presencia de la congregacion reunida. Mi padre se burló de la sentencia, y nos vimos separados del cuerpo de

(1) Este dia es muy solemne entre los protestantes de Inglaterra, y tanto que á nadie es permitido tocar instrumentos ni cantar, y de este modo piensan dar crédito á su falsa religion.

los fieles, excomulgados por el Obispo, y consiguientemente malditos de Dios. Este extravagante suceso nos causó poca inquietud. Mi padre nos decia frecuentemente con este motivo: hijos míos, las oraciones públicas son necesarias para manifestar nuestra creencia abiertamente, honrad á Dios, y manifestad tambien el respeto que debemos tenerle; pero los homenajes que se le rinden justamente en secreto, no pueden dexar de ser aceptados. Todo esto estaba muy bien; mas la excomunion justa ó injusta debe temerse, como se sabe.

Lo cierto es que aquel invierno fue terrible para nosotros. Un reumatismo que padecia mi padre llegó á afligirle tanto, que le aconsejaron tomase las aguas termales de Bristol, como único

remedió capaz de curarle. Nuestras cortas facultades nos embarazaban emprender este viage. Sin embargo, como teníamos un fondo de ochocientas libras esterlinas en una casa de banco de Edimburgo, mi padre sacó doscientas para nuestras urgencias actuales, y resolvió arrendar la casa y las tierras á ella afectas, durante todo el tiempo de nuestra ausencia; pero no se encontró quien quisiera reemplazar á un hombre excomulgado, que sufría la pena de su irreligion; porque habian tenido cuidado de asegurar á los buenos montañeses, que el reumatismo de mi padre era un castigo particular del cielo, causado por la excomunion.

En este estado, entregamos las llaves de la casa á un cirujano llamado Home, que residia en

Melness, dexandole poder para arrendarla, si se proporcionaba ocasion, y marchamos á Bristol. Al cabo de tres meses aconsejaron á mi padre, que apenas tenia mejoría, que experimentara el clima de Londres, y fuimos en efecto á una casa que alquilamos en uno de sus barrios, con la desgracia de que á los seis meses mi padre falleció.

Esta pérdida fue terrible: mi madre sobre todo demasiado sensible y debil para soportar este golpe, se fue aniquilando; y sin fuerzas ya para volver á Escocia, acabó sus dias dentro del año de viuda.

Antes de su muerte, nuestros recursos pecuniarios se habian agotado; yo habia escrito á Edimburgo, á efecto de sacar otra porcion de los fondos que tenia-

mos allí; mas luego supe que la casa en donde se hallaban habia suspendido los pagos. Esta noticia me contristó; pero procuré ocultársela á mi madre, y así murió ignorandola; é ignorando tambien que nos dexaba sin el menor recurso, porque las alhajas que tenemos se habian vendido durante su enfermedad: por consiguiente, nos habia sido imposible pagar el alquiler de la casa; y como era una deuda contraída posteriormente á la muerte de mi padre, el cuerpo de mi madre fue arrestado.

Permitidme que pase ligeramente por encima de las consecuencias indispensables de esta desagradable situacion: basta decir que mi madre fue enterrada al lado de mi padre, Mariana colocada en casa de Mistris Mo-

sely, y yo conducido á una prision, de la qual he salido por un efecto, Madama, de vuestra generosidad. ¿Vuestra casa del Strathnavern está todavía sin alquilar? preguntó Madama Stanhope á Alberto. Sí señora, la respondió; y se me pasó decirnos, que aquel corto patrimonio está vinculado; y que por lo mismo no puedo disponer de él. Los muebles no he querido venderlos, no obstante las instancias de Mariana durante mi prision: en primer lugar porque aunque no son cosa de valor, son á mis ojos de un precio inestimable, y porque he pensado que ellos, y la casa con sus rierras pueden en una mayor desgracia servir de asilo á mi hermana. Otro motivo me ha hecho persistir tambien en conservar estos bienes.

La casa que tenia mis fondos se hallará, segun me aseguran, en el caso de restablecer su crédito antes de mucho tiempo. Mi intencion era esperar esta época, arrestado, y satisfacer la deuda que habia contraido, agregandola un interes por el retardo; y siendo mi acreedor rico, esta composicion en nada podia perjudicarle.

Madama Stanhope dió gracias á Alberto por su complacencia; y la franqueza de este mozo no pudo menos de asegurarla y confirmarla mas en el concepto que desde la primera vista habia formado de su honradez. Los dos hermanos se retiraron despues de haber quedado resuelto, que Mariana vendria al otro dia á establecer su residencia en casa de Madama Stanhope.

Gertrudis y Federico se volvieron en el coche de su tia. Habia ya tiempo que no se habian encontrado solos, y Mis San-Austyn se quejó de ello á su hermano. ¿Como es, le dixo, que vos y Berners esteis tan retirados? Federico pretextó ocupaciones; pero á los ojos de Gertrudis ninguna habia que pudiera disculpar la indolencia de Berners. ¿No debia este acechar la ocasion de verla, entregarla diestramente una carta, ó á lo menos ganar su doncella para ponerla en el tocador? Esto es lo que ella veia en las novelas que estaba leyendo todo el dia, y asi la tranquilidad de su caballero la parecia incomprehen-sible.

San Austyn, á su vuelta, encontró á Berners mas sosegado;

pero siempre dispuesto á vengarse, y á obligar á Alberto á refír, mas que le costase insultarle en público. Humillado Federico de verse comprometido en tan mala causa, no pudo menos de renovarle la promesa que le habia hecho antes, de ayudarle en quanto juzgara conveniente emprender, y se retiró en seguida á su quarto, descontento de si mismo, inclinado á buscar la amistad de Alberto, cada vez mas prendado de Mariana, y cada vez mas desconfiado de poder llegar á merecer su estimacion.

## CAPÍTULO XV.

*Amante cruelmente humillado en presencia de su dama.*

**B**erners, con acuerdo de su pupilo, andaba buscando usureros, y habia hallado al fin un judio, que consentia dar cinco mil libras esterlinas por un recibo de seis mil, pagaderas por Federico luego que fuese mayor de edad.

A pesar de lo inconsiderado que esto era, una operacion tan ruinosa lo espantó; pero vencido por las sugerencias de Berners, y por el placer de poder disponer desde luego de una gruesa suma, firmó el contrato. Entonces los dos amigos, dándose prisa á entregarse á todas las diversiones que ofrecia la capital, y no te-



niendo bastante libertad en casa de Madama San-Austyn, determinaron mudarse á otra parte. Federico no halló dificultad en obtener el correspondiente permiso de su madre, que inconsequente, aturdida, y ocupada de si misma y de sus diversiones, se alegraba de no tener á la vista un hijo con suficiente edad, para no hallar arreglada su conducta.

Berners y San-Austyn tomaron un quarto amueblado en Knightsbrige, en casa de una viuda que se mantenía decentemente alquilando en ella varias habitaciones. Desde este momento se les veía en todas partes, en los teatros, en casa de mugeres poco recomendables, y en el juego: Berners, porque tenia una inclinacion desenfrenada á los placeres; y Federico, porque la imá-

gen seductora de Mariana le importunaba siempre, y esperaba que las ilusiones de una vida disipada se le harian olvidar.

Madama Stanhope, antes de dexar á Londres, quiso consultar á un banquero conocido suyo acerca de la intencion que tenia, de proporcionar una colocacion conveniente al hermano de Mariana. Gertrudis estaba en su casa, y como no tenia ánimo de llevarla, la propuso dar un paseo en el parque de San-James con su nueva amiga.

Mis San-Austyn y Mariana salieron en efecto acompañadas de un criado, y al entrar en el parque encontraron á Alberto. Despues de haber paseado con ellas algun tiempo, iba á dexarlas, quando un grito de sorpresa y de gusto que dió Gertrudis, le

hizo extender la vista, y descubrió á Berners. Este, atraído por la voz de Mis San-Austyn, y colérico de ver junto á ella un hombre que aborrecia, se decidió en el momento á insultarle muy groseramente, á fin de obligarle á un desafío.

Vil cobarde, dixo en voz alta, poniendose delante de Alberto, si no aceptas mi desafío he de publicar por todas partes que eres un hombre sin valor, y un miserable.

Alberto, sin tomarse tiempo para reflexionar, lo cogió del cuello, lo sacudió violentamente, y lo arrojó á diez pasos de si con tanta fuerza, que cayó al pie de un árbol, diciendole al mismo tiempo: apártate de mí, gran picaro, y ten entendido que así te trataré siempre que tengas el

atrevimiento de ponérteme delante

Gertrudis grita; y Mariana pálida y temblando se dexa caer sobre un banco sin poder articular palabra. Mil perdones os pido, dixo Alberto, á Mis San-Austyn, que estaba turbada: yo no tengo la culpa de lo que acaba de suceder. Hay circunstancias en que no es posible conservar la frescura de ánimo, por vil que sea la persona que nos provoca.

En este mismo momento llegó Federico, á quien Berners habia citado para el parque, y al instante se impuso en lo ocurrido. Saludó á Mariana con muestras de resentido, y fue á buscar á su amigo, que, aturdido con la caída, no habia despegado aun los labios.

Mariana, mas sobre si, propuso á Gertrudis el retirarse, y al punto consintió en ello. Como estaba demasiado picada contra Alberto no quiso aceptar su brazo, y tomó el de Mariana: los tres salieron del parque sin decir una palabra. Alberto las acompañó hasta la casa de Madama Stanhope, y se retiró á su posada.

No habiendo esta dama encontrado al banquero se habia vuelto á su casa. La sorpresa y la turbacion de Mariana y de Gertrudis eran demasiado visibles para que Madama Stanhope dexase de conocerlo, y preguntar la causa. Su sobrina callaba, porque su corazon defendia á Berners; pero él era el agresor, y parecia que la falta era suya.

Mariana no se apresuraba tampoco á hablar. Sin embargo, el

temor de que Madama Stanhope y Gertrudis pensasen mal de su hermano venció su timidez: y sin hacer mencion de Federico, dixo que Berners habia descubierto su residencia en casa de Mistris Moseley, que habia ido á buscarla, y la habia hecho proposiciones insultantes, de que ella dió parte á su hermano, y que por esta razon le habia maltratado en el parque.

Mariana no expresó mas; y Gertrudis creyó que Berners habia hecho estas proposiciones por su cuenta, lo que ofendió á un tiempo su orgullo y su amor. Bien hubiera querido que se hubiera explicado mas, pero no tuvo atrevimiento bastante para decírselo á Mariana.

Madama Stanhope preguntó á esta: ¿ quando visteis á ese Ber-

ners la primera vez? Jamás le he visto, la respondió, sino en presencia vuestra, excepto hoy, y el día que fue á casa de Mistris Mosely, que fue aquel mismo en que, por vuestra generosidad, obtuvo mi hermano su libertad.

Madama Stanhope no la preguntó mas; pero sospechó que Mariana no se lo decia todo, y dexó el satisfacer su curiosidad para otro momento.

El día le pareció á Gertrudis demasiado largo, porque jamás se habia hallado en una situación de espíritu tan desagradable como aquella; y así pretextó que tenia una jaqueca muy fuerte para retirarse temprano.

Madama Stanhope, sola con Mariana, sacó de nuevo la conversacion sobre lo que habia pasado aquella mañana. El recono-

cimiento de esta amable criatura á su bienhechora, su afecto á Alberto, y su aborrecimiento á Berners, la determinaron á contarle todo con cuidado, sin embargo, de disculpar á Federico, cuya conducta, con respecto á su hermano, alabó mucho: añadiendo que sin duda nunca hubiera él pensado en un paso semejante, sin el consejo de un amigo corrompido.

Este descubrimiento afligió mucho á Madama Stanhope, que hasta entonces se habia lisonjeado, de que su sobrino no tenia mas defecto esencial que el aturdimiento de la edad, sin ninguno de aquellos vicios que anuncian un corazón depravado.

A

## CAPÍTULO XVI.

*Viage al campo.*

Despues del lance del parque Federico no habia vuelto á casa de su tia, creyendola instruida de todo, por lo que se halló con un billete suyo en que le decia, que le esperaba sin falta á la mañana siguiente.

Su sesion fue muy viva. Madama Stanhope le explicó su disgusto en los términos mas severos, declarandole que no se reconciliaria con él sino con la condicion, de que romperia enteramente con Berners.

Aunque Federico reconocia sus defectos, era muy zeloso de su independenciam; y asi respondió á su tia, que le sería muy sen-

sible perder su afecto, pero que no se creia obligado á subordinar sus conexiones á la voluntad de los nuevos amigos que se habia hecho ella; añadiendo que si Mis Montgomery podia esperar todo de él, nada debia á su hermano, cuya conducta era cien veces mas ultrajadora que el message de Berners.

El hizo lo que debió, señor mio, le respondió Madama Stanhope: pero basta; toda comunicacion entre nosotros cesa desde este momento. A Dios: diciendo esto se levanta, lo dexa en el salon, y se retira á su quarto.

San-Austyn se fue profundamente afligido, porque á pesar de los principios de su Mentor, estimaba á su tia; y por otra parte perdia para siempre la ocasion de ver á Mariana.

Madama Stanhope habia presentado á Alberto á su banquero, el qual por complacerla proporcionó á aquel un empleo, y un alojamiento en su casa. En consecuencia ningun obstáculo la retenia ya en Londres; y así trató desde luego de hacer sus preparativos para marchar con Mariana.

Quando Alberto vino á despedirse de las señoras les comunicó una carta que habia recibido aquella mañana, la qual le habia dirigido de Melness Mr. Home su apoderado para el arriendo de su patrimonio de Strathnavern. Un abogado de Aberdeen, nombrado Macleod, se habia empeñado, en nombre de un amigo suyo, en alquilar la casa y sus dependencias por tres años en quarenta libras ester-

linas; ofreciendo además satisfacer lo que se quisiera por los muebles que deseaba usar. Mr. Home habia aceptado estas proposiciones, y las comunicaba á Alberto.

Yo os felicito por esta buena noticia, le dixo Madama Stanhope: y puesto que estamos solos, permitidme que os ofrezca ese billete de treinta libras esterlinas. No os enfadeis, amigo; vos necesitais de algun dinero mientras cobrais vuestro honorario ó el alquiler de vuestra casa. ¿Pues por que me habiais de rehusar el gusto de haceros un préstamo? Vos me le reembolsareis quando querais, y os halleis en proporcion.

Con esta condicion aceptó Alberto lo que Madama Stanhope le ofrecia, no sin explicarla has-

ta que punto le dexaban penetrado de agradecimiento sus procederes generosos. Hizole quedarse á comer con ella; y al levantarse de la mesa pretextó que tenia que tratar un asunto con Madama San Austyn, persumiendo que el hermano y la hermana, habiendo de separarse, tendrían que hablar sin testigos. Mariana exigió de Alberto la ratificase la promesa que la habia hecho de no meterse con Berners; ofreciendole, por su parte, vivir con la mayor circunspeccion en órden á la conducta de Federico para con ella.

Madama Stanhope, al despedirse de su hermana, no pudo menos de darla á entender que ridiculo era en una muger de cuarenta y cinco años usar de cierto tono y de ciertas máximas

propias de una joven disipada; pero insistió principalmente sobre los extravíos de Federico, conjurandola en los términos mas fuertes á que lo separase de Berners, pintando á este como un hombre perjudicial, sin instruir-la, no obstante, del papel infame que habia hecho por cuenta de su hijo. Madama San-Austyn prometió no perder de vista este consejo, y la prometió tambien que freqüentemente la enviaria á Gertrudis. Apenas hubo dexado á Londres Madama Stanhope, quando todas estas promesas se olvidaron.

## CAPÍTULO XVII.

*Credulidad de los amantes. Buen consejo perdido.*

**M**adama San-Austyn se entregó desenfrenadamente á toda especie de diversiones y placeres, y una vida tan diferente de la que habia tenido por espacio de tanto tiempo, debia infaliblemente perjudicar á su salud, que en efecto se alteraba de dia en dia. Federico y Berners apenas la veian. Cerca de un mes habia pasado sin que este último hubiese tenido proporcion de hablar á Gertrudis, que, segun habia observado, le trataba con despego. Su orgullo (porque su amor no consistia en otra cosa) se ofendia de esta mudanza, que atri-

buía á Alberto. Un día que la encontró sola, se quejó de ello; Gertrudis le habló de Mariana, y de esto se originó una explicacion, en la qual el artificioso Berners supo justificarse á expensas de la verdad. Convino en que habia ido á casa de Mariana, pero que habia sido en nombre de Federico, quien noticioso de la infeliz situacion á que estaba reducida, le habia encargado que fuese á ofrecerla sus socorros desinteresados del modo menos sospechoso, y menos susceptible de una maligna interpretacion: y que sin embargo ya fuese por un falso orgullo (ó mas bien por desacreditarle á él y á Federico en el concepto de Madama Stanhope) Alberto y Mariana los habian tratado con la mayor insolencia, calumniando sobre todo con auda-



cia las puras y generosas intenciones de su amigo.

Gertrudis no tenia bastante experiencia para penetrar el artificio de semejante discurso; y acostumbrada desde su infancia á preferir á Berners sobre todos los hombres, creyó facilmente que habia sido calumniado.

San-Austyn corria de diversion en diversion aturdiendose alguna vez, pero sin hallarse satisfecho, porque la imagen de Mariana lo perseguia en todas partes. Un dia que se levantó temprano se le ocurrió hacer una visita á Alberto. Mistris Moseley, á quien preguntó por él, le dió las señas de su casa, y al instante marchó á ella.

Alberto lo recibió con una política fria, y le suplicó le dixe-  
se qual era el objeto de su vi-

sita. Despues de haberse detenido un poco, le dixo Federico: vos sabeis la vergüenza que me ha causado lo que ha sucedido entre nosotros. Vuestra hermana es necesaria á mi felicidad. Si vos me favoreceis, espero no deseché mis cuidados. Cerca me halló de veinte y un años: mi intencion es ofrecerla entonces mi mano y mi fortuna. Yo debo daros gracias en nombre de mi hermana, respondió Alberto; pero estoy convencido de que ella está muy distante de querer mudar de situacion. Ustedes se conocen muy poco el uno al otro, para hallarse en estado de juzgar si sus caractéres concuerdan, que desde luego lo dudo. Mariana gusta de una vida retirada de frívolos pasatiempos; y vuestras inclinaciones, me parece, son muy

diferentes; por otra parte, mi hermana no entrará jamás furtivamente en una familia que pueda mirarla con disgusto. En las actuales circunstancias ella depende de la vuestra, y por lo mismo sería indispensable consultarla ante todas cosas. Creedme, Mr. San-Austyn, esa pasión no es más que una efervescencia de la juventud, y un capricho que el tiempo y otros objetos os harán olvidar. ¿No habeis probado ya que no teniais á mi hermana ni afecto ni estimacion? Sin pretender justificar mi conducta, dixo Federico, puedo asegurar, que jamás ha dexado vuestra hermana de poseer todo mi aprecio, supuesto que en el momento mismo en que adherí al paso que ha debido ofenderla, mi razon y mi corazon lo condenaban.

Yo no lo dudo de ningun modo, dixo Alberto, con un tono afectuoso; siempre que vos obreis por vos mismo, no tendreis nada que echaros en cara: ¿pero porque os deteneis en medio de vuestros esfuerzos, sin atreveros á ser virtuoso francamente? La censura, dixo Federico, es atrevida y severa. Esto no tiene nada que ver con el objeto que aqui me trae. En quanto á este, ya os he dado mi respuesta, dixo Alberto. Convengo, añadió, en que es atrevida mi censura; pero os aseguro, que mi zelo por vuestra feliz suerte es mayor que mi severidad, pues no puedo olvidar que sois sobrino de mi bienhechora, y que está en vuestra mano heredar sus virtudes, asi como heredaréis sus bienes. Os doy gracias, le dixo Federico,

por vuestros consejos, visto que me rehusais vuestro apoyo en el único asunto de que depende mi felicidad: y saludandole friamente se retiró.

## CAPÍTULO XVIII.

### *Proposición de casamiento desechada.*

Casi seis semanas había que Madama Stanhope estaba en el campo con Mariana, quando esta recibió á un mismo tiempo dos cartas, la una de su hermano, y la otra de Mr. San-Austyn. Aquel la participaba la sesión que había tenido con Federico, pidiendola se lo dixese á Madama Stanhope; y este, despues de explicarla su arrepentimiento, y quejarse de la fria acogida que había hallado en Alberto, la ofrecia su mano: la explicaba que dentro de poco tiempo se hallaría dueño de su libertad y de sus bienes para po-

der casarse sin intervencion de nadie, y la suplicaba le diese una respuesta favorable.

Mariana no leyó estas cartas sin emocion. Antes del insulto que habia recibido de Federico por el mensajero Berners, las gracias de su persona y su amabilidad no la habian disgustado; y ahora que su arrepentimiento parecia sincero se debilitaba su resentimiento: pero lo que debia á su hermano y lo que á si misma se debia, la contuvieron; y tomando las dos cartas fue á presentárselas á Madama Stanhope, y se retiró á su quarto hasta que hubiese acabado de leerlas.

Madama Stanhope no pudo menos de aplaudir la conducta de Alberto. En la de su sobrino no vió sino la obstinacion de un jo-

ven esclavo de sus pasiones, que queria satisfacerse á toda costa, no habiendo podido conseguirlo por medios ilicitos.

Querida mia, dixo á Mariana luego que volvió, quedo encantada de vuestra conducta y de la de vuestro hermano en esta ocasion. ¿Que respondeis á Federico? A esto, dixo Mariana, mi hermano ha respondido ya por mí. Quando yo pudiera olvidar la distancia que ha puesto entre nosotros la fortuna, yo me acordaria siempre de lo que os debo, y de las pruebas que él me ha dado de sus licenciosas costumbres. ¿Luego no aceptais la mano de Federico? Jamas, Madama, la respondió Mariana. Confieso que Mr. San-Austyn es amable, y que si su caracter no me fuera conocido, me sería tal vez

imposible resistirme á sus ofertas; pero en el estado en que estan las cosas, no me cuesta nada el rehusar una union que sería la desgracia de mi vida. El único objeto de mis deseos es la continuacion de vuestras bondades, y yo procuraré siempre no hacerme indigna de ellas. Querida de mi corazon, la dixo Madama Stanhope, poco tiempo ha que nos conocemos, y ya veo que no podria separarme de vos sin la mayor pesadumbre, y así no haria este sacrificio sino por vuestra felicidad. Responded como os parezca conveniente: vuestra conducta, segura estoy, no será jamas reprehensible.

Mariana escribió en efecto á su hermano y á Mr. San-Austyn, á quien dió gracias por sus ofrecimientos, suplicandole de-

xase de escribirla, sin acordarse de lo pasado.

Esta respuesta, que Federico esperaba con impaciencia, destruyó la poca esperanza que le quedaba. Llamó al amor propio á su socorro, y decidido á olvidar una muger insensible, se sumergió mas que nunca en la dissipacion, y en todos los excesos de una vida licenciosa. Berners, á quien miraba como su único amigo, supo los últimos inútiles pasos que habia dado con Mariana.

Si yo hubiera sabido lo que pensabais hacer os lo hubiera quitado de la cabeza, le dixo: todo esto no ha hecho mas que aumentar la insolencia de esa muger hipócrita y la de su hermano, que no he olvidado; porque á qualquier precio que sea me ha

de pagar los ultrajes que me ha hecho. Solo os resta un partido que tomar, y es no manifestaros suplicante; robadla, y contad con que no necesitais mas para ser perdonado que ser un poco mas culpado. Suponiendo la facilidad de la empresa, dixo Federico, no puedo sin embargo prestarme á ella; porque he dado palabra á su hermano de no volverla á buscar sino con condiciones honradas. Bello juramento, respondió Berners, burlos de él. Jamas, dixo Federico, me resolveré á una cosa semejante. ¿ Luego os casareis con ella? le repuso Berners. Yo me casaré con ella, replicó Federico, si admite mis ofertas, y de esto es de lo que no tengo esperanza.

Su conversacion habria dura-

do mas tiempo, si dos nuevos amigos de Berners no hubiesen venido á buscarle para ir á una casa de juego. Federico los siguió, no tanto por gusto, quanto por complacencia; lo que á aquellos señores les era bien indiferente siempre que le ganasen su dinero.

habia comprado la casa de juego en un barrio de Berners, y se dio en su nombre toda la mediana. De repente se oyó gritos en el piso de abajo. Federico para no mediarmente, y encaminó á su habitación atada de un resaca de propósitos en los brazos de una joven como de diez y ocho años que se llama de no sé qué apellido. Y así Dios mio! qué cosa es todo, ella me sacó del juego cuando yo me estaba jugando. Y así Dios mio!

## CAPÍTULO XIX.

*Promesa solicitada insidiosamente  
y no menos imprudentemente  
acordada.*

Al día siguiente fatigado Federico de los excesos á que se habia entregado la víspera, dexó salir á Berners, y se estuvo en su quarto toda la mañana. De repente se oyen gritos en el piso de abaxo, Federico baxa inmediatamente, y encuentra á su huéspedata atacada de una especie de apoplejía en los brazos de una joven como de diez y ocho años, que se afligia de no poderla aliviar. ¡Ay Dios mio! exclamó llorando, ella muere... ¡mi pobre madre va á morirse por falta de socorros!... La criada ha un instante que salió.

Federico, sin responder una palabra, y sin pensar que llovía á cántaros, echó á correr sin sombrero á buscar un médico que vivia inmediato, y le traxo consigo. Este mandó sangrar á la enferma, con lo que al punto se mejoró. Berners entró en el momento que Mistris Southern, sostenida por Federico y por su hija, empezaba á articular algunas palabras. Esta al oír la voz de su madre, y transportada de alegría dixo, besando las manos á Mr. San-Austyn con toda la expresion de su reconocimiento: ¡ah! señor, y lo que os debo; sin vos la hubiera perdido.

Los dos amigos se volvieron á su quarto, y Berners dixo á Federico: por vida mia que sois bien afortunado. Yo no habria

salido si hubiera previsto esta aventura. ¿Que quereis decir? le respondió Federico. Sin duda es felicidad para nuestra huéspedada que su accidente no haya tenido consecuencias mas sensibles. Sí, dixo Berners, su estado era peligroso; pero no es ella sino la hija la que me ha parecido interesante. ¿Habeis visto jamas una criatura tan seductora? En verdad, le respondió Federico, que apenas la he mirado, porque su madre llamaba toda mi atencion. Ese estoicismo, le replicó Berners, es superior á mis fuerzas; y si como vos hubiera yo sentido el fuego de sus hermosos labios en mis manos, hubiera perdido el juicio, y la habria abrazado estrechamente. ¿Olvidais, mi querido Berners, le repuso Federico, que sois el ene-

migo declarado de las mugeres? Ese vivo interes que parece tomáis por esa joven, no concuerda con vuestros principios. Os confieso, le respondió, que jamas muger ninguna me ha hecho una impresion semejante en tan corto tiempo; pero por eso no dexo mis principios. Yo no soy ni muy viejo, continuó Berners con una sonrisa satírica, ni demasiado joven para.... casarme. Si la muchacha tuviera valor para despreciar ciertas preocupaciones, yo me encargaria de educarla.... ¿Como es que no la hemos visto hasta hoy? ¿Donde estaba escondida? Segun lo que dixo al médico, le respondió Federico, parece que vino ayer del campo. Yo Berners imagino que todo esto no es mas que una chanza, y que vos respe-



tareis la inocencia de esa niña, quando no sea por otra cosa, sino por las leyes de la hospitalidad. En igual caso, le dixo Berners, pocos jóvenes hay que escrupulicen violar lo que vos llamais hospitalidad. Si me gusta esa muchacha, y yo la gusto, la obligacion será recíproca, y nadie tendrá derecho de quejarse. ¿ Quanto duraria este amor, Berners? le dixo Federico. ¡Excelente pregunta! le respondió Berners. Preguntad á la naturaleza porque ha dado á nuestro corazon una propension irresistible á la inconstancia. ¿ Gustamos siempre de los mismos manjares, de los mismos espectáculos y de los mismos libros. ? ¿ Pues porque hemos de amar siempre la misma muger? La inclinacion manda, y es preciso obedecer. Suponiendo jus-

to vuestro razonamiento, le replicó Federico, aquel que desee vuestra esposa, ó vuestros bienes será muy inconstante sino trata de robároslos: y en ese caso ¿ os quejariais? El usurpador os citará vuestros mismos principios; ¿ y que le responderis? Nosotros admitimos una amistad durable entre los hombres. ¿ La diferencia de sexos podrá jamas debilitar este lazo? Yo quiero que la efervescencia del amor no sea sino pasajera; pero la estimacion, y el sólido afecto le sobreviven, y esto decide contra vos. ¡ Ah! pobre amigo, le repuso Berners, vos conocis muy poco el egoismo de las mugeres. Dexad de ser el admirador apasionado de sus gracias, y las miraréis como vuestros enemigos declarados. ¿ Ha-

beis conocido alguna que no se haya creído ultrajada, quando su amante se ha limitado á estimarla, y ha dirigido sus deseos á otra? Pues ved ahí como son todas poco mas ó menos.

A propósito, continuó Berners, esta mañana he entrado en casa de Madama San-Austyn: no la hallé en ella, pero entró en el momento que me iba. Me pareció que me ha tratado con cierta sequedad que no la es natural. Por lo demas, su salud no es la mejor, segun me ha dicho vuestra hermana. Mucho lo siento verdaderamente, dixo Federico, Londres no la conviene, y yo querria que volviese al campo. Federico se fue á comer con su madre. Berners no quiso acompañarle, y se citaron para verse á la noche en un café.

No fue casualidad el haber ido Berners á casa de Madama San-Austyn, como se lo dió á entender á su hijo, sino que pasando por su casa la vió tomar el coche, y creyó que hallaria sola á Gertrudis. En efecto fue asi, pero la encontró deshecha en lágrimas. Preguntóla qual era la causa de su aficcion, y ella le respondió, que la salud de su madre se hallaba en muy mal estado, y que estaba cierta de que habia ido á consultar sobre ello con un famoso médico, lo que la habia ocultado por no afligirla; pero que todos la aconsejaban que dexase á Londres quanto antes, y que creia lo verficarian prontamente.

Mientras que Gertrudis estaba hablando, Berners reflexionaba que la enfermedad de Ma-

dama San-Austyn, que era una consuncion declarada, podia conducirla en breve al sepulcro, y que entonces su hija, á quien ella amaba mucho para no dexarla bien mejorada, gozaria de una fortuna independiente. En esta suposicion le era muy interesante asegurarse de su mano por medio de un empeño, que su ninguna experiencia la hizo mirar como obligatorio. Despues de haber empleado toda su astucia en sosegar su afliccion, la habló de su amor y de su inalterable constancia. Se arrojó á sus pies, y la suplicó que si sucediese la desgracia, en que estaba bien lejos de pensar, lo admitiese por protector suyo.

Gertrudis conocia muy poco el mundo, y estaba acostumbrada á pensar bien de Berners

para desconfiar de sus intenciones. Sin embargo, la súplica de una promesa positiva la hizo vacilar.

El amor me extravía, dixo entonces el artificioso Berners. ¡Ah! no, vos no debeis asociaros á la suerte de un desgraciado.... Yo solo, yo solo soy quien debo empeñarme en no vivir sino para vos. Diciendo estas palabras, tomó una pluma y papel, y escribe este billete: "Yo prometo, baxo juramento, casarme con Gertrudis San-Austyn; y en el caso de no aceptarme por esposo, moriré célibe. Carlos Berners."

Dignaos conservar ese billete, dixo á Gertrudis, presentandose-lo. El os hará acordar de un hombre que no tenia sino su amor que ofreceros, pero que si hubiera podido, habria puesto mil coronas á vuestros pies.

Estas protexas produxeron su efecto en el espíritu novelístico de Gertrudis; y no queriendo que su amante la sobrepusiera en generosidad, firmó una promesa semejante á la que él la habia entregado: apenas la hubo recibido, quando entró Madama San-Austyn.

Berners habia dicho á Federico que su madre lo habia tratado con sequedad, y era cierto. Las representaciones de Madama Stanhope, á las quales no habia hecho desde luego mucha atencion, se la representaban á medida que su salud iba decayendo. Lo que se juzga de un modo estando buenos, se mira de otra manera estando enfermos. Madama San-Austyn se quejaba en presencia de Berners del poco miramiento que su hijo tenia con ella: llegando á decir que era obligacion de

un Mentor reprehender severamente á su pupilo las faltas que cometia, en vez de aplaudirselas y participar de ellas. Berners respondió muy poco á semejantes convenciones, y se marchó decidido á no volver á verla tan presto.

Gertrudis, que conocia el humor melancólico de su madre despues que estaba mala, no se sorprendió de lo que habia oido; y luego que Berners se fue, la suplicó tuviese la bondad de decirle lo que el médico opinaba de su enfermedad. Asegura, dixo Madama San-Austyn, que jamas me restableceré en Londres: en consecuencia es menester disponerlo todo para irnos quanto antes al campo. ¡Ah! marchemos, marchemos presto, exclamó Gertrudis, abrazando á su madre, y preguntandola: ¿iremos á casa de

Madama Stanhope, ó á Yorkshire? Mi hermana, la respondió, me ha predicho que mi obstinacion en permanecer en Londres haria peligrar mi salud: yo no hago caso; pero no quiero ir á experimentar sus reconvençiones, y estar en sociedad con la criatura que ha tomado por compañera... esa Mis Montgomery ....asi creo que la llaman...

Aunque Gertrudis amaba á su tia, y tenia la mayor inclinacion á Mariana; lo que Berners la habia dicho para justificarse, que no lo habia olvidado, fue causa de que no la disgustase el ir á Yorkshire.

Vos escribireis á vuestra tia, dixo Madama San-Austyn á Gertrudis, participandola que marchó al campo, pero sin decirla nada de mi enfermedad. Yo espe-

ro que un ayre puro me restablecerá muy pronto.

Federico comió con su madre, segun la habia prometido. La encontró muy mudada, y la estrechó á acelerar su viage. Sin embargo, como ella aparentaba mucha alegría, su estado no le pareció peligroso, y la ofreció ir á verla dentro de un mes; con lo qual se retiró á las ocho de la noche para ir á juntarse con Berners.

la lección de la parte de la historia y no obstante las instancias de sus lindos amigos, se retiró, y Berners le siguió con discreción en la sala de juego donde en el primer piso; en el momento de salir para llevar el coche que los esperaba, vieron á Alberto sentado delante de una mesa, ocupado en leer los papeles de la mañana, y en mirar de sus ojos el milia-

## CAPÍTULO XX.

*Mesa de juego. Disputa. Combate.*

**S**an-Austyn encontró á Berners en el juego tratando de ver si podía ganar el dinero que habia perdido. Lo estrecharon para que él mismo jugase; hizolo por complacencia, y por complacencia perdió cinquenta guineas. Esta leccion le pareció suficiente; y no obstante las instancias de sus lindos amigos, se retiró, y Berners le siguió con disgusto.

La sala de juego estaba en el primer piso; atravesando el café para llegar al coche que los esperaba, viéron á Alberto sentado delante de una mesa, ocupado en leer los papeles del día, y un militar de una cierta edad que no

léjos de él hacia lo mismo.

Berners, acalorado con el vino, de mal humor por lo que habia perdido, no hubo reconocido tan presto á Alberto, quando corre á él, coge un vaso de ponche que estaba sobre la mesa, y se lo arroja á la cara, diciendo: toma eso, Montgomery, pues que no tienes valor para batirte.

Una afrenta tan cruel no podía sufrirse tranquilamente. Alberto, pronto como la polvora, vuelca la mesa que tenia delante, y se arroja sobre Berners, que tira de la espada para separarlo; pero este obstáculo no le detiene: cógele la espada, la rompe, y con el pedazo que le quedaba junto á la guarnicion, hizo llover un diluvio de golpes sobre las espaldas de Berners, sin que este pudiera evitar ni uno

siquiera. ¡Hombre vil y miserable! exclamó al tiempo que le daba esta correccion, tu me obligarás á castigarte siempre de esta suerte; si no quiero deshonrarme aceptando tu desafio, sabe á lo menos que me atrevo á tratar-te como tu mereces.

Indignado Federico de ver á su amigo tan mal parado, tomó la palabra, y dixo á Alberto: esto es ya demasiado, señor mio: yo publicaré que sois un cobarde si rehusais batiros conmigo.

Alberto, cuya cólera no se habia sosegado todavia, aceptó el desafio, y se citáron callando para el dia siguiente por la mañana.

El militar veterano que habia sido testigo de este lance, se dirigió á Federico, y le dixo, con el acento de su pais (era franco-irlandés): yo apruebo vuestra re-

solucion, porque me parece que tambien teneis necesidad de una leccion: y asi quanto antes será lo mejor. Esta es la primera vez de mi vida que yo veo á ese guapo (señalando á Alberto) y yo me ofrezco á ser su padrino, si quiere: vuestro camarada no ha llevado mas que lo que merece. Tirar de la espada contra un hombre desarmado, juro á brios esa es una infamia, y accion propia de un cobarde y de un bribon.

San-Austyn, furioso todavia, respondió con mil amenazas, de las quales nuestro veterano se rió á carcajadas. Berners salió del café avergonzado, y Federico le siguió.

Luego que estos se retiraron, el militar dixo á Alberto: mucho gusto tendré, señor mio, en conoceros

mas particularmente. ¿Me atreveré á preguntaros qual es vuestro nombre? Yo me llamo, respondió, Alberto Montgomery. En efecto, ahora me acuerdo que os llamó así el señorito á quien con tanto primor habeis zurrado la badana. Mr. Montgomery, vos sois un guapeton, y voy á beber á vuestra salud. Continuó el militar sus preguntas con una eficacia que podia parecer indiscreta; pero al mismo tiempo con un ayre tan original y tan particularmente afectuoso, que Alberto no le ocultó nada de lo que habia dado lugar á su riña con Berners.

Mr. Montgomery, le dixo el incógnito al tiempo de separarse: yo soy un militar retirado, y con este motivo me habeis de admitir de padrino en el ne-

gocio que teneis que evacuar.

Alberto aceptó la oferta con reconocimiento, y le suplicó le dexase las señas de su casa, pues la cita de Federico era á las siete de la mañana.

No, no, señor mio, le respondió el incógnito. Yo acostumbro levantarme temprano, y quiero mas bien iros á buscar; y no temais os haga falta. Alberto entonces le indicó su casa, y se separaron.



## CAPÍTULO XXI.

*Disgusto de si mismo. Reflexiones.  
Duelo.*

Federico y Berners habian guardado un profundo silencio hasta su llegada á Knights-Bridge por lo humillados y vexados que iban; pero en el momento de irse cada uno á su quarto dixo Berners á su amigo, como avergonzado: yo espero que no os opondreis á que os acompañe mañana. Permitid, le respondió, que no acepte vuestra oferta en esta ocasion. Yo llevaré de padrino al capitan Watson, á quien voy á escribir para el efecto. Vuestra presencia haria tal vez mas desagradable el asun-

to, y mas difícil de terminar. Yo estoy sentidísimo de lo mucho que habeis sufrido por mi; pero os suplico sepulteis todo lo pasado, si es posible, en el olvido. ¡Que un rayo me parta, dixo el diabólico Berners, si mañana no experimentais que ese Montgomery es un cobarde! Como él conoce sus fuerzas, usa de esta ventaja, y su brutalidad pasa por brio á los ojos de los necios. Por lo demas, haced lo que os parezca. Yo no esperaba ciertamente vuestra repulsa; ¡pero yo quedaré vengado, continuó Berners, profiriendo un juramento espantoso, aunque supiera perecer un momento despues!

Federico le apretó la mano, y se retiró á su quarto lleno de penosas reflexiones. La felicidad estaba junto á mi, se decia, y

la he repelido. En el lugar de Montgomery ¿habria yo podido obrar diferentemente? No, sin duda. Yo solo soy culpable.... ¡Algunos meses mas.... Mariana hubiera podido ser mi esposa!.... Yo la he hecho una cruel afrenta; ella me aborrece, y me desprecia, y su resentimiento es justo.... ¡Ah! ¿Por que he seguido los consejos de Berners?... Pero despues de todo, este desgraciado no lo ha hecho sino por complacerme; la amistad le vendó los ojos sobre lo indigno que era su papel, y al fin ha sido cruelmente castigado... ¿Yo, yo lo vengaré?... ¡Y como!... ¡Santos Dioses!... ¡atacando, y privando de la vida tal vez al hermano de Mariana!.... ¡Si la fortuna me favorece, seré para siempre despreciable á mis ojos, y un mons-

truo á los de la que idolatro! Si yo caygo ¿quien llorará mi muerte? Nadie. Habrá un ente inutil y vicioso de menos sobre la tierra, y bien presto seré olvidado. Despues de estas reflexiones Federico escribió dos cartas, la una á su tia, y la otra á Mariana. La del capitan Watson la habia ya dirigido: y hecho todo esto se halló mas tranquilo, y se acostó.

Alberto no estaba agitado con reflexiones de esta clase; pero no podia pensar que iba á batirse con el sobrino de su bienhechora sin la mayor pesadumbre. A las seis de la mañana del dia siguiente el incógnito militar retirado estaba ya en su casa, y marcharon al lugar de la cita inmediato á Primrose-hill: algunos minutos despues de su

Hogada parecieron el capitan Watson y Federico.

A noche, dixo este á Alberto, no se hizo mencion de armas, y por consequencia he traído mi espada y un par de pistolas. Elegid pues. Yo no he traído, le dixo Alberto, sino mi espada, la que sacó de debaxo del vestido, añadiendo, que no teniendo pistolas, no creyó necesario ir á comprarlas expresamente en esta ocasion; que por otra parte tenia mucho manejo en semejante arma, y que por lo mismo sería desigual el partido si la prefiriesen.

El ayre de tranquilidad de Montgomery, y la advertencia que acababa de hacer, picaron en lo vivo á San-Austyn, que insistió en que habian de elegirse las pistolas, de suerte que Alberto no pudo excusarse de tomar

una. Midióse la distancia, y se colocaron: Federico al ver que Alberto no se apresuraba á tirar, le gritó enfadado que hiciera fuego.

Tirad vos primero, le dixo Alberto con mucha serenidad, que yo estoy pronto.

San-Austyn mirando al hermano de Mariana conoció que la mano le temblaba; la pesadumbre de defender una mala causa lo turbó. Pero la suerte estaba echada, hizo fuego sin acertar á su adversario, y le intima que tire.

Bien sabia yo, dixo Alberto, que tenia mas manejo que vos en las armas de fuego. Por exemplo, este arbol que está detras de mi es mas delgado que vuestro cuerpo, Mr. San-Austyn, y apuesto lo que querais á que no lo yerro al primer tiro. Diciendo esto, vuelvela espalda á Federi-

co, dispara al árbol, y la bala lo pasa.

San-Austyn dió una patada, furioso al ver el ayre desdeñoso y frio de su enemigo. Volved á cargar, dixo á Alberto, y obrad como hombre de honor. ¡Como hombre de honor! repitió Alberto con una sonrisa irónica. Ese tono es insoportable, repuso Federico, arrojando léjos de si la pistola, y diciendole, sacad vuestra espada, y defendeos.

Alberto estrechado así, se vió obligado á ponerse en guardia; pero su sangre fria le daba tal ventaja sobre Federico, como que arrebatado éste de furor, apenas podia quitar las idas y golpes que llovian sobre él.

En verdad, decia Alberto á cada bote que repelia con maravillosa destreza, sin dar ni re-

cibir herida alguna: os poneis mal...perdeis la cabeza....Ahora... en mi mano estaba el tocaros.... ¡Otra vez!...A la inmediata os quitaré la espada...

En efecto, lo desarmó: entonces, mudando de tono, le dixo afectuosamente volviendole su espada: mucho siento que un sobrino de Madama Stanhope me haya obligado á llegar á estos extremos. Yo os saludo Mr. San-Austyn.

Alberto, sin esperar respuesta, cogió el brazo del viejo militar que le habia servido de padrino, y se retiraron juntos.

## CAPÍTULO XXII.

*Montgomery con mucha paciencia  
dexa que le den los mas extraños  
epítetos.*

Alberto y el incógnito militar habian andado algun tiempo sin decirse palabra, quando de repente este ultimo, parandose, y mirando atentamente á Montgomery, le dice: Oyga usted señor guapo: ¿como se llamaban sus padres de usted? Yo creo saberlo, y asi, cuidado con no mentir. ¡No mentir! repitió Alberto sorprendido, y mirando al interrogador con un ayre de compasion, suponiendole tocado de la cabeza. ¿Estais, ú os sentis malo? le dixo Alberto....pero una vez que sois curioso sabed, que mi pa-

dre se llamaba Alberto, y mi madre Mariana. Ya lo sabia, ya lo sabia, señor guapeton, le respondió el oficial....¿Pardiez? Vos debeis estar muy contento con el vaso de ponche que os labó la cara. ¿Muy contento? dixo Alberto ¿os burlais? Yo no sé que significa esto. ¡Oh! le respondió el militar, yo lo sé muy bien. Sí, yo lo sé muy bien; y lo repito, que nada pudo sucederos mas feliz que aquel vaso de ponche en mitad de la cara. No hay que arrugar las cejas, señor perillan, pues lo que digo es verdad, y mucha verdad.

No dudando ya Alberto que aquel buen hombre era demente, le respondió con dulzura: apoyaos en mi brazo, señor militar, porque temo que el negocio que acaba de pasar, ha perturbado

un poco vuestra cabeza; y estoy desesperado de haber sido la causa de ello. Ved ahí, le dixo el militar, lo que se llama mentir con descaño....Pero ya habeis dado pruebas de que sois el mas insolente bribonazo que he visto en toda mi vida. No contento con haber corregido lindamente á ese pobre mozo, os habeis burlado de él en sus bigotes todo el tiempo que ha durado la riña; ¡y ahora intentais persuadirme de que estoy loco! Sosegaos, señor militar, le dixo Alberto, y permitidme os acompañe hasta vuestra casa. Ya lo entiendo, le repuso el viejo, y no solo hasta mi casa, sino adonde se me antoje ir, porque no hay prisa para separarnos. Alberto no replicó nada; pero se arrepentia de haber aceptado la oferta de un viejo lunático; y

ahora que se acordaba de las singulares preguntas que le habia hecho la vispera, se admiraba de no haber echado de ver antes que aquel pobre hombre tenia destornillado el cerebro.

Y bien, señorito, repuso el viejo, ¿no decís nada? ¿Meditais alguna treta para escaparos? Pero yo no me dexaré engañar, juro á sanes. Yo pretendo haceros entrar en razon, y veros de planton delante de mi persona. ¿Hacerme entrar en razon? repitió Alberto, apretando los dientes de cólera....Sí, haceros entrar en razon, volvió á decir el viejo... Yo pienso que esto es explicarse claramente....Yo he corregido á otros personajes tan fieros como vos. Vaya, vaya, señor, dixo Alberto, que no queria irritarlos, yo os suplico que apresu-

reis el paso, porque hago falta en mi escritorio. ¡ Al diablo vaya el escritorio! exclamó el militar, pues yo no iré mas de priesa por nadie de este mundo; y en efecto, iba deteniendo el paso. Alberto perdía la paciencia, y sin embargo, pudiendo mas con él la compasion que la cólera, se resignó á andar despacio al lado del viejo oficial.

Vuestra hermana, segun presumo, replicó este, debe ser una buena muchacha, quando riñen por ella. Yo la acogeré, y la haré su fortuna. Apuesto algo á que la hallo mas docil y mas reconocida que á vos.

Al oír esto no pudo contenerse Alberto, y le dixo: señor militar, ¿ que significa todo esto? El insulto es demasiado directo para que yo pueda atribuirlo á un ac-

ceso de locura... ¡ Si no respetará vuestra edad!.... Y bien le respondió, ¿ que hariais, señor mio? Ya os he dicho que he corregido á otros valentones como vos.... Vuestro padre, por exemplo.... Es una mentira infame, le replicó Alberto, furioso, y casi tentado de arrojarle sobre el oficial. Este volvió á su tema, y dixo: yo lo repito; sí, lo repito: batí, y desarmé á vuestro padre; y á pesar de eso, no menos insolente que su hijo, continuó desafiandome, y ocho dias despues.... mi hermana Mariana se fue con él.

La sorpresa hizo dar un paso atras á Montgomery. Miró atentamente al viejo oficial, y calló.

¡ Como! ¿ habeis enmudecido ya?... ¿ Tenia yo razon para decir que estariais de planton de-

lante de mi?... Sin embargo, mi intencion no era decir tan presto la verdad; pero, á fe mia, que perdí la paciencia. Supuesto que tengo la dicha de hallarme con el coronel O'Bryen, el hermano de mi respetable madre, dixo Alberto, un poco desaturdido, calló. El ignorar quien era, y sus provocaciones, disculpan quanto he podido decir contrario al respeto que le debo. Yo no sé nada de eso, repuso el coronel; pero podriais decirme, ¿como con tanta soberbia habeis podido sujetaros á ser caxero en casa de un banquero? En esto, querido tio, hay mucho que decir, y nada de baxeza, porque mi situacion exigia que trabajase. Me dan un salario honrado, y cómo con gusto el pan que gano. ¡El pan que ganais! repitió

el coronel.... Ya lo entiendo; esa es una reconvençioncita para mi;... pero yo cuento con haceros comer el pan que no ganaréis, señor mio; y sin que esto os enfade, veremos donde y por qué. Por lo demas, despues de lo que ha pasado, no debo admirarme de nada.... Yo os he visto, asi me parece, lleno de gloria esta mañana.... En el lugar de aquel mozo, yo os hubiera puesto las peras á quarto. El ha hecho lo que ha podido, dixo Alberto sonriendose. Yo lo creo, señor mio, le respondió el coronel, y usted tambien por lo visto.... Es menester convenir en que sois un camastron de una rara insolencia. ¿Que diriais, si os parece, á un hombre que despues de haber hecho fuego contra él, os volviera la espalda para tirar á



un árbol? Me parece, dixo Alberto, que le daría gracias. ¡Vaya, vaya! yo no lo creo; ¡y despues una leccion de esgrima!... continuó el coronel O'Bryen, remendando las posiciones y movimientos de Alberto. Ahora... ahora... teneos firme;..... que os descubris.... A la otra ida os quito la espada.... No puede llegar á mas la insolencia; pero para completar la leccion, y refrescar la sangre á aquél mozo haberle recetado una sangria. Yo quise mas bien, dixo Alberto, dexar ese cuidado al cirujano. Yo apuesto, repuso el coronel, que no es tan diestro como tu. A fe mia, sobrinito, que os creo bien listo para despachar gentes al otro mundo en un abrir y cerrar de ojos. A esto dixo Alberto: ese es un mérito que no lisonjea mi am-

bicion. Poco zeloso soy de que me citen como un diestro carnicero. ¡Un carnicero! replicó el coronel, y Alberto le dixo: si señor, un carnicero muy inferior al que por su oficio está acostumbrado á matar bueyes y carneros. Si hubiera de elegir mas querria matar un buey, que un hombre. Vamos, repuso el coronel, yo creo que tu eres casi un original de mi especie. Puede ser, replicó Alberto, que esta sea una qualidad heredada. Sí, le respondió el coronel, como vuestro descaro, que solo iguala al de vuestro padre. Mi padre, repuso Alberto, era el mejor de los hombres, y jamas salió de los límites de la moderacion sin justos motivos. Tu te bates mejor que él, le dixo el tio. Pues sin embargo, le replicó Alberto, él

me enseñó, y le debo quanto sé, porque fue mi único maestro. En fin, repuso el coronel, tus padres murieron... yo hubiera querido... ; mejor hubiera sido que nos hubiesemos reconciliado antes! ;Oxalá, dixo Alberto, que esta reconciliacion se hubiera verificado! Tu padre tuvo la culpa, le respondió el coronel con enfado. ¿ Por que no nos dió una satisfaccion de lo que habia hecho? La conducta de mi padre, le repuso Alberto, no necesitaba dar satisfacciones; y yo no debo oír cosa que ofenda su memoria. Vos oíreis, le replicó el coronel, lo que me dé la gana, señor mio. ¿ Quereis ser mi heredero? ; Vuestro heredero! dixo Alberto, eso es precisamente en lo que menos he pensado hasta ahora. Yo lo creo, le respon-

dió el tío; porque si lo hubierais pensado, os portariais como un hombre que aspira á la herencia de mis bienes. Yo no sé nada, repuso Alberto, de lo que se necesita para eso. Pues voy á enseñaroslo, respondió el coronel. Es menester pues que no os opongais á nada de lo que yo diga, y que procureis conquistar mi afecto con un poco mas de docilidad y de sumision. Si una sumision baxa, dixo Alberto, es la única que puede hacerme merecer vuestro afecto, jamas lo obtendré. La sangre del coronel O'Bryen corre en mis venas, y un rasgo de baxeza me es imposible por lo mismo. Bien respondido, dixo el tío. Algo de ese caracter tenia yo á vuestra edad. Alberto hizo una cortesía, y no respondió nada.

Dexémonos de embusterías y de gestos, si os agrada, le dixo el coronel, y sed mas político sin reiros á lo mudo. El hermano de mi madre, replicó Alberto, obtendrá siempre mi respeto, mientras no se separe del que es debido á los autores de mis dias. Sí, nada quiero oír que ofenda su memoria, es una obligacion sagrada que debo cumplir. Soy vuestro muy humilde servidor, señor sobrino, le dixo el tio, quitandose el sombrero. Convengo en que vuestro padre era un bravo hombre, pero un poco altivo. Verdad es que escribió á vuestro abuelo, quien, creo, le devolvió la carta sin abrirla. ¿Pero no pudo escribirme á mi? Ese paso, dixo Alberto, era un deber con respecto á su padre, y no lo juzgaria tal con respecto

á vos. Además, habiendo vos reñido y salido victorioso, habria sido, me parece, muy digno de vos el haber dado los primeros pasos con mi padre para reconciliaros. ¿Bella victoria? pardiez, dixo el coronel. ¡Pobre de mi, si no hubiera tenido cuidado de no estropearme! ¿Que habria resultado de esto, y que resultó en efecto, sino no querer dexar á mi hermana? Imposible era, dixo Alberto, el dexarla ya, porque se querian ciegamente, y su amor ha durado hasta la muerte. Mucho me gusta eso, dixo el coronel; pero no obstante, habria querido;.... mas estos sentimientos son superfluos. ¿Tu sabes, sin duda, que tu madre me escribió habrá cerca de un año? Si señor, le respondió Alberto; fue poco tiempo despues de la muerte de



mi padre, y vos no la respondis-  
teis. Eso era un poco difícil, le  
dixo el tio. La carta fue dirigi-  
da á Irlanda, y yo estaba en las  
Indias. Me la enviaron; pero lle-  
gó dos meses despues de haber-  
me embarcado para volver á Eu-  
ropa. La carta hizo segundo via-  
ge á Irlanda; y ha un mes que  
la recibí. Inmediatamente partí  
con la esperanza de efectuar una  
reconciliación que yo deseaba tan-  
to como mi pobre hermana, y  
he llegado aqui antes de ayer.  
¿Antes de ayer? preguntó Al-  
berto. Sí, le respondió el tio, an-  
te ayer, y al instante fui adon-  
de decia la carta; pero todo lo  
que pude saber fue que mi her-  
mana habia muerto, y que ha-  
bian arrestado á su hijo. Verdad  
es que estuve preso, dixo Al-  
berto. ¿Y por que preso? pregun-

tó el coronel, pues en tu anti-  
gua habitacion nadie me ha sa-  
bido decir la causa, ni menos  
donde te hallabas. Yo estaba, res-  
pondió Alberto, en King's Benoh.  
¿Y por que estabas alli, y como  
has salido? le preguntó aquel.  
Por deudas, dixo Alberto; y de-  
bo mi libertad á la generosidad  
de una dama. ¡Diablo! ¿y habeis  
sabido corresponder á esa gene-  
rosidad, dixo el coronel con  
cierto ayre de bufonada? Mi re-  
conocimiento, respondió Alberto,  
no pagará jamas lo que la debo.  
No solo esta dama me hizo sa-  
lir de la carcel; pero ella es tam-  
bien la que me ha colocado, la  
que ha tomado baxo sus auspicios  
á Mariana, y la que con una fi-  
nura sin igual la obligó á acep-  
tar un año anticipado de su sa-  
lario para procurarme la liber-



tad; y todo esto antes de haberme visto. ¡Esa es una muger admirable! exclamó el coronel; y yo iria á la China por besar la los pies. A fe mia, señor sobrino, yo la pido perdon; porque desde luego me habia figurado que sería una de aquellas damas compasivas, que gustan de hacer bien á los jóvenes. Tio, dixo Alberto, con ayre serio, yo creia mereceros otro concepto diferente. ¿Vas, le respondió el coronel, á tomar tu ayre grave otra vez? Cuidado con eso, porque semejante cosa ni es tu deber ni tu interes. En quanto á mi interes, le replicó el sobrino, yo no me paro en él; pero en quanto al deber, ¿os autoriza el vuestro para humillarme con iguales sospechas? ¿Que es lo que decis, le repuso el coronel, de mi de-

ber? ¿Han tratado jamas á un tio con este descaro? Quando fuera tan pobre como Job, tu debias todavia respetarme. ¿Ignoras que yo no te debo nada, y que tu me debes el mismo afecto y el mismo respeto que si fueras un hijo? Y esos serán, dixo Alberto, los sentimientos que os manifestaré toda mi vida, apretando respetuosamente la mano al coronel, que no pudiendo ya contener mas su emocion, se echó al cuello del sobrino, bañandole con unas lágrimas demasiado tiempo detenidas. Sí; yo seré tu padre, exclamó con una voz enternecida. Sí; yo lo quiero ser hasta mi muerte; si en adelante te sucede algun contratiempo, ó tienes algun disgusto, será porque el coronel O'Bryen no habrá podido excusártelo.

Perfectamente satisfechos el uno del otro, hicieron arrimar un coche, y marcharon al alojamiento del coronel. Alberto, luego que llegaron, le pidió permiso para ir á casa de su banquero, y decirle que no le esperaba. Su tío no lo dexó salir, y le obligó á escribirle un billete, manifestandole que una feliz casualidad le habia hecho encontrarse con un pariente inmediato, con el qual no podia menos de pasar el dia; y que asi le suplicaba disimulase su ausencia en obsequio de tan justo motivo.

## CAPÍTULO XXIII.

*Siempre nos inclinamos á juzgar de los otros por nosotros mismos.*

El coronel y el sobrino se desayunaron juntos: despues de lo qual Mr. O'Bryen consintió en que Alberto fuese á casa de su banquero, con tal que él lo habia de acompañar. Este último, cuya estimacion se habia conciliado Alberto, lo felicitó por su buena fortuna. Mr. dixo el coronel, os doy gracias por las bondades que habeis dispensado á este perillan. Yo lo echaré menos mucho tiempo, dixo el banquero; Mr. Montgomery merece ciertamente todo el bien que querais hacerle. Es preciso, le dixo el coronel al banquero, que co-

mais con nosotros para poder contaros nuestro encuentro que, á la verdad, es original y gracioso. Todas vuestras cuentas, dixo Alberto al banquero, las tengo prontas para entregáros las quando gustéis. Dexémonos ahora de cuentas, dixo el coronel. Sobrino, yo os necesito todo el día; el señor come con nosotros, y hablaréis otra vez de negocios. Este día ha de ser todo de júbilo, así como es el mas feliz de mi vida.

El banquero aceptó el convite muy gustoso; y el coronel y su sobrino se fueron despues de haber quedado convenidos en la hora y parage donde debían juntarse.

Mr. O'Bryen volvió á hacer mil preguntas á Alberto acerca de su padre, su madre y su hermana, inculcandose é interesan-

dose en los pormenores mas menudos, que con gusto le hacia su sobrino.

Todavía me falta, le dixo el coronel, un punto por aclarar. Esta mañana habeis eludido mis preguntas; vuelvo á ellas. ¿Por que os habiais endeudado? A lo que respondió el sobrino: si tráeis á la memoria qual era nuestra situacion en aquella época, esto no os parecerá extraordinario. Está muy bien, le repuso el tio; pero vuelvo á decir, ¿que deuda era esa? ¿Que deuda era esa!... Alberto titubeaba, queriendo evitar el mortificar á su tio, declarandole que habian arrestado el cuerpo de su hermana, y así dixo simplemente: era por un alquiler. No te creo, le dixo el tio. A mi me han dicho que os arrestaron el mismo

dia que murió vuestra madre; que el xefe de los esbirros habia tenido una larga sesion con vos, y que os habiais ido á la carcel al dia siguiente del funeral. Vamos, vamos, Alberto, dime la verdad. ¿Que quiere decir esta deuda? ella no podia ser por el alquiler de la casa, porque tu no eras responsable de lo que debian tus padres, y por otra parte me has asegurado que estos no debian nada. Alberto enfadado de verse tan apurado por el tio, lo que hizo fue callar.

Y bien, continuó el coronel, ¿con que venimos á parar en que este era un negocio particular, una de aquellas pequeñas deudas que á veces contraen los jóvenes, y que tu quisieras que cayese en el olvido? ¿No es verdad? Lo cierto es, respondió Al-

berto, que yo deseo muy de veras que jamas se hable de semejante cosa: su memoria me contrista, y á vos os afligiria. No me preguntéis mas. Vamos, le dixo el coronel, dexa tu ayre grave, y no se hable mas palabra. Cada uno tiene sus faltas; y yo no esperaba hallarte perfecto. Bien lejos estoy de serlo, dixo Alberto, encantado de que su tio no hubiera caido en la cuenta. Tu te pareces, le dixo este, á los mozos de tu edad. Lo que he visto muy bien es que no eres cobarde, y espero que el tiempo te vaya corrigiendo de lo demas. Asi lo espero, repuso Alberto, que apenas podia contener la risa, viendo la equivocacion de su tio.

Cuidado, no obstante, le dixo este. Yo te aconsejo elijas una



buena muchacha, y te cases, sin dártese cuidado que sea pobre, pues yo tengo para los dos. El matrimonio, dixo Alberto, es un empeño serio, que merece pensarse maduramente; y así quiero tomarme tiempo para elegir compañera. Disparate claro, le repuso el coronel; escogida, ó tomada por casualidad, viene á ser lo mismo. El matrimonio es una lotería en la que para un número que gana, hay mil que pierden; y esta es la causa de que yo sea soltero. Eso pudiera sucederme también á mi, dixo Alberto. No, señor mio, le respondió el coronel; yo quiero un heredero, y aguardo tenerle de vuestro temple.

El tío que tenia el mayor deseo de ver á Mariana, quedó de acuerdo con el sobrino en que

partirian dentro de quatro ó cinco dias para ir á casa de Madama Stanhope, despues de haber exígido de Alberto, que no diria nada á su hermana de su encuentro. Puede ser que así la vea yo, decia, tal qual sea.

Alberto, por permiso de su complacencia, le hizo prometer al tío que nada la dixese de su desafio con Federico; pero el coronel no queria al principio convenir en ello, y luego, aunque rechinando, dió su palabra de que lo callaria.

como, siendo  
 y, lo á obispo y obispo  
 de Alberto á obispo de Alberto  
 el mayor que podía haberse  
 no le ve volver con un  
 espíritu y con la  
 con y la tabla en el  
 de Alberto, dixo  
 con un voz conde, y

## CAPÍTULO XXIV.

*Humillacion. Desprecio. Esperanza  
burlada.*

Ya se dixo que Alberto habia dexado á San-Austyn en el campo de batalla humillado y furioso. Berners por su lado le esperaba con una impaciencia, que mas es para imaginada que no para descrita, haciendo votos muy sinceros porque obtuviese la victoria, como que esta le dexaba tambien vengado á él, y porque su afecto á Federico era el mayor que podia tenerse. En fin le ve volver con un ayre espantado, y con la desesperacion y la rabia en el corazon.

Berners, exclamó Federico, con una voz sombría, arroján-

dose sobre un sofá, yo me hallo deshonorado..... Veo que no soy mas que un miserable: ni vuestros sofismas son capaces de persuadirme lo contrario. Yo me acordaré toda mi vida de esta horrible mañana.

Creido de que su pupilo habia quedado vencedor, y atribuyendo su alteracion al horror natural que inspira un primer asesinato, aunque cometido en el caso de una defensa legítima, Berners no trató sino de desvanecer sus escrúpulos.

Vos sois debil como una muger, le dixo, el hombre nace para morir: que sea en la cama, ó en el campo; de calentura, ó de una bala de cañon, hoy, ó de aquí á veinte años, ¿ que importa? El que habeis castigado era un hombre insolente. Yo sien-

to solamente que no lo haya sido por mi mano. ¡Pluguiese al cielo, dixo con ayre Federico, que jamas me hubiese yo mezclado en este vergonzoso negocio! Yo solo, dixo Berners, me habria encargado de él con mucho gusto. Entonces hubierais visto si yo sé portarme como un hombre de honor. Hombre de honor.... repitió Federico, es Montgomery; y mi conducta no ha sido otra que la de un miserable estudiante. Mucho celebros que le deis aplausos, dixo Berners, con un ayre irónico. Si lo habeis herido peligrosamente, es preciso pensar en vuestra seguridad sin perder tiempo; pero si no hay nada de eso, podemos estarnos quietos. ¡El herido!... exclamó Federico... ¡Ah! ¡dioses!

Berners, sin saber todavia las circunstancias del asunto, habia ya perdido la esperanza que hasta entonces le habia lisonjeado; pero no atreviendose á estrechar mas á Federico con preguntas que podian aumentar su humillación, esperó callando que él se explicase: lo que hizo, despues de mucho rato, con admiracion de Berners, el qual procuró consolar á su pupilo con razones especiosas é ineficaces, como él mismo lo conocia.

Federico le declaró que habia resuelto ir por algun tiempo á acompañar á su madre. Berners no trató de quitarselo de la cabeza; pero la frialdad con que Madama San-Austyn lo habia tratado en su última visita, le sugirió un pretexto para no acompañarle.

Quando San-Austyn abrió la papelera con ánimo de escribir á su madre el viage que pensaba hacer, las cartas que allí habia dexado la vispera para Madama Stanhope y Mariana, llamaron su atencion, y exclamó, poniendose la mano en la frente, ¡oxalá que el suceso hubiera exigido el envio de estas cartas, porque no me veria ahora agoviado de vergüenza y de remordimientos!

Madama San-Austyn le respondió al instante, que contaba partir al dia siguiente, y que le suplicaba se dispusiese para acompañarla. Madama no hablaba de Berners en su billete, y se alegró de no verle. No sucedió así á Gertrudis, que se alejaba de los lugares donde respiraba su heroe, pues no hacia mas que

suspirar; pero el dia de la partida fue excelente, porque en despique de su excesiva pesadumbre, el ayre del campo la excitó un grande apetito; y á la noche durmió hasta el dia, sin que su reposo hubiese sido interrumpido con ningun sueño desagradable.

## CAPÍTULO XXV.

*Satisfaccion. Sorpresa. Curiosidad.*

El coronel y su sobrino llegaron una mañana temprano á la casa de campo de Madama Stanhope. Mariana estaba en paseo con la hija del ministro del lugar, y Madama Stanhope en su gabinete escribiendo. Antes de anunciarse Montgomery, dixo á su tio: como esta dama no os conoce, permitid que yo os presente baxo vuestro nombre verdadero, pues no nos convendrá inducir-la á error.

Mr. O'Bryen, despues de haber pensado un rato, respondió: supuesto que está sola, podemos decirla la verdad, y suplicarla nos ayude á engañar á Mariana.

Estando en esto, vino el criado á decirles que su ama los esperaba, y al instante entraron en su gabinete.

Mr. Montgomery, dixo esta dama, mucho me alegro de veros, y espero que ningun suceso desagradable....aquí se paró, como temiendo no hubiese tenido alguna disputa con Federico; pero Alberto se dió priesa á tranquilizarla.

Esta visita, la dixo, que no esperabais, es el efecto de un suceso sumamente interesante para mi. Llevad á bien que os presente el coronel O'Bryen, unico hermano de mi madre, al que ha ocho dias conozco. Yo os felicito de todo corazon, respondió Madama Stanhope. Un hombre como vos no puede dexar de hacer honor á la familia que lo reclama.

No lo mimeis, Madama, la dixo el coronel: el zangano es ya demasiado vano. Sin embargo, si tiene defectos, no se le conoce el de la ingratitud. El me ha hablado con tanta expresion de vuestra conducta noble y generosa para con él, que sus sentimientos hácia vos me han ganado, y no he sosegado hasta venir yo mismo á tributaros por ello las mas debidas gracias. Si son debidas gracias, menos se me deben dar á mí, que á Mariana, dixo Madama Stanhope. Esas son cosas que no merecen la pena de nombrarse. ¡Muger noble! ¡alma rara! exclamó el coronel transportado de alegría. ¡Ah! Madama, si vos quisierais prestaros á un capricho que tengo, mi satisfaccion sería completa. Explicaos, señor coronel, le respondió al

instante Madama Stanhope. Pues señora, la dixo, mi deseo es ver á Mariana sin ser conocido. La casualidad me proporcionó encontrar á su hermano, que estaba bien distante de pensar fuese mi sobrino. ¿Querriais, Madama, procurarme la ocasion de sorprehenderla en su estado natural y corriente, como me sucedió con su hermano? Si ella sabe que soy su tío, la señorita hará su composicion de lugar, y se dispondrá á desplegar sus gracias para parecerme amable, y entónces necesitaré mas de un mes para adivinar lo que vale. La singularidad de este capricho hizo reir á Madama Stanhope.

¿Que pensais de esta superchería? preguntó Madama á Alberto. Yo, señora, la respondió, me conformo, si vos consentis en ello:

y supuesto que mi tío desea sorprehender á Mariana, como yo lo fui tambien, no debo oponerme á ello, por poco ventajoso que fuese. ¿Que perjuicio os ha causado á vos, señor modesto, igual sorpresa? dixo asperamente el coronel. ¡Ah! Madama, yo daria veinte guineas por poder contaros esta historia del señor mi sobrino.

Alberto, temiendo la indiscrecion que iba á cometer su tío, le tiró con cuidado de la casaca; lo que le hizo pararse en medio de la frase.

¿Que historia es esa, señor coronel? le preguntó Madama Stanhope. Nada, nada, Madama, la respondió: es que yo le encontré en un café....Le sucedió una aventura tan extraña, que no puedo acordarme de ella sin

reír á carcajadas. Ahora vivimos juntos, y no nos separaremos mas.

Madama Stanhope creyó no debia insistir en sus preguntas, y asi calló. La satisfaccion del coronel, y lo encendido del sobrino, la convencieron de que la caprichosa fortuna les habia hecho encontrarse en una coyuntura favorable para Alberto. La reserva de este sobre el asunto la atribuía Madama Stanhope á su extremada modestia, de la qual tenia ya anteriores pruebas.

Y bien, mi coronel, le dixo Madama Stanhope, será lo que vos querais. ¡Cuidado no sea la sobrina que pensais sorprehender la que os sorprehenda á vos! Diciendo esto vió á Mariana y su amiga atravesando un prado que estaba enfrente de la casa. Entonces, dirigiendose al coronel,

le dixo. Venid ; ved allí á Mariana. Yo he oido hablar de simpatía, de impulso natural: veamos si este sentimiento se declara en esta ocasion. ¿Qual es pues de aquellas dos vuestra sobrina ?

El coronel las exâminó desde la ventana, y seguidamente exclamó, con la mas viva emocion: Yo apuesto mil libras esterlinas á que mi sobrina es la mas alta: tiene el ayre, el andar y la talla de mi hermana. Lo habeis adivinado, coronel, le dixo Madama Stanhope ; pero decidme, porque ella va á venir al instante, ¿ como quereis que os llame delante de ella ? Esperad, la respondió, ella ignora que su hermano ha dexado al banquero, y yo puedo pasar por él. Bien está, dixo Madama. Callemos;

ya la siento subir la escalera.

Mariana entró en el salon ; la vista de su hermano la sorprendió tan agradablemente, que corrió á abrazarle con el mayor cariño. ¡ Ah ! ¡ mi querido Alberto ! ¡ hermano ! ¡ Que placer inesperado ! exclamó fuera de sí.

Volviendose entonces vió al coronel, y se puso colorada. Perdonad, Madama, dixo, dirigiendose á Madama Stanhope, no habia advertido que estabais acompañada. Mi sorpresa me ha hecho cometer una impolitica. No necesitais, hija mia, disculparos, la dixo Madama Stanhope. Permitid que os presente á un amigo de vuestro hermano, en cuya casa vive actualmente.

No dudando Mariana que fuese el banquero, le hizo una atenta y graciosa cortesía ; pero el



coronel la cogió por la mano, y aplicandola á la mexilla un beso expresivo, la dixo: sois una preciosa muchacha; pero no olvidéis jamas el ser atenta, ni abrazar á los viejos antes que á los mozos. Mariana le miraba sorprendida al ver que Madama Stanhope y Alberto apenas podian contener la risa, y no sabia que pensar de todo aquello.

¡ Hermosa criatura! por mi honor, continuó el coronel, ya no me sorprehenó.....( Alberto le tiró del vestido, creyendo que iba á decir lo que él no queria). Meteos, le dixo el tio, en vuestros negocios. ¿ Creéis que soy algun fatuo?... Ved ahí, señorita, volviendo á Mariana, un talle de ninfa.... ¡ Y ese pelo!... ¡ esa blancura!... ¡ esos ojos!... son los de la familia. ¿ Lo creéis?

dixo Madama Stanhope, que no podia contenerse, y que despues de esta observacion le suponía en la intencion de no llevar mas adelante la ficcion. Si, si, repuso el coronel, conociendo que se descubria: tiene los mismos ojos que su hermano. Madama Stanhope se desternillaba de risa.

Yo creia que mis ojos eran negros, dixo Alberto. ¿ Y que quiere decir eso? señor risueño. Negros, ó azules, todos son ojos, le repuso el coronel. ¡ Ah! es verdad, dixo Alberto. No hagais caso de sus gestos, dixo el coronel, dirigiendose á Mariana. Sentaos junto á mí, querida. Vos os pareceis á vuestro hermano; pero sois mil veces mejor.

Mariana admirada y confundida, no sabiendo como portarse, miraba alternativamente á

Alberto y al coronel con sorpresa, y despues á Madama Stanhope con unos ojos que la pedian la explicacion de todo lo que veia.

Querida mia, la dixo esta, no os incomodeis con las agudezas del amigo de vuestro hermano. Estoy cierta de que le trataréis con mas afecto quando sepais que ha venido por servir á Alberto. ¡Por servirle! dixo el coronel, no, Madama, por cierto; yo he venido por servirme á mi mismo. Yo esperaba sin duda encontrar una linda muchacha; pero no una hermosa criatura como vos, hija mia.

Hablando asi, el coronel, con los ojos fixos en Mariana, reia, se ponía serio hasta enternecerse, despues se levantaba, volvia á sentarse, y repetía sus exclamaciones y sus alabanzas con un calor y una efusion, que la desconcertaban.

A ruegos de Madama Stanhope tocó el piano, y cantó: el embelesamiento del coronel le impidió por segunda vez el con- tenerse.

¡Adorable criatura! exclamó: ella puede casarse quando quiera. Yo doy diez mil libras esterlinas por regalo de boda.

Mariana al oír esto hizo de él el mismo juicio que habia formado su hermano; imaginando que tenia destornillado el cerebro; y así le miró con cierto ayre de compasion, el qual le hizo entrar en sí mismo; acordandole su nueva indiscrecion.

Lo que quise decir; dixo entonces el coronel, fue hija mia que vos merecis un dote de diez mil libras esterlinas, y creo muy bien que no lo esperais; pero no es imposible que llegueis á

tenerle. Mariana mira eso como una cosa imposible, dixo Alberto; y el coronel le respondió, ¿como sabeis vos lo que ella piensa? señor mio. ¿No podeis dexarla hablar? Una tentacion semejante, dixo Mariana con una modestia encantadora, está tan distante de mis ideas, como de mis deseos. Nada me quedará que apetecer en tanto que me hallé baxo la proteccion de Madama Stanhope. Madama Stanhope, dixo el coronel, es un angel, vos sois una amable criatura, y yo, yo soy un viejo hechicero que puede deciros la buena ventura. Seréis dichosa, querida mia, y yo os lo digo. Ya lo soy, señor coronel, respondió Mariana mirando con expresion á Madama Stanhope.

La comida estaba pronta, se sentaron á la mesa, y la con-

versacion mudó de objeto. El coronel y Alberto quedaron encantados de la hermosura de los campos inmediatos á la habitacion de Madama Stanhope, lo que proporcionó á esta la ocasion de decir á Montgomery, que si podia disponer de toda aquella tarde le suplicaba montase á caballo para ir á ver en Blackwood (este era el nombre del lugarillo inmediato) una casa y sus adyacencias, que tenía intencion de comprar, y cuya venta debía rematarse al dia siguiente.

Con el mayor gusto, Madama, dixo Alberto. ¿Me hareis el favor, continuó Alberto dirigiendose á su tio, de acompañarme? No, señor, le respondió, porque me quedo aqui acompañando á estas damas.

## CAPÍTULO XXVI.

*Sorpresa grande. Curiosidad satis-  
fecha.*

Acabada la comida, se dispuso Alberto para montar á caballo, despues de haber representado, no obstante, á Madama Stanhope, que no era muy á propósito para hacer juicio de una adquisicion de aquella clase. Yo sé, le dixo, que la casa está en muy buen estado. No la necesito, sino por las tierras adyacentes; pero el dueño se halla obligado á venderlas para pagar una deuda urgente, y me ha suplicado con tanta eficacia que se las compre, que me es imposible dexarlo de hacer. ¿Qual es el precio de esa propiedad? pregun-

tó el coronel. Lo mas, le respondió Madama Stanhope, unas seis mil libras esterlinas. Pardiez, dixo el coronel, pues yo la compro, si vos, Madama, no la necesitais precisamente. Seriamos vecinos, y tendriais, como lo espero, la bondad de sufrir algunas veces las importunas visitas de un viejo solteron, que os es muy afecto. Yo deseo, señor coronel, le respondió Madama Stanhope, que la adquisicion os convenga; pues por lo que hace á mí, bien mirado, no la necesito; pero no habia podido rehusarme á servir al que me buscaba. Bien cierta estoy que no tendrá este que quejarse de vos; y asi nada impide que acompañeis á Mr. Montgomery. Yo soy, dixo el coronel, un franco-original; pero procuro siempre com-

poner las cosas de modo que el pobre no me envíe con mil diablos. Vos me permitireis, sin embargo, que no os dexé hoy: basta que Alberto vea la casa y las tierras, y si le convienen, quedo contento....Esto es; continuó el coronel reprimiéndose al ver que Mariana le miraba con sorpresa, si le convienen, yo mismo iré entonces á verlas también, mañana ó el otro

Después que Alberto marchó con el apoderado de Madama Stanhope, esta que advertía el extremado embarazo de Mariana, habría querido que el coronel cesase de disfrazarse; pero él pensaba en otra cosa. El arresto de su sobrino era para él un enigma, que tenía el mayor deseo de aclarar. No tengo duda, se decía, que aquí hay una causa se-

creta que quieren ocultarme, y no puede ser otra que una intriga: su aversión al matrimonio es una prueba de ello. El estará enredado con alguna demandante que le habrá pedido lo que no tiene. El zangano se ha empeñado, y lo demás es corriente.

Embebido todo en estas conjeturas, pero sin saber como verificarlas, calló algunos momentos, y después se dirigió á Madama Stanhope, y la dixo: Madama: ¿Alberto estaba en King's-Bench antes que le conocierais? si señor, le respondió. El os debe su libertad, continuó el coronel, y este es un beneficio que siempre tendré presente. Ya os he dicho, repuso Madama Stanhope, que él no me era deudor de obligación alguna, pues su hermana fue la que le hizo

salir de su prision. Mariana iba á hablar; pero una mirada expresiva de Madama Stanhope la contuvo.

Yo no soy curioso, dixo el coronel; yo no conozco un hombre mas guapo que Alberto, y bendigo el momento en que lo encontré. El tendrá quanto poseo despues de mi muerte.

Mariana al oír esto hizo un movimiento, que advirtió al coronel su nuevo descuido. Quiero decir, replicó este; que si lo merece no lo olvidaré en mi testamento. Lo que deseo saber es el por que estuvo preso en King's-Bench. Me parece que está en vuestra mano el decirmelo, Mariana .....perdonad.... Mis. Montgomery, quise decir. Tened la bondad de contarmelo.

¿Es posible, le dixo Madama

Stanhope, que lo ignoreis? si señora, la respondió, porque no ha querido decirmelo. Quando lo apuraba sobre ello se ponía tan serio que me quitaba la gana de insistir en mis preguntas. Lo único que pude sacar en claro fue haberme insinuado que si me lo llegaba á decir, me afigiria....Si no se tratara sino de un extravío de joven, yo sé por mi mismo quan difícil es no deslizar-se alguna vez: yo olvido presto y sin trabajo lo que es de olvidar.

Madama Stanhope, aplaudiendo la reserva que habia tenido Alberto con su tío, no quiso, sin embargo, que esta delicadeza diese lugar á sospechas injustas, relativamente á su conducta. Hija mia, dixo entonces á Mariana, yo voy á suplicaros una cosa desagradable; pero me parece que

ha formado falsas conjeturas sobre su prision. ¿No convendría mejor decirle la verdad? Pero si Alberto ha juzgado conveniente el callarla, ¿será bien hecho que yo la descubra? replicó Mariana. ¿Pues no veis, la repuso Madama Stanhope, que su delicadeza le compromete en la opinion de su mejor amigo? Vamos, no temais, y haced relacion de un suceso que disculpa á vuestro hermano del modo mas honroso. Esta consideracion determinó á Mariana á hacer en efecto la relacion siguiente.

Mi madre acababa de espirar: yo me deshacia en lágrimas, cubriendo de besos una de sus heladas manos; Alberto, no menos desolado que yo, trataba no obstante de inspirarme resignacion, quando de golpe quatro hombres

de mal gesto se presentan, y el uno de ellos, adelantandose, dice que arresta el cuerpo por una deuda de treinta libras esterlinas: esto era lo que importaba el alquiler de la casa que ocupábamos. Al mismo tiempo se arrima á la cama. Alberto furioso lo repele á diez pasos, jurando hacer caer muerto á sus pies á qualquiera que tuviese la osadía de tocar el cuerpo de su difunta madre. Júzguese mi sobresalto y mi dolor: corro á mi hermano, lo estrecho entre mis brazos, gritando de manera que no le fue muy facil desprenderse de ellos, y creo que mi involuntario movimiento excusó mayores desgracias.

Sin embargo, los quatro hombres, aunque retrocediendo, gritaban: la resistencia es inútil; nosotros cumplimos con nuestra

obligacion. ¿Que quereis? respondió Alberto. Yo no creo que obreis segun la ley. Lo que esta prescribe contra los deudores nada tiene que ver con los muertos. Mr. dixo el Alguacil, yo veo que sois escoces, y sin duda presbiteriano. Nuestra religion es diferente de la vuestra, y puede ser que nuestra ley tambien. Cada qual muerto ó vivo en este pais debe pagar sus deudas. Pero desde luego habrá en esto alguna composicion, pues de lo contrario, hasta que me quede un aliento no mas de vida, no sufriré que se insulten los restos de mi madre. Yo estoy pronto á responder de la deuda, si se quiere, y á pagar sus intereses hasta que me halle en estado de soldarla.

Está muy bien Mr. : vease lo

que es hablar en razon. Nosotros obramos con nobleza quando tratamos con gente generosa. Escuchad : vos le habeis roto las narices á ese pobre diablo, continuó el alguacil, mostrando al que Alberto habia volcado en el suelo; dadle para beber, y todo está acabado. Con mucho gusto, me adelanté á decir, con tal que os retireis, dandole media guinea sin que Alberto lo advirtiera.

Entonces, dirigiendose á sus compañeros, les dixo, despues de haber guardado la media guinea en el bolsillo : este caballero, y esta señorita no estan acostumbrados á esta clase de negocios. Baxad un momento, que yo voy á explicarles lo que hay que hacer en esto.

Al punto obedecieron; y Al-



berto ofreció de nuevo responder de la deuda. Mr. le dixo el alguacil, ahora que estamos solos, no os ocultaré que vuestro modo honrado me ha cautivado. Un medio muy sencillo hay para que podais salir de este embarazo: pues tened la bondad de explicaros quanto antes, le dixo mi hermano, ya impaciente.

¡Y bien! le replicó el alguacil, aunque se llevasen el cuerpo de vuestra madre ¿que mal era ese ni para ella ni para vos? El acreedor no ganaria tampoco mucho, porque tendria que desembarazarse quanto antes de un cuerpo muerto.

Esta brutal proposicion me indignó; vi á Alberto próximo á arrojarse sobre el tal consejero, si no lo hubiera detenido, pidiendole encarecidamente que procurara contenerse.

Vaya señor, no os enfadeis, continuó este hombre. Haced cuenta que no he dicho nada: y pues vos quereis responder de la deuda, el acreedor consiente en ello, y no hay mas dificultad. Vos ireis á hacer el correspondiente billete, y en seguida á constituiros arrestado.

Así es, dixo Alberto, pero con la condicion de no presentarme en la carcel hasta que el funeral de mi madre se concluya, y yo pueda colocar á mi hermana en una casa correspondiente. Pero para obtener lo que habeis propuesto, dixo el alguacil, es menester pagar: ¿lo podeis en el dia?

Sobre este punto quedó satisfecho. Alberto se encargó de la deuda, sacrificando su libertad á fin de poder rendir los

últimos deberes á nuestra respetable madre. ¡Corazon noble! ¡excelente mozo! exclamó el coronel fuera de sí. ¡Y yo picarro viejo!... que desconfiaba de él.... No me admiro de su reserva: él creia afligirme... Yo debia ahorcarme..... Pero continuad, hija mia, dixo á Mariana, viendola sorprendida, y siento haberos interrumpido. Acabad esa penosa relacion, añadió Madama Stanhope, que vos quedaréis recompensada, mi querida Mariana, pues yo os anuncio que pronto os ha de suceder algo bueno. ¡Santo Dios! exclamó esta, ¿que es lo que quereis decir? Todo lo que estoy observando y viendo me aturde y me admira. Voy á concluir mi relacion quanto ántes. El alguacil tomó el billete de

mi hermano, y dexó en casa un guarda de vista. Al dia siguiente del funeral yo me coloqué en casa de Mistris Mosely: y aunque esta excelente muger decia que mi trabajo bastaba para pagar mi pension, yo estaba convencida de lo contrario, y me era muy doloroso el servirla de perjuicio, con tanta mas razon, como que ella no estaba sobrada. En este intermedio Madama San-Austyn vino á la tienda de Mistris Mosely á comprar varias cosas, y le encargó la buscasse una doncella. Yo fui al dia siguiente á ofrecerme, y no la convine. Estaba destinada á mayor ventura. Madama Stanhope se hallaba entonces con ella, y su corazon generoso la inspiró el proyecto de sacar una desdichada de sus infortunios; pues vino

á buscarme ella misma, me llevó á su casa, me procuró los medios de sacar á mi hermano de la carcel, y de este modo se aseguró derechos eternos de reconocimiento del uno y de la otra. ¡Cólmela el cielo de bendiciones! exclamó el coronel con el mas vivo entusiasmo. ¡Pobreniña! ¡obligada á buscar un acomodo de doncella!..... ¡Pero veremos á esa buena Mistris Mosely, y la obligaremos á vivir con nosotros, pues aunque no me quedase en este mundo mas que una sola guinea la partiria con ella! Señor, dixo Mariana, aturdida, y no menos conmovida que el coronel, desde esta mañana se pierde mi razon en un laberinto de dudas y de conjeturas. La satisfaccion visible de Madama Stanhope, su prediccion de que es-

toy cerca de una dicha inesperada, la alegria extraordinaria de Alberto, vuestra conducta con respecto á él, y tambien á mí; todo se junta para hacerme presentir algun suceso particular y extraño. Vuestra benevolencia con nosotros no es la de un amigo de pocos dias, es el interes, el afecto..... De un padre, exclamó el coronel, interrumpiendola y estrechandola entre sus brazos: sí, yo seré tu padre; olvida que yo fuí tu cruel tio O'Bryen, que fui injusto, inhumano con tus padres, y que yo debí dar los primeros pasos para nuestra reciproca reconciliacion, supuesto que ellos eran desgraciados.

La agitacion de Mariana era demasiado viva para poder replicarle; pero se arrojó á sus pies enternecida. Este buen viejo so-

llozaba teniendo los ojos bañados en lágrimas, y la cabeza apoyada sobre el hombro de su sobrina; y Madama Stanhope, testigo de esta tierna escena, derramaba también lágrimas de ternura.

¡Ó mi respetable madre! exclamó en fin Mariana, ¿que dichosa hubiera sido si hubiese visto á sus hijos, amados, y acariciados de este modo por su tío? ¿Mi pobre hermana os hablaba alguna vez de mi? dixo el coronel, que habia levantado á su sobrina, y échola sentar junto á sí. Sí, señor, muchas veces, le respondió Mariana: porque tenia gusto en contarnos los juegos de vuestra infancia, y sus relaciones acababan siempre con la coleta: ¡jamás habria creído que O'Bryen hubiese dexado de amarme! Siempre la he amado, dixo

el tío; pero mi maldito orgullo, que no tenia semejanza sino con el de tu padre, ha causado todo el mal. Quatro letras, sí, quatro letras de su puño me hubieran hecho volar á sus brazos. Y mi padre, dixo Mariana, no esperaba sino una palabra para abriros los suyos. Con unos corazones tan dispuestos á reconciliarse, dixo Madama Stanhope, me parece extraño que la reconciliacion no se haya verificado.

Ya os lo he dicho, Madama, repitió el coronel, que un orgullo de familia ha causado todo el mal. Sir James Montgomery, hermano mayor del teniente, empezó la querrela, diciendo que su hermano podia hacer un casamiento mas ventajoso. En consecuencia, mi hermana tuvo orden de cortar con él toda correspon-

dencia: orden bien inutil, como podeis discurrirlo. Ellos continuaron escribiendose, y cada vez que mi hermana salia estaba cierta de que encontraria á Montgomery. Mi padre irritado contra este último, tuvo con él una sesion muy viva, en la qual el teniente le declaró en términos expresos que no dexaria á su hija. Entonces intervine yo en el asunto, y el teniente y yo nos batimos; pero debo confesarlo: el temor que él tenia de herirme, fue causa de que no usase de la ventaja que me llevaba: yo lo desarmé, pero sin poder exígirle la palabra de que dexaria á mi hermana; al contrario, pocos dias despues ella se huyó de la casa de sus padres, y se casaron. Sir James Montgomery, único heredero de los bienes de

su familia, juró un aborrecimiento irreconciliable á su hermano, y no le dió nada. Mi padre, por su lado, desheredó á mi hermana, y la devolvió varias cartas que le escribió, sin querer abrirlas. No les quedó á estos dos esposos sino un amigo, que era un tío, el qual por su muerte, verificada cinco años despues del casamiento, les dexó un legado de mil libras esterlinas, y una pequeña posesion en Escocia, adonde el teniente se retiró con su muger, despues de haber recibido una herida, que le obligó á dexar el servicio. Seis años ha que murió mi padre, rico, y cargado de achaques propios de su mucha edad; desde mucho tiempo sus facultades morales y fisicas se hallaban debilitadas, y esto puede excusarle de haber ol-

vidado á mi hermana. Pero yo, ¿como podré justificarme? es imposible. Mi carrera me tuvo muchos años en América, y casi habia olvidado á mi pobre Mariana. Quando su carta llegó á mis manos, la amistad que nos unia desde nuestra infancia volvió á tomar toda su extension en mi alma; y entonces mi larga indiferencia me pareció una crueldad imperdonable; mas al instante dexé aquel emisferio para venir á expiar mis agravios. El cielo me ha castigado; ya era tarde; mi hermana no existía; y yo me desesperaria si mis sobrinos, hijos de tan buena madre, no me quedasen para consolarme, y recibir todo el bien que yo la debia hacer.

Madama Stanhope dió gracias al coronel por esta relacion, pi-

diendole mil perdones por haber suscitado una explicacion que renovaba tan dolorosas memorias.

Muy bien habeis hecho, Madama, le respondió el coronel: yo no merezco compasion, pues que me he portado como una bestia feroz... Todos los dias, mañana y tarde, me condené á leer y releer la carta de mi pobre Mariana. Este era un suplicio, y mis remordimientos me hacian miserable; pero yo no experimentaba sino lo que merecia. Ahora, sin dexar de respetar su memoria, no leeré mas que una vez cada semana esta carta, á fin de no olvidar jamas mis obligaciones. Alberto y yo, dixo Mariana, supimos que mi madre os la habia escrito; pero nunca quiso comunicarnos lo que os decia en ella. Vos la leereis, Madama,

dixo el coronel á Madama Stanhope, y os hareis cargo del efecto que debió producirme.

Esta dama, á quien presentó la carta, rehusaba el tomarla; pero el coronel insistió, y la dixo: leed, leed, Madama, yo os lo suplico; mas no sea ahora, porque me sería imposible sostener vuestras miradas; mañana me la volveréis...; Ah! continuó, fija la vista en la entrada, ved allí á Alberto que viene; ¡como monta á caballo! Su ayre no es el de los señoritos de ahora; nadie se maneja mejor que ese tunante, y sin embargo tiene tal fuerza.... Yo me acordaré toda mi vida de la nohecita.....¿Que nohecita? preguntó Mariana, viendo que su tío se habia detenido en medio de la frase. No importa, la respondió este; aquella nohecita

fue muy feliz para él, y para vos, y esto debe bastaros, pues las señoritas como vos no han de ser curiosas.

## CAPÍTULO XXVII.

*Confesion de una falta. Reparacion.*

Alberto dixo á su tio que la casa y las tierras que habia ido á reconocer estaban en muy buen estado, añadiendole podia ir á verlas al otro dia, antes de decidirse á comprarlas.

Yo no iré, señor mio, le dixo el tio. ¿Para que os he enviado sino para ahorrarme ese trabajo?... Aparte de esto Mariana lo sabe todo. El secreto que guardábamos se me escapó en un momento de cólera; tu hermana, ignoro por qué brujería, me ha desconcertado y enternecido: yo he confesado como un niño, y cáatala al cabo de todo.

Mariana y Alberto, llenos de

alegría, recibieron por ello las enhorabuenas mas sinceras de Madama Stanhope.

El coronel dixo á su sobrino: Alberto, mañana ireis á hacer esa adquisicion. Yo cuento comer en vuestra casa dentro de un mes. ¿En mi casa, tio? le replicó Alberto. Sí señor, le respondió, en vuestra casa; ¿seriais capaz de negarme una comida?... Escucha, sobrino, la casa que vais á comprar será vuestra, porque yo quiero ver como os manejaís quando seais independiente; y por otra parte, es menester reparar los agravios quando se puede. Yo habia sospechado que teniais algun trato clandestino, y pretendiendo espiar este mal juicio.... No hay que venirme con objeciones, porque asi lo quiero. Mariana me ha instruido de todo, y me



ha hecho avergonzar. Ella será nuestra ama de gobierno hasta que vos os caseis, ó ella se case.

Mariana al oír esto miró como con pesadumbre á Madama Stanhope, la qual lo hizo tambien con igual expresion, aunque acompañada de una dulce sonrisa. Alberto, que lo advirtió, respondió á su tío en estos términos.

Mi amado bienhechor: Madama Stanhope ha tenido la bondad de hallar agradable la compañía de mi hermana. Mariana baxo su protección ha vivido dichosa: si pensais en ello, no imaginareis siquiera separarla de ella, bien seguro estoy. No, no por cierto, respondió prontamente el coronel. Si Madama Stanhope desea que se quede á su lado, yo consiento en ello gustosísimo. Ella fue su amiga quando no tenia

otra, y esto no debemos olvidar jamas. Confieso, dixo Madama Stanhope, que nunca me separaria de Mis Montgomery sin la mayor pesadumbre; pero vuestros derechos, señor coronel, son mas fuertes que los míos, y estoy obligada á hacerles ese sacrificio. ¿Los hay por ventura mayores que los del reconocimiento? dixo Alberto. Yo no lo creo, Madama, repuso el coronel: y asi he resuelto unirme á este mozo por toda mi vida. Mi amado tío, dixo Alberto, yo espero que mi conducta os probará mejor mi reconocimiento que no mis palabras. Tu has sido, le añadió el tío, buen hijo y buen hermano, y asi no dudo cumplirás bien con las demas obligaciones.... Luego que estemos establecidos quiero que busques una compañera. Mada-

ma Stanhope tendrá la complacencia de ayudarte á elegir una que te convenga. Esa es una comision muy delicada para que yo me encargue de ella, dixo Madama Stanhope. El corazon de Mr. Montgomery le dirigirá mejor que mis consejos. Yo he formado de él una alta opinion para dexar de creer que haga una eleccion como corresponde. Puede ser, dixo el coronel, que tengais razon, Madama; pero yo no tengo tiempo que esperar. La vida es incierta, y yo me hallo con sesenta y tres años acuestas. Vos convendréis en que sería uná desgracia para mí decir á dios al mundo, sin dexar en él un heredero, que es mi principal deseo. En ese caso, dixo Madama Stanhope sonriendose, no sé qué de-

ciros; pero vuestra salud parece buena. Vos me habeis dicho que vuestro padre murió de una edad muy avanzada; ¿pues por que no podeis esperar vivir otro tanto tiempo? Mi padre tenia quando murió, dixo el coronel, ochenta y nueve años. ¡Que dichoso sería yo en mi avanzada edad si viera al rededor de mí un sobrinito, ó dos, ó tres, vivos, frescos y vigorosos como su padre! ¡Que alegría, si esgrimiesen tan bien!.... Alberto interrumpió al tio dandole de codo. Déxame hacer, le dixo al oido; voy á enmendar mi simpleza.... Sí, Madama, continuó en voz alta: Alberto esgrime.... de lengua mejor que nadie en el mundo. Por mas que lo he atacado, estrechado, y dirigido botes terribles, él me ha batido... Y me

ha desermado como lo veis.

Aquella noche hizo preparar camas Madama Stanhope para el coronel y su sobrino, no queriendo permitir que fuesen á la posada, como lo habian pensado. Quando estuvo sola con Mariana, los sucesos del dia fueron un motivo agradable para su conversacion. Las dos habian advertido que habia cierto secreto entre el coronel y Alberto. Preguntar á este último sobre ello las parecia inútil, porque sabian por cierto que no las diria nada.

Mariana discurrió si se habria batido con Berners: suposicion que Madama Stanhope no halló verosimil, y dixo: mañana por la mañana preguntaré naturalmente, y sin afectacion á vuestro hermano, si ha visto á mi sobrino, ó á su indigno amigo des-

pues de nuestra salida de Londres. El no mentirá, y su respuesta, sea la que fuere, nos ayudará á adivinar la verdad. La alegría del tio y la del sobrino nos aseguran por de contado que no ha sucedido nada desagradable.

Estas reflexiones calmaron la inquietud de Mariana, que entonces instó á Madama Stanhope sobre que la dexase leer la carta que el coronel la habia confiado. Yo no me atreveria, dixo ella, á pedirle el correspondiente permiso; pero vos podeis, Madama, concederme esta gracia, supuesto que él os ha entregado la carta sin ninguna condicion. Desde luego pensé, la dixo Madama Stanhope, que deseariais leerla, y por eso no queria recibirla: y si quereis cre-

erme, lo mejor será que ni la una ni la otra la leamos, y que yo se la devuelva al coronel. No, Madama, la respondió Mariana; yo os suplico la leais, porque ella os hará conocer á mi excelente madre. Si no gustais de acceder á mi súplica, quedaré desolada, pero no insistiré mas sobre el asunto. Mucho me costaria, la dixo Madama Stanhope, el no complaceros, y mucho me costará tambien el daros gusto. Fiaos de mí, Madama, la dixo Mariana. Esta lectura me costará sin duda algunas lágrimas; pero para enxugarlas no tendré otra cosa que hacer sino acordarme de la dicha imperturbable que mi madre estará gozando en premio de sus virtudes.

Pues bien, la dixo Madama

Stanhope, mañana por la mañana leeremos la carta: porque precisadas á presentarnos delante de vuestro tio á la hora del desayuno, será necesario que hayamos recobrado nuestra serenidad, pues sería una crueldad el afligirle. Mariana quedó satisfecha, y se retiró á su quarto.

no se puede decir que sea una obra de gran mérito, pero es una obra de gran utilidad. El autor ha tratado de un asunto que es de gran importancia para el mundo, y lo ha tratado con una claridad y una sencillez que lo hace muy accesible á todos. La obra está dividida en tres partes, y cada una de ellas trata de un punto diferente. La primera parte trata de la naturaleza humana, la segunda de la educación, y la tercera de la moral. El autor ha tratado de estos puntos con una gran profundidad, y ha dado muchas razones para apoyar sus ideas. La obra es muy recomendable para todos los que se interesan en el estudio de la naturaleza humana, y especialmente para los que se dedican á la educación de la juventud.

## CAPÍTULO XXVIII.

*Carta muy interesante.*

Viendo Madama Stanhope entrar temprano en su quarto á Mariana, no la costó trabajo adivinar el motivo, y entonces la dijo: amiga, no he olvidado mi promesa, tomad la carta; y yo me retiro para dexaros la libertad de entregaros á las emociones que su lectura pueda inspiraros. Yo volveré dentro de media hora, y espero encontraros sosegada, y sin tener que arrepentirme de mi condescendencia. Madama Stanhope se retiró en efecto; y Mariana ya sola se puso de rodillas, abrió la carta temblando, y leyó lo siguiente.

“Mi querido hermano: en la

„ultima hora, en el momento terrible que el prestigio de las vanidades humanas se desvanece, „y despues de un silencio de mas „de treinta años, es quando vuestra hermana, olvidada tan largo tiempo, os escribe para atraer „vuestro corazon á los sentimientos de la naturaleza, y requeriros á cumplir los deberes que „su muerte va á imponeros. ¡Ah! „Mauricio, ¿por que habeis sido „el enemigo mas implacable de „mi mas querido amigo? ¿Como „habeis podido aborrecer al protector y al esposo bien amado „de vuestra Mariana?...; Aquel „amigo, aquel esposo ya no existe!....Me ha precedido en la „tumba, que muy presto nos unirá....Pero al dexar este mundo „cuento en él con un tesoro muy „apreciable. El ultimo voto que

»formo es hacer depositario de  
 »él al que en otro tiempo me ju-  
 »raba el amor mas verdadero.

«Un joven y una niña, here-  
 »deros de las virtudes de su pa-  
 »dre, y de la sensibilidad de su  
 »madre, reclaman la proteccion  
 »de un tio, y el interes que me-  
 »recen la inocencia y su desgra-  
 »cia. Ellos han aprendido á con-  
 »tentarse con poco, y á no con-  
 »tar sino con sus fuerzas para  
 »su futura existencia. Pero los  
 »peligros del mundo les son des-  
 »conocidos: necesitan guia, y  
 »consejos saludables en la carre-  
 »ra donde van á entrar. No des-  
 »echeis pues la ardiente súpli-  
 »ca de un corazon moribundo:  
 »proteged esas criaturas, sirvien-  
 »dolas de amigo y de padre: vos  
 »hallaréis la recompensa en el  
 »fondo de vuestro corazon, y en

»la bendicion del ser eterno, que  
 »algun dia será vuestro juez, co-  
 »mo va á serlo mio.

«¡Ah! Mauricio, si pudiera-  
 »mos vernos segura estoy que  
 »aceptariais al instante el depó-  
 »sito que os ofrezco, á fin de  
 »desquitaros conmigo, que ja-  
 »mas he dexado de quererlos.  
 »¿A que fantasma habeis sacri-  
 »ficado vuestra felicidad y la  
 »mia? A un ridiculo orgullo que  
 »no os ha compensado los place-  
 »res que habeis dexado de gozar;  
 »que ha endurecido vuestro co-  
 »razon, ha aislado el de una  
 »hermana que jamas mereció  
 »vuestro aborrecimiento, y el de  
 »un hermano que habria sido  
 »vuestro mejor amigo si lo hu-  
 »bierais conocido.

«Yo no me dirijo á Sir James  
 »Montgomery. Mis hijos no tie-

„nen nada que pedir á un hom-  
 „bre que se ha manifestado tan  
 „insensible y tan duro. Puede ser  
 „que el mismo orgullo que fue  
 „causa de su enemistad, no le  
 „permitiria abandonar á la in-  
 „digencia los hijos de su propio  
 „hermano, porque su amor pro-  
 „pio supliria lo que de él exige  
 „la naturaleza. Pero socorros  
 „mezclados de humillaciones ja-  
 „mas los aceptarían; el humilde  
 „asilo donde he pasado tantos  
 „dias felices con mi esposo, les  
 „servirá de retiro, y el produc-  
 „to de los pocos fondos que cons-  
 „tituyen su herencia, les ayuda-  
 „rá á subsistir de un modo obs-  
 „curo, pero independiente.

„Solo me resta pedir al cielo  
 „os continúe su proteccion, ya  
 „que hasta ahora os ha librado  
 „de los peligros anexos á la pro-

„fesion militar. Vos habeis ob-  
 „tenido grados y bienes; pero  
 „no olvideis que en vuestra úl-  
 „tima hora todas esas venta-  
 „jas se desvanecerán como som-  
 „bras, y que el único consuelo  
 „que os quedará será la memoria  
 „del bien que habreis hecho.

„Mi mano trémula apenas  
 „puede trazar estas últimas li-  
 „neas: quando las recibais, vues-  
 „tra hermana, así lo siento, no  
 „existirá ya.

„Si la tibieza que ha reynado  
 „entre nosotros tanto tiempo, os  
 „causáre en lo sucesivo vivos sen-  
 „timientos, disminuíd su amar-  
 „gura, acordandoos que yo he  
 „sido una muger feliz, y que so-  
 „lo ha faltado, para complemento  
 „de mi dicha, la satisfaccion de  
 „haber vuelto á la gracia de mi  
 „familia. Hemos vivido en una

»medianía tan distantes de la opu-  
 »lencia, como de la pobreza, sin  
 »desear jamas la una, ni temer la  
 »otra. El tiempo, lejos de debili-  
 »tar nuestro afecto, lo aumentaba,  
 »y nuestros hijos han recompen-  
 »sado nuestros cuidados con la  
 »práctica de las virtudes que nos  
 »esforzamos á inspirarles.

«Mis fuerzas desmayan, y no  
 »puedo escribir mas.... Mi co-  
 »razon me dice que mis votos  
 »serán oidos.... Esta idea dul-  
 »cifica la amargura de una sepa-  
 »racion cruel.... A dios Mauricio.  
 »Servid de padre á mis hijos,  
 »que el cielo se encargará de  
 »esta deuda. ¡A dios! = Mariana  
 »Montgomery. = Queen's-Row  
 »Brompton.»

La lectura de esta carta fue  
 interrumpida muchas veces por  
 los suspiros y lágrimas de Ma-

riana; pero estas lágrimas no ca-  
 recian de alguna dulzura: y asi,  
 luego que Madama Stanhope pa-  
 reció, habia ya recobrado su se-  
 renidad ordinaria. El coronel y  
 su sobrino, esperandolas para  
 desayunarse, las salieron al en-  
 cuentro.



## CAPÍTULO XXIX.

*Sentimiento de un alma bella.**Adquisicion.*

**M**adama Stanhope, que se habia propuesto preguntar á Alberto por su sobrino, aprovechó la ocasion para verificarlo durante el desayuno; y dirigiendose á él, le dixo: Mr. Montgomery, ¿ habeis visto á Federico ó Berners despues que salimos de Londres? Yo estoy inquieta sobre la conducta de mi sobrino; porque sus pocos años y su intimidad con un hombre de malas costumbres, temo le arrastren á un precipicio.

El coronel no pudo menos de sonreirse, creyendo que su sobrino no eludiria la respuesta de

un suceso que habia querido callar; y que él mismo quedaria dispensado de una reserva que le pesaba mucho. Por casualidad los encontré en un café, respondió Alberto. Yo espero, dixo Madama Stanhope, que mi sobrino habrá reconocido su error. También pienso yo lo mismo, repuso Alberto, porque Mr. San-Austyn mas bien es un mozo disipado, que inclinado á lo malo. Hay caractéres á quienes la contradiccion irrita. Si me fuera permitido arriesgar un consejo en estas circunstancias, os convidaria, Madama, á emplear la voz de la dulzura y de la persuasion, para arrancarle de los peligros que le amenazan, y abrirle los ojos acerca de Berners. El ascendiente que este mal hombre ha tomado sobre vuestro so-

brino no os admirará, si reflexionais quan grande es la fuerza de las impresiones en la primera edad. Poca diferencia hay entre el poder de un preceptor sobre su pupilo, y el de un padre sobre su hijo. ¡A fe mia, exclamó el coronel, no tiene igual baxo del cielo!.. Yo no sé que partido tomar, dixo Madama Stanhope, que no habia atendido á la exclamacion del coronel: mucho me cuesta el dexarle entregado á sus extravíos; pero temo no sea incorregible. Yo no pienso asi; dixo Mariana: Mr. San-Austyn no tiene naturalmente las disposiciones de un hombre destinado al libertinage. Una prueba es que con respecto á mí, obró contra sus principios, que necesitó un tercero, al qual jamas se

hubiera atrevido á proponerle una cosa semejante, si aquel hombre vicioso no lo hubiera pensado y executado él mismo. Mi sobrino debe agradeceros esta opinion, dixo Madama Stanhope; yo quisiera verle digno de tanta generosidad.... Pero hablemos de otra cosa. La mañana es bella, coronel: ¿será bueno ir á dar un paseo á Black-wood?

Excelente pensamiento, respondió; y luego entraron en el coche de Madama Stanhope. La casa y las tierras agradaron á Mr. O'Bryen: las condiciones del vendedor fueron aceptadas, y quedaron conformes en el pago. Alberto, encargado de las obras y variaciones que su tio habia creido necesarias para hermosear la casa y los jardines, se ocupó de todo con eficacia, y to-

do estuvo acabado en el discurso de un mes como se lo habia propuesto

### CAPÍTULO XXX.

*Conversacion. Imprudencia. Debil  
esfuerzo para entrar en el camino  
de la virtud.*

Un mes de residencia en el campo parecia haber contribuido no poco á mejorar y restablecer algun tanto la salud de Madama San-Austyn. Federico, entregado á sus reflexiones, estaba poco satisfecho de sí mismo, echando menos á Londres. Gertrudis tampoco estaba tranquila, no solo por la ausencia de Berners, sino porque la promesa que le habia hecho por escrito la inquietaba mas. Sin duda, alguna heroína perseguida habia hecho lo mismo; pero esta reflexion no apaciguaba sus escrúpulos; porque

una resolución que se veía obligada á ocultar á su madre, no podia ser sino una imprudencia hasta para sus mismos ojos. Sin embargo, se decia ella en ciertos momentos: ¿por que me he de hallar mal contenta de mi conducta? ¿No he preferido siempre á Berners á quantos hombres he conocido? Si no debo ser suya, ¿que me puede costar el no casarme? Bien cierta estoy que me ama, y nuestro conocimiento no es de ahora, para que yo pueda dudar de su honor. En otros momentos, varias diferentes reflexiones destruian su seguridad. Mi madre me ama tiernamente, se decia, ¿y yo he podido dar un paso de esta importancia sin su consentimiento? Este disimulo es un rasgo de ingratitude que me cubre de ver-

güenza y de pesadumbre..... Vamos; quiero confiar el secreto á Federico, sean las consecuencias las que se quieran. El es el amigo de Berners, y sus consejos me tranquilizarán.

Determinada así Gertrudis, aprovechó la primera ocasion que tuvo, y preguntó á su hermano que motivo habia tenido Berners para no acompañarle al campo. Federico no creyó que debia ocultárselo, y la dixo, que su amigo, quejoso del mal recibimiento que su madre le habia hecho en su ultima visita, se habia excusado de acompañarle.

En efecto, dixo Gertrudis, me acuerdo que mi madre no le recibió tan amistosamente como solia: pero Berners debió reflexionar que el estado de su salud era sin duda la causa. Lo que me sor-

prehende es que no viniendo con nosotros, tampoco ha ido á ver á su padre. Tambien á mí me espanta eso, respondió Federico; yo presumo que el campo no tiene para él grandes atractivos. Berners gusta de las diversiones bulliciosas; y la uniformidad de la vida doméstica no es á propósito para agradarle.

Gertrudis experimentó una opresion penosa de corazon, que la hizo enmudecer por algunos instantes; pero bien presto, cobrando espíritu, dixo á su hermano: puede ser que tenga algun empeño en Londres. Me parece haber oido decir que amaba á Mis Montgomery, y que por esa razon ha desagradado mucho á Madama Stanhope. Al oir esto Federico quedó cortado; pero como vió que su hermana no es-

taba instruida de nada, su embarazo se disipó prontamente.

Yo creo, respondió á su hermana, que no hay muger en el mundo á quien quiera menos Berners que á Mis Montgomery, aunque hace justicia á sus buenas prendas y qualidades personales. En el fondo le creo partidario del bello sexô en general, sin empeño particular con nadie. Os engañais, le replicó Gertrudis, porque me ha parecido que tiene demasiada sensibilidad para ser el adorador de todas las mugeres, y no distinguir á alguna.

Esta reflexion hizo reir á Federico, y la dixo: tus disposiciones quixotescas, querida mia, te impedirán siempre el ver las cosas como son. Berners es mi mejor amigo, pero espero no se case jamas. Compadeceria mucho

la esposa de un hombre semejante.

Despues de iguales observaciones, Gertrudis no se hallaba ya en ánimo de confiar á su hermano su secreto, y resolvió no revelarlo á nadie.

Me parece (insistió Gertrudis despues de un largo silencio) que vos habeis hecho ofertas generosas á Mis Montgomery y á su hermano. Los agravios que os han hecho son inexcusables sin duda alguna.

Federico veia claramente que este asunto se lo habian representado á Gertrudis muy diverso de lo que era; y no queriendo explicarse mas sobre él, se contentó con decirle: esa fue en sustancia una cosa mal entendida por una y otra parte, y quisiera que jamas se volviera á hablar mas de ella. Mr. Berners,

dixo Gertrudis, no la olvidará jamas. La conducta de Mr. Montgomery, con respecto á él, ha sido ciertamente muy ofensiva. Berners, dixo Federico, hizo muy mal en no haber sabido contenerse en los límites de la moderacion. Sabiendo que era una equivocacion, no debió pensar mas en ello. Muy bien, dixo Gertrudis; pero él es vivo y soberbio. Mr. Montgomery no lo es menos, si volvemos los ojos á su conducta en el parque de San-James. Si él manifiesta tanta elevacion y altanería en la adversidad, ¿que no haria en una situacion mas feliz? Sería probablemente mas humilde, la respondió Federico. Mr. Montgomery es mi mayor enemigo; pero le debo la justicia de declarar que no conozco un hombre que tenga un

alma mas noble y generosa.

Gertrudis, sorprendida con esta respuesta, hubiera querido otra explicacion; pero su hermano, que tenia sus razones para no extenderse mas, se retiró.

¡Bueno es, dixo San-Austyn luego que estuvo solo, que tenga yo que estimar á los que me detestan y desprecian! Las conjeturas de Gertrudis prueban, que ni mi madre, ni ella tienen la mas pequeña noticia de mi vergonzosa conducta. ¡Demasiado generosa Mariana! sin duda el arrebatamiento indiscreto de Berners la habrá obligado á revelárselo todo á Madama Stanhope: ¡pero quan delicada es su reserva con mi hermana! ¡y quan agradecido debo estar á mi tia por no haberme perdido con mi madre!...; Ah! puede ser que yo

lograse todavía ganar su voluntad!... pero seria indispensable romper enteramente con Berners; ¡y lo podré verificar despues de lo que su imprudente amistad le ha hecho sufrir por mí!

Federico se decidió al fin á volver á Londres, y á ceder á las instancias de su amigo, que cada correo le instaba mas y mas á que dexase el campo. Apenas llegó á Londres quando conoció que la hija de su casera, Betsey Southern, era el objeto de Berners, y que ella se le manifestaba sensible. Muchas veces le habia oido Federico celebrar con el mayor entusiasmo las gracias y atractivos de esta muchacha, lo que habia atribuido á su gusto general por las mugeres; pero muy presto conoció que Berners tenia siniestras intenciones, y des-

de aquel momento formó el generoso designio de hacerlas ilusorias.

Yo querria, le dixo con un ayre un poco serio, que esta muchacha no hubiera vuelto del campo durante nuestra residencia aquí. Por vida mia, Federico, le dixo Berners, que si vais pensando asi, vendreis á parar en ser un filósofo salvage: decidme, ¿esta muchacha no es preciosa, y hecha para ser amada? Convengo en ello, le respondió Federico, y en que hay pocas que reunan tantas gracias y tanta inocencia como ella. Es seguramente, dixo Berners, la mas linda criatura que jamas he conocido: ¡tan dulce, tan modesta, y tan dispuesta á creérselo todo!.... en fin, es tan de mi gusto, que á ninguna he amado tanto como á ella. ¿Supongo, le

preguntó Federico, que teneis intencion de casaros con ella? ¡Dios me libre! respondió. Es cierto que me ha sido preciso el prometerla alguna cosa semejante para disipar sus escrúpulos, y ganar tiempo. ¿No sabeis qual fue su respuesta? Mariana no creyó deberos nada por una oferta igual; y yo apuesto algo á que aceptandola, os hubiera hecho conocer que la debiais dar gracias. ¡Ahora, que diferencia, amigo mio! La amable criatura casi me las ha dado por mi condescendencia: me ha respondido con un ayre tímido que no se creia digna de llegar á ser mi esposa; pero que si la hacia el honor de darla la mano, jamas olvidaria la extension de sus obligaciones, ni los deberes que este título la impondria. ¿Y será



la seducción el precio de tanta modestia? exclamó Federico. Era necesario tener un corazón de bronce para imaginar siquiera un proyecto semejante. Decid mas bien, respondió Berners, para no triunfar de sus escrúpulos, y hacerla dichosa. La felicidad que la deseais, repuso Federico, no es probablemente la que la conviene. Os engañais, replicó Berners. La muchacha será docil: ya ha consentido en que nos veamos en secreto; un paso, dicen, sigue á otro. Mucho me ha costado el obtener las primeras citas; pero las dos últimas ella misma me las ha indicado. En el parque nos vemos, porque su madre tiene ojos de argos. Delante de ella nos portamos con gran cautela para no darla sospechas.

Esta sesión confirmó á Fede-

rico en el proyecto que habia concebido, y se dió prisa á arrancar quanto antes á la imprudente Betsey de los peligros que su inexperiencia la preparaban.

El día siguiente paseandose con Berners vió un aloxamiento agradablemente situado, y Federico propuso tomarle: Berners no se opuso, porque la casa estaba mas en el centro de los placeres, y porque con respecto á la idea que tenia, una vez que la muchacha habia consentido verle fuera de la suya, esta mudanza no impediria sus citas.

Quando Federico fue á despedirse de Mistris Southern la encontró sola con su hija, y queriendo dar un consejo saludable á esta, lo hizo de un modo bastante claro para que lo entendiera: Mis Betsey, la dixo, quan-

do hayais hecho una eleccion digna de vos , y que haya merecido la aprobacion de vuestra madre, yo reclamo el honor de conducirlos al altar en calidad de padrino : y para que no olvideis mi súplica , servios aceptar esta bagatela para que os la pueda acordar.

Diciendo esto, la presentó una sortija de algun precio ; despues, excusando las gracias de la madre y de la hija , se subió á su quarto , y marchó con Berners á aposentarse en su nueva habitacion. Federico acababa de hacer una buena accion , sin encontrarse , no obstante , mas feliz ; pues convencido de que jamas lograria que Mariana le quisiese, resolvió intentar todo para borrar tan fatal imagen de su corazon. Desde este momento se se-pultó en todos los desórdenes que

le inspiraba el exemplo de Berners. Sin tener inclinacion al juego , se le vió pasar noches enteras en los garitos , ya ganando alguna cosa , y ya haciendo pérdidas considerables. Para entrar absolutamente en la moda tomó un cortejo , cuyo nombre era famoso en los fastos de la galantería : pero aunque era bella , y universalmente admirada, el disgusto le sorprehendia hasta en sus brazos luego que Mariana se presentaba á su memoria. Los placeres de la mesa , y los excesos de toda clase entraron en el número de sus pasatiempos. Por desgracia su temperamento era demasiado delicado para resistir una vida semejante : y asi las consequencias de estos desarreglós eran siempre unas indisposiciones que le duraban mu-

chos días, y le hacian traer á la memoria los penosos recuerdos que con tanto afan procuraba descartar.

Asi Federico, esforzandose á sofocar las inspiraciones de un feliz natural, se extraviaba mas y mas, y corria rápidamente á su total ruina, quando cumplió los veinte y un años. Sus deudas eran considerables; pero entregado única y enteramente á los placeres, no tenia tiempo para pensar en ello. Hasta la misma Mariana no le costaba ya sino algunos suspiros de tarde en tarde. Buscado por hombres á la moda, admirado y querido de las mugeres mas disipadas, llegó casi á reconciliarse consigo mismo, y á admirarse de que una muchacha criada en una provincia y sin experiencia hubiese podido resistírsele.

## CAPÍTULO XXXI.

*Sabia precaucion que se opone á ciertos intereses.*

Lo que pasaba en Blackwood ofrecia una imagen menos falsa de la felicidad. El coronel O'Bryen, siempre aspero, siempre singular, pero lleno de sensibilidad y de ternura para con los hijos de su hermana, cada dia les daba nuevas pruebas de su cariño. Mariana habia escrito á Mistris Mosely ofreciendola en nombre de su tio cierta suma que podria necesitar para su comercio, ó un asilo en Blackwood, si la acomodaba mas. Esta muger respetable prefirió la última proposicion, anunciando que dexaria á Londres luego que

hubiese entregado su comercio á su hermana.

Un dia que Madama Stanhope acompañada de Mariana iba á tomar el coche para hacer una visita al coronel y á su sobrino en su nueva habitacion, un propio la traxo una carta que la empeñó á hacer un viage mas largo. Vease lo que esta carta contenia.

“Madama: Mi ama os suplica vengais á verla lo mas presto que os sea posible. Desde que salió de Londres no ha tenido un dia bueno, y no ha querido que Mis San-Austyn os lo escribiese temiendo asustaros; pero habiendosela roto una arteria, su vida está en gran peligro desde esta mañana, y manifiesta el mayor deseo de veros. Mis San-Austyn

„no se aparta de su lado ni un instante, por cuya razon, y „no pudiendo escribiros de su puño, me encarga lo haga yo, „en su nombre, como lo executo. Vuestra muy obediente criada = Susana Roche.”

“P. D. El mismo propio lleva „cartas para Mr. San-Austyn”

Vease aqui lo que yo temia mucho tiempo ha, dixo Madama Stanhope á Mariana, á quien comunicó esta carta. La salud de mi hermana fue siempre delicada. Acostumbrada desde su niñez á una vida simple y regular, y á respirar un ayre puro; el poco sano de Londres, y sus inmoderadas diversiones la han quitado la vida. Voy á marchar allá quanto antes, ¡y oxalá que mi presencia pueda servirla de algun alivio! En quanto á vos,

querida mia, aqui os dexo con vuestro tio y vuestro hermano, porque un viage como este no es agradable para proponérosle. Si puedo ser util, Madama, respondió Mariana, disponed de mí. En unas circunstancias tan dolorosas me es muy sensible el veros partir sola.

Madama Stanhope venció el deseo que tenia de llevarla, por evitar á su hermana la mortificacion de ver á una persona que habia tratado con dureza, no obstante ser esta por su cuna y sus bienes nada menos que una igual suya.

Madama Stanhope viajó con toda la celeridad posible, y tuvo la satisfaccion de hallar todavía viva á su hermana, aunque ya sin esperanza. Por la primera vez de su vida Mada-

ma San-Austyn pareció agradecer las pruebas de amistad y cariño que su hermana la daba. ¡Ay de mí! la dixo con voz debilitada, yo conozco todos los agravios que os he hecho, pero no viviré lo suficiente para repararlos. Sed pues la protectora de Gertrudis: yo la dexo baxo vuestra tutela, y moriré contenta si aceptais este depósito. ¡Pluguiese al cielo, respondió Madama Stanhope, que hubieseis querido confiarmela en circunstancias menos dolorosas! Pero estad cierta en que no solo miraré á Gertrudis como á un depósito sagrado, sino como si fuera mi propia hija. La moribunda manifestó como pudo su agradecimiento, y añadió: ¿no tendré la satisfaccion de ver en este lance á Federico? ¿Donde está?



preguntó Madama Stanhope á Gertrudis , que lloraba al lado de la cama de su madre. ¿Es posible que no haya llegado todavía? El propio volvió á noche , dixo Gertrudis. Por desgracia mi hermano no está en Londres , y no volverá allí hasta pasados quince dias. Dexó orden que guardasen sus cartas hasta su vuelta , á menos que él mismo no las enviase á buscar. Si él supiera en que estado se halla mi madre , bien segura estoy que al instante se hallaria aqui.

Madama Stanhope no respondió nada , y solo se ocupó en asistir á su hermana ; pero todos los socorros que la suministraron fueron inútiles , y murió á la mañana siguiente.

Luego que el justo sentimiento lo permitió , Madama Stanho-

pe dispuso que se hiciese la apertura del testamento de su hermana , suponiendo que contendria algunas cláusulas particulares , cuya execucion fuese urgente ; pero solo trataba de que Gertrudis quedaria baxo la tutela de su tia con una mejora de diez y seis mil libras esterlinas , con condicion de que habia de casarse á gusto de esta ; y que de lo contrario su dote quedaria reducido á lo que su tia quisiese darla.

Esta , despues del funeral , no quiso que su sobrina permaneciese en una casa que en todo la pintaba la pérdida que acababa de experimentar , y por lo mismo se dispuso á partir y llevársela consigo.

El criado que Federico habia dexado en Londres , conociendo

que era indispensable informar á su amo del peligro en que su madre se hallaba, supo, despues de exquisitas diligencias, que habia ido á divertirse á New-Market. Fue allá en diligencia, y le entregó las cartas que llevaba.

Apenas las hubo leído Federico quando pidió caballos de posta para marchar al instante. A fe mia, amigo, le dixo Berners, yo os felicito por vuestra dicha y satisfaccion. Ahora vais á pillar el dote de Madama San-Austyn, y esa perita no echará á perder vuestro negocio. ¡El cielo me preserve de un egoismo semejante! le respondió Federico con enfado. No olvideis, Berners, que Madama San-Austyn es mi madre, y que mis faltas, con respecto á su persona, son inexcusables. Montgomery no hablaria mejor,

dixo Berners, yo que soy franco, y á quien las preocupaciones no ciegan, aprecio las cosas por su justo valor, y nada encuentro que degrade tanto al hombre como el disimulo. ¡Disimulo! repitió Federico, visiblemente alterado. Si, repuso Berners: la expresion es dura, pero verdadera; y sino vamos á razones: ¿Debeis por ventura afligiros por un suceso inevitable? Podeis mirar con un interes vivo á una muger que solo ha pensado siempre en sí misma? El cariño y el afecto supponen un sentimiento recíproco de servicios y obligaciones. Ahora, ¿que es lo que ella ha hecho que se parezca á esto? ¿Puedo yo olvidar, le respondió Federico, que la debo el ser, que ha cuidado de mi infancia, y que la debo todas las obliga-

ciones que un buen hijo debe tener presentes? ¡Excelente idea! exclamó Berners, riendo á carcajadas. Segun veo, continuó este, ¿estais persuadido, amigo mio, á que por complaceros os echaron al mundo, y que trataban de vos quando erais todavía nada? Persistid, muy enhorabuena en esos sueños, que desde ahora os vaticino que morireis como un ermitaño. A lo menos, respondió colérico Federico, no moriré como un hombre sin corazon y desalmado.

Berners replicó con tan poca moderacion, que la disputa se iba haciendo seria; pero como diestro, comenzó á hablar de las obligaciones que debia á Mr. San-Austyn, que era el medio de calmar prontamente á su pupilo, á quien sus extravíos nada habian

disminuido sus buenos sentimientos ni su delicadeza en punto á la amistad; y así se reconciliaron, y partieron un momento despues.

Sumergido Federico en tristes reflexiones habló poco durante las dos noches y un dia que viajaron sin detenerse; y en tanto que le devoraban secretamente las reconvenciones que le hacia su conciencia, Berners se regocijaba en su interior de la promesa que habia arrancado á Gertrudis, creyendose próximo á aprovecharse de ella.

A su arribo, el lúgubre silencio que reynaba al rededor de la casa, dió á Federico el triste presentimiento de la verdad. ¿Como está mi madre? preguntó al viejo conserge que le abrió la puerta, sin advertir que este hombre estaba todo enlutado. El



viejo baxó la cabeza , y no le respondió ; que fue decirle demasiado.

¿ Donde está mi hermana ? dixo entonces Federico. Decidla que estoy aqui. ¡ Oxalá hubiese venido antes ! Mis San-Austyn, respondió el conserge , ha marchado con Madama Stanhope habrá tres horas. Dos propios os han enviado á Londres para anunciaros la muerte de mi ama, y es extraño no los hayais visto. Yo no estaba en Londres , respondió Federico entrando en la casa , de la que recorrió todos los quartos esperando hallar el cuerpo de su madre ; pero todo estaba arreglado , segun costumbre , y no daba el menor indicio de que allí hubiese muerto nadie. Entonces se arrojó sobre un sofá , y un torrente de lágrimas alivió su

oprimido corazon. Berners le habia dexado al entrar en la casa para ir á ver su familia. Luego que Federico se sosegó algun tanto , hizo venir al conserge , y le preguntó todo lo que habia pasado.

Luego que mi señora se vió en peligro , dixo el viejo Jonathan , se despachó un expreso á Madama Stanhope , y otro á vos. Esta buena dama vino al instante. Pero vos... Estaba ausente , dixo Federico : vamos adelante : ¿ quando vino Madama Stanhope ? ¿ con quien vino ? ¿ y que dixo quando no me halló aqui ? Ella llegó , le respondió el viejo , la víspera misma de la muerte de mi ama. ¡ Pobre señora ! El viage la habia fatigado mucho ; pero á pesar de esto no quiso separarse ni un momento de su hermana , y

tuvo la satisfaccion de decirse que habia cumplido con su obligacion. Continúad: ¿que dixo de mí? le preguntó Federico. Nada, le respondió, delante de las damas, segun me ha informado la doncella de mi ama; pero una hora despues de su llegada baxó al oficio, é hizo partir á su criado á Londres con orden de traerlos. Este volvió, y dixo....No importa lo que dixo, le interrumpió Federico; pero sería que no me encontró. Perdonad si llevo tanta priesa. Os he preguntado, ¿con quien vino Madama Stanhope? y el viejo le respondió, con nadie mas que con el viejo John, Tomas, y la señorita joven que vive con ella poco tiempo hace. ¡Esta tambien! exclamó Federico...; Maldito sea el infernal viage de New-Market!

¿Como estaba Madama Stanhope y mi hermana quando marcharon? preguntó. ¿Mis Montgomery se esforzaria sin duda para consolarlas? ¿Quien? ¿señor? dixo el viejo Jonathan con un ayre de admiracion. ¿Quien? replicó Federico, la señorita que vino, segun habeis dicho, con Madama Stanhope....Una damita muy bonita...Mis Montgomery. ¡Ah! señor, yo no sabia que era ese su apellido. Seguramente Mistris Jenny sería una muchacha muy guapa sino torciera la vista, y no tuviera tantos hoyos de viruelas.

La paciencia le iba faltando á Federico. ¡Necio! exclamó, ¡se trata ahora de Mistris Jenny! ¡Jesus! como os arrebatáis, señor, le dixo Jonathan....¿Puedo yo saber por ventura que persona esperabais? Teneis razon,

buen Jonathan, le respondió Federico: ¡yo estoy muy mudado, y debí morir en lugar de mi madre! ¿Por que? replicó el criado: vos teneis aun muchos dias que vivir, y no hay que abandonaros al sentimiento. ¿Nada me habeis preguntado del testamento de mi difunta señora? Yo no pensaba en eso, le dixo Federico. Si mi madre no ha olvidado el bien estar de Gertrudis, estoy contento; en quanto á mí, nada necesito. Vos teneis sin duda, le dixo Jonathan, un decente patrimonio; el de Mis Gertrudis no es para desdeñarse: su madre la dexa diez y seis mil libras esterlinas. ¡Quiera el cielo, exclamó Federico, que ese no sea un cebo para algun vil seductor indigno de ella! Sosegaos, señor, le dixo Jonathan, que Madama Stanho-

pe queda por tutora suya. Las diez y seis mil libras esterlinas no serán dote suyo mientras no se case á gusto de su tia; y si se casa á disgusto suyo, solo tendrá lo que esta dama quiera dexarla. ¿Es posible, exclamó Federico, que mi madre haya tenido presente tan sabia precaucion?...Yo me persuado que Madama Stanhope no dexará jamas de consentir en que mi hermana se case con un hombre de mérito, aunque no tenga bienes; y la necesidad de su consentimiento alejará á los indignos de aspirar á su mano.

Federico encargó en seguida á Jonathan que recogiese con brevedad todos los apuntes de lo que estuviese sin pagar, porque su intencion era satisfacerlo al instante.

Todo eso está hecho, dixo Jo-

nathan. Madama Stanhope ha pagado hasta el último schelin. Yo me tomé la libertad de advertirla que debiendo vos llegar prontamente, se tomaba un trabajo inútil; y me respondió, que nada importaba, porque entre los dos os compondriais sobre este particular. Ha dado á cada criado diez guineas para lutos; un redingote negro á cada pobre de la aldea, y un vestido tambien negro á las mugeres. Basta, bravo Jonathan: dexadme, dixo Federico, porque necesito descansar, y espero hallarme mejor dentro de algun rato. Jonathan saludó respetuosamente á su joven amo, y se retiró.

¡Quan despreciable no debo yo ser á los ojos de Madama Stanhope! dixo Federico, aterrado con lo que acababa de sa-

ber. Mi tia ha pensado que yo despues de haber abandonado á mi madre durante su vida, no era digno de rendirla los últimos deberes. Yo he perdido para siempre su estimacion; ¿y debo extrañarlo? Puede ser que no ignorase donde me hallaba. Puede ser que supiese que en el mismo momento en que mi madre luchaba con la muerte, yo me encontraba en medio de una vergonzosa compañía de jugadores, que desprecio, y de mugeres asquerosas.

Berners volvió á la tarde, y halló á su pupilo mas sosegado: y como tuvo el mayor cuidado de no decir cosa alguna que pudiese exasperar su dolor, su conversacion fue de grande alivio para el corazon oprimido de Mr. San-Austyn. Un objeto importante interesaba sobre todo la cu-

riosidad de Berners, y aprovechando la ocasion de satisfacerla, preguntó si Madama San-Austyn habia testado, y dotado competentemente á su hija.

Mi madre, dixo Federico, ha hecho por Gertrudis lo mismo que yo la habria aconsejado. En su testamento la asegura diez y seis mil libras esterlinas. ¡Diez y seis mil libras esterlinas! repitió Berners, que estuvo á pique de perderse por su excesiva alegría.... ¡Mis San-Austyn disfrutará una fortuna independiente! Muy digna la creo de ella, porque sabrá gozarla noblemente. Yo presumo que no será su intencion permanecer mucho tiempo con Madama Stanhope, para ser despues de Mis Montgomery, el objeto secundario de sus atenciones. La cul-

pa tendrá Gertrudis, dixo Federico, si su tia prefriere á quien quiera que sea.... Una cláusula hay en el testamento que se me olvidó deciroslo. Esta cláusula, me ha admirado otro tanto, quanto supone mas reflexion y prudencia, que la que ordinariamente manifestaba mi madre.

Estas palabras comprimieron de golpe la alegría de Berners. Y aunque no sabia todavía lo que tenia que temer, no obstante un secreto presentimiento le decia que se habia alegrado demasiado presto. Aparentando, sin embargo, una indiferencia que no tenia en el corazon, preguntó como distraido, que cláusula era aquella.

Es, dixo Federico, que mi hermana no puede casarse sin el consentimiento de Madama Stanhope, sopena de perder la dote,

ó de no llevar mas que lo que su tia quiera darla.

La fortuna que tenia Berners era la de estar vuelto á la ventana; porque á pesar de su destreza en disfrazarse, su turbacion lo hubiera descubierto, si San-Austyn hubiera podido ver su semblante. Vos no decís nada, continuó Federico, al ver que no hablaba. ¿No pensais como yo, que ha sido una precaucion muy sabia? La educacion de Gertrudis ha sido descuidada: sus disposiciones quixotescas la enredarian en los lazos de un seductor artificioso, si hubiera quedado dueña de su voluntad.

Al oír esto, Berners se volvió asperamente hácia San-Austyn, casi tentado de creer que sus proyectos estaban descubiertos, y que Federico habia to-

mado aquel sesgo para darselo á entender. Sin embargo, el semblante sereno de este último destruía su sospecha; y así haciendo un esfuerzo, dixo:

Esta precaucion que os parece sabia, yo la encuentro injusta, tiránica é inexcusable. ¡Vease ahí la recompensa de la piedad filial de Mis San-Austyn! Su madre la somete al capricho de una muger que ella misma no ha podido sufrir durante su vida, y que segun todas las apariencias, la sacrificará á la codicia de su favorito Alberto. Vuestra aversion á ese hombre, le dixo Federico, y á su hermana, os hace injusto. Nadie pone en duda la prudencia y generosidad de Madama Stanhope. A la verdad mi madre la temia porque la criticaba severamente sus debi-

lidades; pero esta accion misma que vos condenais, prueba la alta opinion que tenia de su prudencia.

Berners que no podia hablar á sangre fria de un suceso tan contrario á sus esperanzas, tomó el partido de no replicar nada, y dixo á San-Austyn, que él se proponia volver á casa de su padre, y quedarse alli hasta el dia siguiente.

Federico no quiso acompañarle, y empleó el tiempo en escribir á Gertrudis. Despues de haber explicado sus sentimientos sobre la pérdida que ambos habian experimentado, y la pesadumbre particular con que se hallaba de haber estado ausente en un momento en que su presencia era tan necesaria, manifestó á su hermana quan satisfecho le de-

xaban las disposiciones que la pertenecian, añadiendola que la enviaria prontamente todas las joyas de su madre, y recomendandola mucho suplicase á Madama Stanhope, en su nombre, librase al instante contra él todas las cantidades que habia desembolsado, visto que tenia ya comunicadas las órdenes correspondientes para que fuesen pagadas á la vista por su banquero.

## CAPÍTULO XXXII.

*El disimulo es penoso para un corazón agradecido.*

Madama Stanhope y Gertrudis volvieron á Londres, porque la primera tenia que terminar allí todo lo relativo á los intereses de la segunda. La casa en que habia vivido Madama Stanhope en su anterior residencia en aquella ciudad estaba todavía desocupada, y la alquiló por un mes.

Madama Stanhope habia querido siempre mucho á Gertrudis; pero despues que la tenia baxo su tutela la trataba con mas cariño y mas dulzura, y como á una amiga y compañera. Madama San-Austyn, aunque

la habia querido, como que era su hija, la trató siempre como á una niña. La desigualdad de su humor la hacia frecüentemente incómoda é injusta; y por otra parte no podia disimular su grande avaricia. Asi quando Gertrudis, sorprendida y enternecida ya de ver la diferente conducta de su tia con respecto á ella, supo tambien que se la darian por tercios cien libras esterlinas para sus gastos particulares, no pudo menos de decirle: ¡ Ah! Madama, ¿ que haré yo con tanto dinero? Eso es mucho mas de lo que yo puedo gastar. Ya mudareis de opinion, respondió Madama Stanhope, quando sepais el uso que deseo hagais de él. Por decontado, os comprareis vos misma vuestros vestidos, que es el medio de que exerci-



teis vuestro gusto; despues pagareis vuestra doncella, que así será mas docil, y mas atenta á vuestras órdenes, que si yo la pagase: y despues de estos gastos indispensables, el dinero que os quede podeis destinarlo á los pobres. Vuestro caudal, con lo que yo pueda aumentarlo, será demasiado considerable para que os sea necesario usar de una rígida economía. Lo superfluo es el patrimonio de los necesitados; y darselo es, ademas de un placer, una obligacion.

Gertrudis, cuyo corazon era naturalmente bueno y reconocido, besó la mano á su tia, diciendola con lágrimas: ¡quiera el cielo que jamas me haga yo indigna de vuestras bondades! Tan- ta confianza tengo en vos, mi amada Gertrudis, la dixo su tia,

que miro eso como imposible. Ahora que tratamos de esto quiero deciros, que el poder que vuestra madre me ha dexado sobre vos, yo lo miro como una prueba de su estimacion á mi persona. En este supuesto lo he recibido con gusto; pero los derechos que este poder me da, no quiero deberlos sino á vuestro afecto. Si se presenta un hombre estimable digno de vuestra eleccion, y que obtenga vuestro corazon, no dudeis que tendrá mi aprobacion, sin exáminar si es rico, porque siempre que sea capaz de hacer feliz á mi sobrina quedaré muy contenta y satisfecha.

¡Que momento para Gertrudis! su secreto estaba ya en sus labios, é iba á escapársela, si la memoria de la poca estima-

ción que tenía su tía á Berners, no hubiera contenido prontamente este impulso de confianza. Sin embargo la quedaba el deseo de conocer la causa verdadera de los sentimientos de Madama Stanhope con respecto al hombre que ella miraba como amante suyo: porque lo que la habían dicho así Federico como Berners solo había servido de inspirarla dudas, y ella deseaba desde mucho tiempo hallar la ocasión de salir de ellas.

—Madama, dixo á su tía, en medio de la satisfacción que vuestras bondades me hacen gustar, tengo el pesar de ver que mi hermano ha incurrido en vuestra desgracia. Yo espero que su ausencia, en la época de la muerte de mi madre, no os parecerá una culpa imperdonable.

El ignoraba, así como vos, que su vida peligraba: si lo hubiera sabido, bien segura estoy que no habria dexado á Londres sino para venir á sus brazos.

Por poca sensibilidad que le quede, dixo Madama Stanhope, bastante castigado está, sin que yo le haga reconvençion ninguna, con las que su propia conciencia le estará poniendo continuamente á la vista. Lo que siento es que me háya obligado á retirarle mi estimacion. El sabe á que precio podré rescatarla. Yo exijo que rompa con Berners: el amigo de un ente tan vil no será jamás el mio.

Gertrudis estaba muy distante de creer que el resentimiento de Madama Stanhope fuese tan allá contra Berners. Confundida, y casi humillada, dixo con voz tré-

mula....Federico está desde mucho tiempo adicto á Berners.... este ha cuidado de su juventud, y mi padre y mi madre le estimaban mucho....Porque no le conocian, replicó Madama Stanhope; yo habria caido igualmente en el mismo error sobre su caracter, sin lo que pasó en el parque entre él y Mr. Montgomery. Mariana, á quien pedí una exâcta noticia del hecho, despues de haberlo rehusado mucho tiempo, me dixo, que Berners, á quien habia visto una vez en casa de vuestra madre, tuvo la baxeza de ir á hacerla mil ofertas, á fin de empeñarla á que fuese la dama de Federico: y que viendo que no bastaban sus razones y repulsas, porque continuaba sus instancias, se halló precisada á llamar á su hermano, que al ins-

tante lo conduxo hasta la puerta de la calle con un baston en la mano: que Berners furioso con esta humillacion envió un billete de desafio á Mr. Montgomery, que no lo admitió; y que de alli se originó la aventura del parque, y lo demas que ha ocurrido.

Esta explicacion tuvo á Gertrudis muda algunos instantes. Si estais cierta, dixo al fin á su tia, que Berners se haya portado de ese modo....Muy asegurada estoy de ello, replicó Madama Stanhope. Vuestro hermano conviene en el hecho, atribuyendose toda la culpa por disculpar á Berners. Yo no quise decírselo á vuestra madre porque habria sido afligirla inútilmente, no estando su hijo en edad de hacer caso de buenos consejos.

Esta conversacion fue inter-

rumpida por la llegada de una carta para Gertrudis, la qual era de su hermano. El contenido de ella indicaba claramente la turbacion de su espíritu. Gertrudis la entregó á su tia, que no la leyó sin interes.

Veo que sufre, dixo á su sobrina. Su opinion, por lo que respecta á vos, le hace honor. Mucho siento que no seamos mejores amigos: pero mi resolucion es inalterable. Quando le escribais decidle, que yo no he tenido tiempo de arreglar cuentas con él, y que esto no es urgente.

Mis San-Austyn retirada á su quarto reflexionó mucho tiempo lo que su tia la habia dicho. El deseo de disculpar á Berners, era nacido en ella del que tenia de justificar la imprudencia que su propia conciencia la echaba en cara; pero lo que no podia con-

ciliar con sus nociones quixotes- cas era la humillacion de su amante: porque jamas heroína, ni princesa alguna habia visto tratar á su caballero como Montgomery habia tratado á Berners.

Las expresiones afectuosas de Madama Stanhope no las olvidaba Gertrudis en medio de sus reflexiones. ¡Que buena es! decia. ¿No sería yo muy culpable si la ocultase el menor secreto?... Sin embargo, ¿puedo yo declararla el empeño loco y disparatado que he tomado ó contratado, sin exponerme á perder su estimacion?... ¡Quan insensata fui! Berners no hacia caso de mí, y me propuse olvidarle; una conversacion sola hizo vacilar mi resolucion, y entregué aquel papel, que es para mí un manantial de cuidados y sentimientos!

## CAPÍTULO XXXIII.

*Rasgo de humanidad. Previsiones debilitadas.*

**M**adama Stanhope habia terminado sus negocios en Londres, y se disponia á volver al campo, quando la llegada de Mr. Montgomery la sorprendió agradablemente: y no tuvo mas tiempo que el muy preciso para decir á su sobrina, despues que lo hubieron anunciado: "ha ocurrido una grande mudanza en la fortuna de Mr. Montgomery y de su hermana; no os he hablado de ello, queriendo dexaros el placer de la sorpresa á nuestra vuelta al campo."

Gertrudis no respondió nada, fuese que la entrada de Alberto

no la diese tiempo, ó que el poco interes que tomaba en esta noticia lo causase, siendo Montgomery el hombre que mas la repugnaba por lo que habia pasado con Berners.

Despues de los cumplimientos acostumbrados, Alberto dixo á Madama Stanhope que venia á Londres á buscar un arquitecto, porque su tio tenia el proyecto de hacer grandes variaciones en la habitacion de Black-wood. Despues de esto, continuó, el coronel que fia mas en el gusto de Mariana que no en el mio, la dexará la eleccion de amueblarla. Mañana quedará evacuada mi comision: y como segun vuestra última carta parece que estais en ánimo de volveros pronto, tendré, si gustais de ello, el honor de acompañaros. Acepto vuestra

oferta, le dixo Madama Stanhope. Vuestra compañía contribuirá á disipar un poco nuestra melancolía. Si esta tarde no teneis que hacer me propongo dar un paseo con Gertrudis, y vos se-  
reis nuestro caballero. Alberto consintió en ello, y tomando el coche con las damas fueron á Hyde-Park, donde se apearon.

Jamas se halló Gertrudis en una situacion tan embarazosa como aquella. Sus respuestas á Alberto, quando no podia menos de darlas, eran con la política mas fria, y quando la dió la mano para baxar del coche, retiró la suya por un movimiento casi involuntario.

En vez de entrar en los jardines de Kensington, Madama Stanhope quiso mas bien pasearse á lo largo del agua que

baña los muros, y que llaman *Serpentine-river*. Alberto estaba aquella tarde de buen humor, y procuraba divertir á aquellas damas con mil chistes graciosos. Madama Stanhope reia de muy buena gana; Gertrudis, que habia resuelto no reir, á veces no podia contenerse ni mantenerse seria

La tarde empezaba á caer, y las damas se volvian á tomar el coche, quando vieron al otro lado del río una muger joven que caminaba á pasos precepitados. Madama Stanhope y Alberto, ocupados y embebidos en su conversacion, no atendian mucho á aquella muger; pero Gertrudis que estaba vuelta hácia el río, y no la perdía de vista, dió de repente un grito, y dixo: ¡Ay Dios! ella acaba de arrojar al

agua; la infeliz va á perecer.

A la vista de esta desgraciada que se agitaba, y cuyos vestidos la mantenian aun sobre la superficie de las aguas, Madama Stanhope quedó inmovil, y muda de espanto. Alberto sin pronunciar una palabra suelta la casaca en un abrir y cerrar de ojos, se arroja al rio, y nada rápidamente hasta la infeliz que por dos veces habia desaparecido. A la tercera asoma un brazo, Alberto la ase de él, y la saca á tierra.

Madama Stanhope y Gertrudis corrieron á él, y reuniendo sus esfuerzos á los del libertador, procuraron hacerla volver en sí. Mientras que Alberto la sostenia, Gertrudis separó los cabellos que la cubrian el rostro, ató un pañuelo á la cabeza, y

se quitó su chal para envolverla, diciendo al mismo tiempo, ; quanto siento no tener algo mas para socorrerla! ; Que restá que hacer, Mr. Montgomery, para libertarla la vida?

Mucha gente se habia juntado; y Alberto, aceptando la oferta que le hicieron de conducir aquella muger á parage seguro, donde recibiria prontos socorros, suplicó á Madama Stanhope y á su sobrina se retirasen. Estas querian que se aprovechase del coche; pero no lo admitió, diciendolas, que él tomaria un alquilon quando viesse fuera de peligro á aquella desgraciada muger, y que iria á darlas parte de su situacion.

Entonces dexaron á Hyde-Park ocupadas con este suceso, é impacientes por saber sus re-

sultas. Madama Stanhope temia no sucediese algo á Alberto, porque no habia podido mudarse de ropa al salir del agua. Gertrudis, que no podia rehusar su admiracion á una accion tan humana y generosa, participaba de los temores de su tia, olvidando que Montgomery era el hombre que menos queria. La desgraciada desconocida la habia parecido linda, y de esto habia inferido que el amor era la causa de aquella desesperacion.

Tres horas habian ya pasado, y habian anunciado la cena sin que estas damas, inquietas y silenciosas, se hubiesen querido poner á la mesa. En fin un gran golpe á la puerta, y la voz de Alberto, que preguntaba por ellas, las hizo saltar de gozo.

Madamas, las dixo con su ale-

gría acostumbrada, tengo la satisfaccion de participaros que la joven desgraciada está fuera de peligro. La hemos llevado á una casa en donde la han administrado los socorros mas oportunos, y han producido el efecto que se deseaba. Despues que me mudé de ropa, volví á verla; estaba durmiendo, y me han asegurado que ya no hay nada que temer. Mucho me alegro, dixo Madama Stanhope: pero me permitiréis os regañe por haberos atrevido á salir esta noche, pues es una imprudencia que puede perjudicaros. ¿No hubiera sido mejor que os hubierais acostado al instante para que el cuerpo hubiese entrado en calor? Bastaba que nos hubieseis enviado á decir, que aquella muger no corria ya riesgo. Madama, la respondió



Alberto, yo me persuado á que el ejercicio es el mejor preservativo contra los efectos del frio: y os diré, por otra parte, que desde mi infancia estoy acostumbrado á nadar, y despreciar la intemperie de las estaciones; lo que me ha proporcionado un temperamento robusto, y mas propio para soportar los ejercicios violentos, que el de los hombres que se crían con delicadeza. El único mal que ahora experimento es un excelente apetito.

Madama Stanhope mandó servir la cena al instante: y conociendo Alberto que los temores de esta señora, en orden á su salud, no se habian disipado enteramente, procuró hacerla ver que no tenían fundamento, ya por su buen apetito, ya por su humor alegre, y ya por los re-

petidos y graciosos cuentos que relató en escoces con un tono tan original, que la hizo reír á carcajadas, no menos que á Gertrudis, á pesar de su proyecto de no mirar con buenos ojos á Alberto. A media noche se despidió este, y marchó á su casa en el coche de Madama Stanhope, que á viva fuerza hubo de aceptarle.

Gertrudis, ya en su quarto, estaba demasiado aturdida con los sucesos de aquel dia para poderse entregar al sueño. El carácter afectuoso y compasivo de Montgomery, lisonjeando á un tiempo su gusto por lo maravilloso, y los sentimientos de humanidad que la eran naturales, habria subyugado su corazón si hubiese estado libre. Su antipatía cedía á la admiración que Al-

berto la habia inspirado, aunque no osaba manifestarlo.

Es preciso confesar, se decia Gertrudis, que es un hombre muy agradable, y que tiene un valor poco comun. Sin embargo la alegría de su caracter no supone, segun pienso, un gran fondo de sensibilidad. ¡Ah! si Berners hubiera estado en su lugar, y hubiese salvado la vida á una desgraciada, ¡quan diferentemente estaria sobrecogido! tiene tanta delicadeza, tanta dulzura en su caracter; sus movimientos todos son tan expresivos, que conmueve el alma sin percibirlo. Montgomery, al contrario, vivo, impetuoso, trata los mayores peligros de sucesos ordinarios, y destruye su impresion con su indiferencia: y asi no me admiro de su conducta con respecto á

Berners, si es cierto que este último se conduxo, como lo asegura mi tia. Sin embargo no puedo creer que dexé de haber algo de exâgeracion en lo que me han contado: porque, ¿es creible que Berners haya podido encargarse de un papel tan vergonzoso como el que pretenden imputarle? Estas reflexiones ocuparon largo rato á Gertrudis, y asi no se acostó hasta muy entrada la noche.



lo que se condujo, como lo  
 que en el. Sin embargo no  
 do creer que dese de haber  
 de extension en lo que me  
 concha, porque, es visible que  
 haber, haya podido encontrar  
 de un papel en versiones con  
 no el que pretendan haber  
 Para reflexiones se ponen las  
 rito á Garrañá, y así no se  
 lo han muy extraña la noche.





BIBLIOTECA NACIONAL



1001211555